

LAS BALAS



Perdidas



Alicia San Miguel

Alicia San Miguel

LAS BALAS PERDIDAS

ALICIA SAN MIGUEL
ALICIA SAN MIGUEL

© Primera edición. Agosto 2020

Título original: LAS BALAS PERDIDAS

Autora: Alicia San Miguel

Corrección: Luis Solís

(criticosliterarios@outlook.es)

Diseño de portada y maquetación: Diseños Katmg

ISBN:

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico o por fotocopia, por grabación u otros medios, sin el permiso previo o por escrito del autor u autora.

*Dedicado a todas las víctimas que arrastraron por su
ignorancia y que nunca tuvieron elección.
Dedicado a cada una de ellas, porque son quien
se merece cada homenaje y respeto.*

Una novela inspirada en hechos reales.

Ni siquiera te has parado a pensar cómo puede afectarme tu decisión, o los daños colaterales que abarca esa onda expansiva de impulsividad y egoísmo que lanzas a quien no vive como tú, piensa como tú o siente como tú...

¿Qué pasaría si fueses tú quien está bajo el yugo de una idea equivocada, a la que ninguno de vosotros dais oportunidad de duda, de debate o de opinión, porque solo lo que esconde vuestra cabeza es lo correcto y lo demás sobra como la basura en el vertedero?

¿Qué pasaría si fuese yo quien apretase el gatillo?

PRELUDIO

18 de febrero de 1992

Ni siquiera sabía la posición en la que debía ponerse ese folio para seguir las instrucciones de montaje. En esos momentos, no le importaba; era más importante estar inmerso en la adrenalina del momento que en pensar qué pasaría si montaba mal esa bomba.

«Más metralla», se dijo para sí.

Ekain, estaba serio, entornaba los ojos y apretaba los labios. Ojos rasgados color caramelo, labios finos, boca pequeña y nariz aguileña. No era guapo, tampoco feo, menos aún corpulento. Un tipo del montón.

En una mesa, el folio con varios dibujos. Cada dibujo iba acompañado de un número. En otra mesa, cada pieza necesaria para ensamblar ese puzzle de mierda con el que se estrenaba.

Tiros sí, bombas no.

Hoy era el día.

Unió cada pieza con precisión, paso a paso, sin prisa; ni siquiera le importó la curiosidad de sus dos compañeros, que, expectantes, le observaban como envidiando el momento.

—¡Hostia, Ekain! ¡La vas a liar muy gorda, tío! —le dijo el tipo que, nervioso, fumaba sin parar. Ella, la que estaba a su lado también mirando, le golpeó en el hombro, acompañando el gesto con una pícara sonrisa de satisfacción—. ¡Me *cagüen* la hostia!

—Si no nos explota esta mierda en las manos, seguro que sí —le contestó Ekain sin levantar la mirada de las piezas que seguía ensamblando—. ¡A ver cómo cojones lo bajamos al coche sin que nos vean y sospechen! —exclamó.

—Eso es fácil —dijo ella—. Esta noche, de madrugada, acercamos el coche a la campa de ahí detrás, y como si nos estuviésemos tomando unas birras y fumando unos cigarros la vamos acabando de montar.

—¡Esta Olga es la rehostia! —volvió a exclamar el tipo con excitación y simpleza. Ella sonrió satisfecha—. Y el coche, ¿qué? ¿Cuándo lo plantamos allí?

—¡Relájate, Zuri, joder! —le llamó la atención Ekain—. Estás de los nervios y eso no nos conviene a ninguno, ¿vale, tío?

Zuri se mantuvo callado ante las palabras de su amigo.

Ekain dejó lo que estaba haciendo y se acercó a sus compañeros. Olga se había levantado y volvía con unas cervezas; Zuri, aún sin decir nada, le ofreció un cigarro; él lo cogió, tranquilo, sin dejar de mirar el folio de la mesa.

—Esta noche la dejamos montada y mañana por la mañana, cuando el barrio esté lleno de gente, dejaremos el coche aparcado donde hemos pensado —les indicó Ekain tras dar un buen sorbo a la cerveza. Calló unos segundos y, tras mirarlos varias veces y apretar los labios, prosiguió—: Zuri, tú irás en la moto por si algo se complica. Aun así, solo para controlar que nadie me para, porque yo volveré en bus —Tragó saliva y esperó a que Zuri asintiese—. No es buena idea que nos vean juntos. Olga, tú encárgate de los billetes de autobús. En tres días máximo salimos de aquí. Mañana, a las veintiuna y treinta, nos vemos en el bar de siempre, como si nada

hubiese pasado, como cada día de los que estamos aquí.

Ekain Alzaga, de diecinueve años, Zuri Garmendia, de dieciocho, y Olga Larralde, de veintiuno, brindaban con sus botellines de cerveza, esperando que cayese la noche para acabar de fabricar un caballo metálico más dañino que el mismísimo caballo de Troya.

—Yo tengo hambre —comentó Zuri más tranquilo.

—Vamos a comer algo entonces —contestó Ekain dándole un golpe en la espalda y apagando el cigarro en el cenicero lleno de colillas.

Olga seguía sonriéndoles satisfecha.



PARTE I

I

19 de febrero de 1992

Estaba agobiado de tanto autobús.

Por la mañana, había dejado el coche en el lugar previsto, con la complicación de que él pensaba que su peso hacía que fuese muy difícil de conducir, pero no era cierto, el coche aguantaba ese peso sin dificultad. Cada semáforo era una pesadilla, pensando que, si el coche se paraba, al arrancarlo podía volar por los aires, algo imposible con ese tipo de explosivo.

«Todo sea por la causa», se repetía.

«Seré gilipollas».

Tras dejar el coche en una isleta sin urbanizar y utilizada como parking temporal, esquivó a la gente, ignorantes de lo que estaba ocurriendo y de lo que estaba por ocurrir, y volvió al piso. Tenía hambre, se hizo un bocadillo de chorizo y se bebió una cerveza. Lo comió tranquilo, esperando que sus compañeros volvieran y ver que todo estaba organizado. Olga fue la primera en llegar. Era una mujer atractiva. Su pelo negro, tez canela, ojos marrones y facciones marcadas le otorgaban una imagen de mujer dura y distante que no se alejaba de la realidad. Tras echar un buen polvo, Ekain y Olga se ducharon tranquilos y sin mucha conversación. Zuri no tardó; estaba nervioso, excitado y sus pocas neuronas no le ayudaban en disimular con naturalidad. Ekain lo sabía e intentaba calmarle dándole tareas fáciles y que le mantuviesen ocupado.

Zuri no había tenido una vida fácil. Su padre había estado entrando y saliendo de prisión desde que él era un niño. Era un chico enclenque sin ningún tipo de atractivo y totalmente manipulable. Se pasaba el día mordiéndose las uñas y era imposible mantenerle sentado durante mucho rato. Su mirada parecía siempre estar perdida y su rostro paliducho, asustado. Era carne de cañón para la banda.

Había llegado la hora y Ekain estaba de nuevo en ese autobús.

Se bajó en la parada cercana al cruce. Frente a él, la calle por donde pasaría el furgón policial para dirigirse a la sede de la Jefatura Superior de Policía. Tenía buena visibilidad y no había mucho margen de error. La calle paralela no le importaba demasiado y la que se situaba a su derecha tampoco, ya que la manera de huir de allí sería exactamente por donde había venido.

Respiró profundo y se encendió un cigarrillo.

Eran las diecinueve horas y cincuenta minutos...

Decidió entrar rápido a por un botellín de agua en el bar de al lado. Estaba casi lleno, pero todos estaban pendientes del partido que se jugaba y que el bar tenía sintonizado en su televisor. El volumen estaba alto, solo dos o tres hombres se voltearon para mirarle. En un barrio pequeño todos se conocen, y Ekain, estaba claro, no era de por allí.

Nunca se molestaría en saber si ganó el partido España o la Comunidad de Estados Independientes, por todos conocida como Rusia.

Pagó el botellín y volvió a su posición. Veía el coche a la perfección; el furgón policial se vería obligado a hacer el *stop* que estaba unos metros antes. Esos segundos le darían el suficiente tiempo para presionar el botón del mando, en la posición correcta y en el momento perfecto.

Todo apuntaba a ser un éxito.

Eran las veinte horas y cinco minutos...

Se sentía tranquilo y sabía que era cuestión de minutos que apareciese la puta furgoneta. ¡A ver cómo sacaba él el mando sin que nadie le viese!

El furgón policial bajaba despacio, en dirección al *stop* del cruce. Los dos policías charlaban tranquilos, deseando hacer el cambio y acabar el turno. En la radio, de fondo, se escuchaba el número uno de esa semana, *Un pedazo de cielo*, de Luz Casal. A ellos no les gustaba mucho el fútbol y no tenían el canal deportivo sintonizado. Dos hombres normales, con una vida normal e ilusiones. Uno recién llegado al cuerpo de policía, otro acercándose a la puerta de la jubilación.

Ekain giró la cabeza a su derecha, el furgón hizo el *stop* y dejó pasar a un par de coches. Retomó lentamente la marcha. Ekain, metió la mano en la parte interna de la cazadora. Hacía frío, pero él no lo sentía. Estiró la antena sin pensar que alguien pudiese verle. Los segundos se hacían largos. El furgón seguía avanzando.

El furgón llegó a la altura del coche aparcado y Ekain pulsó el detonador.

«Un pedazo de cielo...»

II

El estruendo fue brutal.

Veinticinco kilos de amonal, treinta y cinco kilos de metralla y una onda expansiva que arrasó con todo lo que había a su paso.

Ekain no esperó para ver los resultados de su obra. Entre la gente, los gritos, la confusión y la oscuridad, se alejó en dirección contraria.

En casa averiguaría si esos dos policías habían muerto por una causa que, en ocasiones, ni siquiera él entendía. Su causa, sus ideas, sus convicciones...

Tiros sí, bombas no.

Hoy había sido el día.

Los noticieros no tardaron en hacerse eco de lo sucedido:

«Brutal atentado en un barrio obrero de Santander.»

Muchos edificios se habían visto afectados, las casas de al lado, de enfrente, del otro lado; pequeñas casas de trabajadores que no habían aguantado una onda expansiva inesperada. A menos de cincuenta metros, un colegio y un instituto, vibraron y respiraron tranquilos al encontrarse vacíos cuando recibieron el impacto cercano. A la hora del suceso, se encontraban fuera del horario escolar. Calles anegadas de miedo y sumidas en la oscuridad de la incertidumbre.

El barrio de la Albericia tenía su historia. En su día, el barrio albergó el primer aeropuerto de la región cántabra, inaugurado en mil novecientos diez y que tuvo su mayor auge durante la guerra civil española ¡Incluso tuvo una fábrica de aviones! Sus hangares, su torre de control, sus festivales aéreos, el recuerdo mohíno de albergar a la legión cóndor alemana o la recuperación del tráfico aéreo civil, habían sido olvidados y sustituidos por el espanto y la destrucción.

Pero tenía su historia... ¡mucho historia! El primer partido de fútbol de Cantabria se jugó allí; su hipódromo, dio luz y diversión a la aristocracia nacional del siglo XIX; la pista de aterrizaje, años más tarde, se convertiría en una avenida, la del Deporte, ya que los terrenos se habían sustituido por un gran complejo deportivo. También se ubicaba a escasos metros, la jefatura superior de policía de Cantabria... punto clave para borrar en unos minutos la historia de un barrio, y sustituirla por un recuerdo lacerante.

¡Tenía mucha historia!

En la zona del suceso, asimismo se encontraba la sede de uno de los periódicos locales. Parte de sus instalaciones también se habían dañado. Uno de los periodistas acudió raudo al lugar de la explosión. Allí, entre el amasijo de hierros, el polvo en el aire y el olor a muerte informó cómo pudo de lo sucedido.

Confusión y horror.

Miró a su izquierda, un cuerpo; miró hacia la derecha, otro cuerpo. Había demasiados. Alguien lo sacó del aturdimiento agitando su cuerpo.

—¡Hay que sacarlos! ¡Están vivos! —gritaban—. ¡Están vivos!

Las ambulancias no tardaron en llegar; los bomberos tampoco. Varios compañeros de la policía se echaban las manos a la cabeza cuando llegaban al lugar.

—¡Apártense! —vociferó uno de los bomberos con una cizalla en la mano—. ¡Fuera!

Cortó los muchos hierros que atrapaban el cuerpo de uno de los policías; el otro estaba tumbado cerca de uno de los bancos de piedra, rodeado de coches destrozados. Los médicos le atendían, para luego meterle en la ambulancia. Parecía respirar, con la mirada perdida, seguramente lejos de aquel lugar... Los bomberos consiguieron sacar al otro policía que, aunque su corazón peleaba con fuertes latidos, su alma había abandonado ese cuerpo ensangrentado y roto. Camilla, respirador, cables... Un vaivén de ambulancias recogiendo gente herida, un sin parar de policías que intentaban calmar lo imposible, un deambular de gente confusa, un periodista y tres cuerpos inertes.

Los noticieros continuaban dando la noticia:

«La explosión ha causado numerosos daños en la zona y en numerosos vehículos que se encontraban aparcados en las inmediaciones. Aún no tenemos constancia si el atentado ha causado víctimas mortales.»

Tres cuerpos inertes.

Ekain logró coger el autobús en una zona alejada. No tardó en llegar al bar donde habían acordado.

—Una cerveza —le dijo al tipo que estaba tras la barra y que ya conocía—. Pon dos, por favor.

Estaba tranquilo y se sentó en una de las mesas donde Olga bebía el último trago de su botellín.

—¿Y Zuri? —le preguntó—. ¿No nos irá a joder este cabrón?

—Ahí viene —le contestó.

—¿Te pongo una, chaval? —le preguntó el camarero.

—Sí, una bien fresquita. Y ponte unas aceitunas para ir abriendo estómago —le pidió Zuri con una gran sonrisa.

El camarero, tras llevarles las cervezas, volvió a su barra, subió el volumen de la tele y siguió secando vasos mientras escuchaba las noticias.

—Estos hijos de puta nos van a matar a todos —comentó uno de los clientes—. Y si te toca, te toca, ¿eh? —se quejaba.

Nadie contestó.

«Tres víctimas mortales y numerosos heridos por el atentado ocurrido esta tarde en Santander y donde la policía de dicha ciudad ya estaba sobre aviso. Entre los heridos se encuentran los dos agentes que conducían el furgón policial, objetivo del atentado. Ambos se encuentran en el hospital comarcal en estado grave.»

Zuri seguía comiendo aceitunas. Olga y Ekain escuchaban atentos, como el resto, las noticias.

III

Algunos meses después, en un pueblo vasco

Habían pasado varios meses desde aquella fatídica tarde donde Ekain no había conseguido su objetivo. «Un fracaso», se repitió durante todos esos días en que los periódicos ensalzaban el valor de las víctimas ante tal ataque. Una vergüenza de la que la banda terrorista ETA ya se había autoinculcado días después de los hechos.

Mucho ruido y pocas nueces... No estaban dispuestos a parar.

Los tres terroristas habían vuelto a Euskadi, cada uno a su pueblo, con sus familias y amigos. Por seguridad, se mantenían alejados de la banda hasta nueva orden.

«Ahora tendrán a otros gilipollas», se decía Ekain una y otra vez, al ver que todo lo que defendía y por lo que había luchado le mantenía apartado. Al fin y al cabo, su atentado fue un fracaso...

Esa mañana se levantó temprano y, seguido por su perro, un pastor belga que había criado desde cachorro, salió a andar. Adoraba su tierra, el verde de la hierba y las nubes que encapotaban el cielo casi todo el tiempo. Su cultura, sus tradiciones, su gastronomía... Y desde hacía mucho tiempo sentía que el país que le daba la nacionalidad española —porque para él no había más país que Euskadi y él era únicamente vasco— quería anularlos, borrar su historia y adoctrinarlos en lo que no eran. ¿Cómo podía alguien pretender borrar a un pueblo entero? ¿Era realmente eso lo que pretendían? ¿Era realmente eso lo que él creía? ¿Era así cómo le había educado su familia? ¿O era lo que él había ido asumiendo en la *herriko taberna* día tras día, cuando todo lo de fuera era malo y los vascos eran las víctimas? ¿Eran todos los vascos iguales?

—Mira, Lagun —le dijo a su perro mientras caminaban uno al lado del otro, silbando y canturreando. A lo tonto, ya llevaban más de dos horas por el monte en una ruta circular—, no tardará en llover y parece que va a caer la de Dios.

No le faltaba razón.

Ambos corrieron bajo la lluvia para llegar cuanto antes, como si así se fuesen a mojar menos. Llegaron a la *herriko taberna*; Ekain ató a Lagun con la correa de cuero desgastado y lo metió dentro, con él.

—¡Kaixo, Patxi! —Ató a Lagun en una silla, se quitó la sudadera, la dejó en la mesa y se acercó a la barra echándose el pelo hacia atrás; intentaba quitarse el exceso de agua.

No había nadie. La *herriko taberna* se adornaba con fotos en blanco y negro de presos de ETA, fotos que no combinaban nada bien con la madera y la piedra. Al fondo, junto a los baños, un mural recreaba el bombardeo de *Gernika* por parte de la aviación nazi. De eso hacía ya más de ochenta años, pero parecía que la gente no lo olvidaba. Un mapa de Euskadi, un par de huchas para ayudar a la causa y la barra repleta de *pintxos* y tortilla de patata de la buena, ¡la mejor de la zona!

—¡Kaixo, Ekain! — le contestó Patxi, el tabernero. Miró cómo el recién llegado estaba chopado hasta los huesos. Ekain abrió el paquete de cigarros; estos estaban ligeramente húmedos, pero aún se podían fumar—. Os ha pillado la lluvia de lleno, ¿eh?

—Ya te digo. Menos mal que ya estábamos cerca. Ponme un café con leche y dale algo a Lagun, tendrá hambre. ¿Y la gente?

—Hoy te has pegado un buen madrugón —le dijo dándole su café y sirviendo la leche bien caliente frente a él, con espuma, como a Ekain le gustaba—. La gente no tardará en venir; es temprano aún. Hace un rato ha venido Iñigo buscándote. Estaba acelerado, el cabrón.

—¿A mí? ¿Y no te ha dicho qué quería? —preguntó tranquilo y dando un buen sorbo al café, con cuidado de no quemarse.

—No. Imagino que no tardará en volver. ¿Todo bien? —indagó dándole un trozo grande de jamón en un plato—. Que no te extrañe que estén preparando algo gordo.

Ekain le miró, arqueó las cejas, apagó su cigarro y respiró hondo. Se acercó a Lagun, que sabía que lo que su dueño tenía en las manos era para él. No dejaba de mover el rabo, ni siquiera mientras engullía su premio.

—¡Kaixo!

—¡Kaixo!

Dos chicos entraron igual de empapados que Ekain y Lagun.

—Te estaba buscando —le dijo uno de ellos a Ekain, que había vuelto a la barra del bar. El otro se sentó solo en una de las mesas—. ¿Cómo estás? Anoche no viniste —comentó dándole un abrazo acompañado de dos buenas palmadas en la espalda. Seguido, le hizo una señal a Patxi y este le puso un cañón de cerveza.

—Lo sé, Iñigo, mi *aita* está jodido, le cuesta respirar y mi *ama* no está tampoco bien para dejarla sola con él.

—Lo siento, tío.

—El cabrón está gordo y no hay quien lo mueva. Cuando le dan los ataques es una roca grande y pesada. Me tiene acojonado.

—Se hacen mayores —contestó Iñigo, empático. Se quedó en silencio unos segundos. Tras un suspiro, prosiguió—: Ekain, Zuri ha caído.

—¿Qué?! —exclamó tenso y confuso—. ¿Le han cogido? ¿Dónde? ¡No me jodas!

—Por lo que se ve, ya llevaban cierto tiempo detrás de él.

—¡Hostia, Iñigo, este tío es un bocazas! ¡Un puto loco! Este casca seguro.

—Tranquilo. También hemos avisado a Olga. Tenéis que largaros.

—¿Largarnos? ¿A dónde?

Patxi se había juntado a ellos, en silencio, no se pronunciaba. El otro chico seguía sentado solo, observaba a Lagun, que se había quedado dormido tras comerse todo el jamón, miraba las fotos, analizaba el mural.

—A Francia. Salís mañana desde la estación de trenes de Bilbao. Estos son los billetes, para ti y para Olga.

—¡No me jodas...! ¿Y mi *aita*? ¿Y mi...?

—Ekain, si Zuri habla estáis jodidos y lo sabes. No tardarán en apretarle, en hacerle Dios sabe qué para que cuente todo lo que sabe. Coge los billetes, prepara tu maleta y esta madrugada te recojo para llevarte a Bilbao y que cojas un puto tren hacia tu libertad. —Le tendió los billetes y Ekain los cogió sin decir nada—. Si te quedas aquí, habrá que adornar este antro con una de tus fotos.

IV

Ekain se tomó un par de cervezas con Iñigo, se fumaron varios cigarros y concretaron la hora en que pasaría a recogerle. Patxi seguía manteniéndose al margen en la conversación, y aunque parecía preocupado, valía más por lo que callaba que por dar sus opiniones.

—¿Y este quién es? —preguntó Ekain señalando al chaval de la mesa. La taberna se empezaba a animar de gente—. ¿Es algo tuyo?

—Este, un defensor de Euskadi como nosotros —le explicó Iñigo mirando al crío—. Esta tarde le presentaré a unos cuantos del grupo para que vaya aprendiendo un poco.

—¿Aprendiendo qué, Iñigo? ¿Qué cojones va a aprender? —Ekain agitó la cabeza a modo de negación—. Dale bien la lección y dile la verdad.

—¿Y cuál es? —le preguntó—. ¿Quién nos la dio a nosotros?

—Nadie, Iñigo, pero sabes que ese chico acabará muerto, en la cárcel o cogiendo un puto tren para huir mientras reza para que no ocurran ninguna de las dos primeras opciones.

Iñigo le miró fijamente durante unos segundos, afirmó con la cabeza y volvió a mirar al chaval. El silencio se rompía con el murmullo de los clientes y el cristal malo de los vasos al chocar sobre la barra.

—Entonces, ¿me recoges a las cuatro?

—Sí. No me hagas esperar, Ekain; odio esperar.

Ekain dejó varias monedas en la barra, se puso la sudadera aún mojada y desató a Lagun de la silla. El perro tenía ganas de volver a salir a la calle.

Sin decir nada, se marchó.

La lluvia había amainado y Ekain no tardaría más de diez minutos en llegar a su casa. No era un pueblo grande, tampoco pequeño; era un pueblo dividido entre la política y el miedo. Ekain nunca había hecho mucha vida allí, desde muy joven se iba a la ciudad y gamberreaba con sus amigos. Él siempre estudió en Bilbao; cada mañana se iba en autobús. Sus padres siempre quisieron la mejor educación para sus dos hijos y en el pueblo o en los colegios de los pueblos colindantes no consideraban que la iban a tener. Ekain, en la ciudad, eligió otro tipo de educación. ¡Para que luego digan que es de los pueblos de donde salen los etarras!

—*Ama*, ya estoy en casa.

—¡Estoy en la cocina! —gritó su madre. Ekain dejó la sudadera en el colgador y limpió las patas de Lagun con una toalla que siempre tenía en el aparador la entrada—. ¡Estoy con la comida!

—*Kaixo, ama*. Huele muy bien. ¿Y *aita*?

—Está tranquilo en el salón. Hoy es un buen día, sin altibajos. ¡Con lo que ha sido este hombre!

—Nunca se ha cuidado —le contestó tras darle un beso en la mejilla. Ella suspiró—. ¿Qué huele tan bien?

—Alubias con chorizo.

—¡Mmmm...! Prepararé la mesa. —Le dio otro beso a su madre.

Ekain sacó los platos hondos, los vasos y los cubiertos, cuchara para las alubias y tenedor y cuchillo para el compango. Cogió la jarra de vino, el agua y el pan y los puso en la mesa junto al

menaje. Tenía hambre. Tras tener la mesa lista, se acercó al salón para avisar a su padre que la comida ya estaba preparada.

—*Aita*, ya está la comida. ¿Tienes hambre?

—Hola, hijo. Te escuché llegar. Lagun está agotado —dijo acariciando al perro junto a él—. ¡Y huele fatal!

—No debería estar en el sofá, *aita*. Nos hemos empapado esta mañana, aunque se ha secado bastante en la *herriko taberna* de Patxi.

—No deberías ir allí; la gente que va allí no es buena gente.

—*Aita*, no empecemos, por favor —le contestó ayudándole a levantarse—. Voy allí, me tomo un café o una cerveza y ya está.

—Ese Patxi no es trigo limpio, se junta con mucha basura independentista.

—¡*Aita*! —exclamó Ekain para ver si callaba. Su madre le ayudó a sentarle en una de las sillas de la cocina—. Tampoco es tan horrible luchar por lo crees, ¡digo yo!

—Yo toda la vida he creído en mi trabajo, en mi familia y no en todas esas ideas horribles de esa banda de locos que lo único que hace es sembrar el terror y matar gente inocente.

—¡*Aita*, basta ya! —le gritó.

—¡Os calmáis los dos! —exclamó su madre poniendo la cazuela de barro en la mesa—. Siempre estáis igual. ¡Es agotador!

—Hubo una temporada —prosiguió el padre en un tono más tranquilo— en que pensaba que tú o tu hermano estabais metidos en toda esta locura. —Ekain le escuchaba cabizbajo y su madre servía las alubias calientes en los platos de loza—. Me sentía aterrado, decepcionado, verdaderamente acojonado y frustrado.

—Deberíais comer —dijo la madre agarrando cariñosamente la mano de su marido. Ekain seguía en silencio.

—Nunca has sido un chico fácil, Ekain; nunca hemos congeniado, ni en ideas, ni en la forma de hacer las cosas.

—Cada uno es como es, *aita* —le contestó sin mirarle.

—Sí, es cierto, pero jamás me perdonaría tener a alguien de esa calaña en mi casa.

—No sería culpa tuya —volvió a contestar intentando acabar la conversación.

—Sí, lo sería, porque nunca podría llegar a entender qué hice mal a la hora de educaros.

Los tres comieron en silencio; solo algún pequeño inciso para admirar el plato que había cocinado su madre, quien, con la mirada triste, observaba la frialdad entre los dos hombres que la acompañaban.

—Esta madrugada me voy de viaje —les dijo.

—¿Estarás fuera unos días?

—No, *ama*, estaré fuera un tiempo.

El silencio volvió a reinar en la mesa.

V

Preparó una bolsa de deporte, con lo justo, nada de más. Metió los billetes que le había dado Iñigo en un bolsillo exterior y lo dejó todo preparado sobre la cama. Sabía que esa noche no iba a dormir.

«*Euskadi ta askatasuna*», murmuró apretando los labios.

Bajó las escaleras despacio. Sus padres veían la tele en el salón junto a la chimenea. Estaban entrando en otoño, y esos pueblos vascos eran fríos y húmedos. Lagun también disfrutaba del calor del fuego.

Ekain pasó la tarde en la *herriko taberna*, bebiendo cervezas y charlando con sus vecinos, compañeros, ¿amigos? Necesitaba escuchar que la causa por la que luchaban seguía mereciendo la pena, y allí, entre cervezas y en pocos minutos, si te asaltaba alguna duda, se desvanecía por completo para volver a ser ese independentista capaz de cualquier cosa por defender tus ideales.

«*Euskadi ta askatasuna*».

Sin decir nada a nadie se marchó a casa. No tenía ni idea de cuándo volvería a cenar con su *ama*, con su *aita*, o de poder darle las sobras del plato a Lagun, que pacientemente esperaba sentado bajo la mesa.

—¡Mira que siempre huele bien en esta cocina! —exclamó volviendo a besar a su madre en mejilla.

—Eres un zalamero —dijo la mujer sonriendo—. Huevos con patatas; a tu padre le encantan.

—Así está el viejo —contestó quemándose los dedos al intentar coger una patata de la fuente de barro. Los sopló y desistió.

—No seas así, hijo. Tu padre es un hombre que ha trabajado toda la vida. Es terco, eso no lo dudo, pero es un buen hombre.

—Yo solo digo que debería cuidarse más.

—Tú también, Ekain. Mírate. —Ekain no entendía lo que su madre quería decir—. En menos de un mes cumplirás veinte años. ¿Qué estás haciendo con tu vida?

—Me voy apañando, *ama*. Voy haciendo alguna cosilla y sacándome un dinero.

—Tu padre tiene razón, no te has juntado con buena gente y te has dejado llevar —Ekain escuchaba mientras ponía los platos y los cubiertos en la mesa, como cada día—. Lábrate un futuro.

—Lo intento, de verdad. Este viaje será una buena oportunidad.

—Eso espero. Llama a tu padre y ayúdale a venir. Si se enfrían los huevos, ya no le gustan.

La cena fue tranquila, conversaciones normales sin tocar temas delicados para mantener las chispas apagadas. La mirada de su madre seguía triste y se la notaba preocupada.

A las tres de la mañana, Ekain bajó de nuevo a la cocina, bebió un vaso de agua y sacó a Lagun a la puerta de atrás. El perro dormía tranquilo en el sofá y le costó desperezarse.

—Te voy a echar de menos, campeón. —Se encendió un cigarro. Lagun olisqueaba cada piedra, cada planta y cada esquina, ajeno a las palabras de Ekain—. *Ama*, ¿qué haces despierta? Es tarde.

—No podías irte así —le dijo envuelta en su batín—. Te preparé algo para el viaje.

—*Ama*, no era necesario.

—Bueno, a nadie le va mal un poco de queso, embutido y algunas galletas de esas que te gustan.

—*Ama*...

—Si las mantienes bien cerradas te durarán varios días. —Los ojos le brillaban y una lágrima furtiva se dejó ver huyendo a través de su blanca tez.

—*Maite zaitut, ama* —le dijo abrazándola con fuerza.

—Yo también te quiero, mi vida. Pórtate bien.

Ekain recogió su bolsa y metió la comida que su madre le había preparado. Eran las cuatro de la madrugada; cogió su cazadora y, dejando a su madre aún despierta, se marchó.

Iñigo y él no hablaron mucho durante el trayecto. Poco menos de dos horas les separaba de una despedida fría y seca. Al llegar, Iñigo aparcó en una zona oscura y alejada de la puerta principal de la estación y sacó una caja metálica del hueco que separaba los asientos de atrás de los de delante.

—Nunca entendí por qué nunca quisiste guardarla tú —dijo Iñigo dándole la caja.

—No quería armas en casa.

—Fue nuestro estreno, ¿recuerdas?

—Y ganaste tú, cabrón —contestó Ekain sonriendo, sacando y guardando la pistola en su bolsa, escondiéndola bien entre la poca ropa y la comida de su madre—. Apretaste el gatillo sin pensar.

—Lo echamos a suertes y la suerte fue mía —manifestó su amigo orgulloso—. No era más que un camello de mierda.

—Pues sí, Iñigo. Ojalá me hubiese tocado a mí.

—Harás grandes cosas, amigo. Cuídate.

Ekain se bajó del coche y no miró atrás. Iñigo se marchó.

Caminó unos metros y entró por la puerta principal. Era temprano, cerca de las seis de la mañana, y la estación derrochaba vida. Sacó los billetes y miró el andén del cual salía su tren:

Origen: Bilbao

Destino: Burdeos

Coche: 11

Plaza: 3B TURISTA

Origen: Bilbao

Destino: Burdeos

Coche: 11

Plaza: 3a TURISTA

Vio a Olga en la cafetería que Iñigo había marcado como punto de encuentro. La observó unos minutos de lejos hasta que ella se percató de su presencia. Ambos sonrieron, quizá inconscientemente recordasen esos momentos en que la adrenalina y los nervios los llevaban a sosegar en la cama, llegando al éxtasis.

Se fundieron en un abrazo, corto pero intenso.

—Te ves bien —le dijo Olga. Él se limitó a sonreír.

Se acercaron a la entrada del andén; no había controles. Ekain pensaba en el arma de su bolsa. Entregó los billetes y sin más control buscaron su vagón. Había sido fácil. Su tren salía en quince

minutos. Olga eligió la ventana. Ekain colocó la maleta de su compañera en la zona de equipajes y la suya y las cazadoras en la balda de cristal que había sobre sus cabezas. Apenas hablaban, estaban nerviosos.

Ya habían pasado los quince minutos y con el tren en marcha podrían relajarse, incluso echar uno de sus polvos en alguno de los aseos del tren.

Ekain ve cómo el rostro de Olga palidece...

—¡Alto, policía! ¡Alto!

—¡Manos detrás de la cabeza!

Los gritos no lograban acallar las voces de los más de diez agentes que entraron en el vagón, todos con armas en mano, todos dispuestos a detener a dos terroristas, por lo que la tensión se apoderó del habitáculo metálico. Ekain se levantó y, bruscamente, lo tiraron en el pasillo; se golpeó la sien con el reposabrazos de uno de los asientos. Le engrilletaron sin oponer resistencia. Olga, con las manos detrás de la cabeza y pistola en la frente, salía de su pequeño hueco para acabar también tirada en el suelo mientras la engrilletaban.

—¡Arma! —gritó la agente que la cacheaba rudamente.

—¡Gora ETA! —gritó Olga. La gente del vagón estaba asustada, pero nadie podía salir. Se escuchaban llantos, lamentos; se escuchaba el miedo y la incertidumbre.

—¡Levántate...! ¡Que te levantes!—le ordenaba la agente mientras otro la ayudaba. Olga la miró fijamente apretando los labios.

—¡Gora ETA! ¡Hijos de puta! —volvió a gritar fuera de sí.

—¡Limpio! —gritó otro tras cachear a Ekain.

Ekain vio cómo cogían su bolsa, sacaron la comida, el arma y la poca ropa. Olga seguía gritando, los agentes cada vez eran más bruscos con ellos. Tomaban los datos de todas y cada una de las personas que había en el vagón.

—¡Arma!

Entre dos agentes levantaron a Ekain; se mareó. Le dolía la cabeza por el golpe.

—¡Tira! —le empujó un agente—. Espero te pudras en la cárcel —espetó. Ekain ni le miró.

¡Gora ETA! —seguía gritando Olga.

VI

«Los tres integrantes del comando Santander, responsables del brutal atentado el pasado mes de febrero en el barrio obrero de la misma ciudad, han sido detenidos en una operación conjunta llevada a cabo por la guardia civil y la Ertzaintza. Ekain Alzaga, de diecinueve años, jefe del comando y principal ejecutor del atentado, y Olga Larralde, de veintiún años, han sido detenidos esta misma mañana en la estación de ferrocarril de Bilbao cuando se disponían a huir a Francia tras haber sido avisados por la banda terrorista ETA de la detención de Zuri Garmendia, de dieciocho años, cooperante de dicho atentado y miembro también del comando Santander. Los terroristas han sido puestos a disposición judicial en espera de juicio.»

«Los tres integrantes del comando Santander, detenidos el pasado mes de septiembre, han sido condenados esta misma mañana. La mayor sentencia ha recaído en Ekain Alzaga, jefe del comando Santander y causante de la muerte de tres civiles y múltiples heridos en el atentado del pasado mes de febrero. Su condena suma doscientos trece años de cárcel, por pertenencia a banda armada, asesinato, lesiones graves y daños. Sus dos compañeros de comando, Olga Larralde y Zuri Garmendia, suman una pena de setenta y nueve años cada uno, por cooperación directa con la banda y ayuda necesaria en dicho atentado.»

La lluvia parecía haber dado tregua, pero los charcos en el agrietado y desgastado suelo tardarían días en desaparecer.

Llevaba varios meses en su nuevo hogar. Siempre tuvo una idea equivocada de cómo era una prisión, demasiadas ideas preconcebidas. Ahora estaba en una prisión lejos de su Euskadi, en territorio nacional, con policías a los que odiaba y que no eran más que sus enemigos, como todo lo que no fuese vasco, aunque la Ertzaintza lo era y también los odiaba.

Doscientos trece años de condena... «¡Qué injusto!», pensarían las víctimas sabiendo que jamás los cumpliría íntegros; una, porque no hay vida tan larga, y dos, porque con el arrepentimiento, buena conducta y voluntad, no cumpliría más de un diez por ciento de esa mentira.

La prisión se encontraba en un lugar árido, seco, donde el calor comenzaba en marzo y no les abandonaba hasta casi octubre. Módulo III, módulo de etarras, de terroristas, ahora su nueva familia. Si te tocaba un buen compañero de celda la vida era más fácil. No nos olvidemos que en toda familia hay ovejas negras.

Había una cosa en la que el Estado y la banda estaban de acuerdo: mantenerles a todos juntos y controlados. La banda ya se ocupaba de darles directrices a través del frente de Makos, un grupo de mediadores, casi todos familiares de los presos, que hacen de meros transmisores entre la banda y ellos. Consignas tan sencillas como mantenerse unidos, seguir defendiendo la causa, amotinarse cuando venga bien o hacer una puta huelga de hambre solicitando mejores condiciones. Era fácil dar órdenes de ese estilo cuando eran los de dentro los que debían cumplirlas. Lo importante era mantenerles motivados, que no decayesen y empezasen a dudar; lo esencial era poder seguir manipulando a quien hace el trabajo sucio por ti. El Estado, a su vez, al tenerlos a todos en un mismo módulo, podía observarles y mantenerles tranquilos dentro de lo posible,

agrupando los problemas en un solo patio y un solo edificio. Quién sabe, quizá algún infiltrado pasase algún tiempo con ellos para conocer un poco más la banda desde dentro.

Ekain estaba convencido de que su lucha era necesaria, que la lucha armada era vital para lograr sus objetivos, y por supuesto, también lo eran las víctimas. A veces recordaba cuando le detuvieron, los gritos de Olga y la rudeza de esos hombres uniformados que les jodieron la vida. Los interrogatorios fueron largos, las horas en soledad, desnudo, a oscuras para desgastarle y humillarle. Recuerda los cubos de agua helada tras días sin comer, como golpeaban su cuerpo ya dolorido a causa de esos moretones internos para no dejar rastro. Las amenazas que sabían dónde hacer daño y crear esa angustia para minimizarle lo máximo posible. Los falsos datos, los «Zuri a dicho», los «Olga nos ha contado» ... Todo junto podía agotar a cualquiera hasta el punto de largar incluso lo que no es verdad. Ekain no lo hizo, contó su versión, lo que había hecho y cómo, pero nunca incriminó a nadie ni traicionó a la banda. En cambio, Zuri hizo todo lo contrario. ¡Un puto bocazas!

Los días pasaban lentos. Aun así, una década manteniendo los ideales y maldiciendo todo lo que no entendía se desvaneció en un instante. Pocas noticias personales le habían llegado del exterior, no tenía novia, apenas amigos y su perro Lagun no podía ir a visitarle, ¡ya estaría mayor! Quizá ya no estaba... Iñigo también fue detenido y enviado a prisión; alguna vez hablaron por teléfono. Él no fue condenado tantos años, depende de a quién mates la condena es mayor, al menos así lo veía Ekain. Solo una noticia fue dura para él, bueno, quizá dos. Su padre murió meses después de entrar preso, nunca volvió a hablar con él desde esa última cena de patatas con huevos. El hombre dejó de cuidarse aún más, se olvidó de él mismo, dejó de comer, dejó de sentir, hasta que dejó de respirar. Su *Aita*...

Su madre, tras la muerte del marido, se mudó con su otro hijo a Bilbao. En el pueblo, las miradas y los chascarrillos dolían como puñales en el corazón. Era increíble cómo se habían situado en una especie de vacío, justo en el centro de todo el caos, y la tierra lanzada por ambos bandos caía sobre ellos sin dejarles respirar. Ninguno fue a visitarle nunca. La última vez que se vieron fue en el juicio, y Ekain estaba más preocupado en insultar al tribunal y vociferar «*Gora ETA*» que en percatarse del apoyo de su verdadera familia. Su hermano le había enviado alguna carta, eran breves, frías, siempre con malas noticias y tan solo con la intención de informar. Su *ama*, ya mayor, apenas recuerda nada de su vida.

Diez años.

Diez años entre intentos de fuga, motines, huelgas de hambre, en los que defender sus ideales y permanecer unidos como banda eran su prioridad. Así lo ordenaban desde fuera.

Diez años.

Su mayor entretenimiento era ir al gimnasio o jugar al ajedrez. En estos años había conseguido ser muy bueno, incluso se hizo algún campeonato entre los presos. «El Jaque Mate», le llamaban. Se llevaba bien con ellos. Si mantenías tu forma de pensar y tu rabia, todo era un camino de rosas. Se apoyaban y escuchaban, o eso creían, como una gran familia, unidos por sus actos de sangre, dolor y miedo.

¡*Gora ETA*!

Las últimas semanas habían sido diferentes. Por alguna razón habían trasladado a una docena de presos de otras cárceles a su módulo, la mayoría de ellos con delitos de sangre y muchos años de condena. Gente peligrosa. Lo que más les sorprendió es que ninguno de ellos pertenecía ni tenía nada que ver con la banda. Los que llegaban no les respetaban, y los que ya estaban no permitían esa falta de respeto. Se convirtió en una lucha para ver quién era más malo y la tensión

se empezaba a palpar entre los muros de esa prisión.

La vida en prisión ya no iba a ser igual.

La vida de Ekain también iba a cambiar.

Quizá, se iba a dar cuenta que Euskadi ya no iba a ayudar a quien mató por ella.

Ahora empezaba su condena.

VII

El toque de diana anunciaba otro día largo y lento.

Eran las ocho de la mañana de un día más.

Muchas mañanas el silencio reinaba entre los presos, que observaban los rayos del sol a través de la ventana que daba al patio, la lluvia caer y repiquetear los cristales o las nubes paseando libres en un cielo encapotado. Mientras observaban, se escondían en sus pensamientos. Al final, era lo único que les quedaba como propio.

Ekain se levantaba de los primeros, hacía media hora de ejercicio en el gimnasio, se duchaba rápido y si tenía suerte le daba tiempo a desayunar algo, si no, tendría que esperar a la comida.

Tras desayunar, todos acudían a los cometidos que tenían asignados, como cocina, comedor, biblioteca, lavandería..., o asistían a algunos de los cursos o charlas que les impartían, enfocados al futuro laboral. Generalmente asistían si la que impartía la clase estaba de buen ver. No todos tenían derecho a los vis a vis, y ver una mujer en prisión ya era un aliciente para ellos y una buena excusa para elevar la excitación de esa noche al recordarla mientras se empalmaban y calmaban su calentón.

Ese día, un día cualquiera de esa larga condena, a Ekain le había tocado lavandería junto a varios presos más.

—¡Tú! ¡Pantxo! —le llamó la atención un funcionario de prisiones—. Eres el encargado de explicarle a este cómo funciona la lavandería.

—¡Joder, macho! —se quejó— ¿Por qué me traes a los nuevos a mí? ¡Y encima me traes a este! —agregó mirándole con desprecio.

—Mira, Pantxo —le llamó la atención el funcionario—, eres el mejor capullo para poder explicar a los nuevos cómo tocarse los cojones y hacer que otros hagan tu trabajo, ¿no?

—En eso somos iguales —contestó Pantxo mirándole y acercándose a él—, pero yo soy más capullo que tú.

—Eso seguro. ¡Venga, Pantxo! —respondió el funcionario con media sonrisa. Era inevitable llegar a cierta confianza, a cierta tolerancia, solamente había que saber hasta dónde llegaba el límite—. Acabad lo que estáis haciendo y enseñadle a este cómo funciona.

El nuevo se quedó junto a la puerta esperando que alguien se dirigiese a él.

Esos nazis no estaban dispuestos a recibir órdenes.

—¡Ahí va la hostia! —exclamó Pantxo—. Si no te queda hueco para más dibujitos en el cuerpo. No te quedes ahí, tío. Pasa —le dijo llamándole la atención.

—¡Pantxo, tío, vale ya! —le reprochó Ekain—. Enséñale lo que tiene que hacer y que se largue.

Ekain y Pantxo habían sido compañeros de celda desde hacía más de dos años. Pantxo era un buen tío, y Ekain lo sabía. Era joven, impulsivo y con la característica de decir en todo momento lo que pensaba, algo que le había traído muchos problemas y moretones en prisión. No tardaría en salir de la cárcel, nunca participó en ningún atentado y tan solo era un chaval peleando por la

independencia de Euskadi en una *herriko taberna* sin tener muy claras sus ideas. Lo malo fue el golpe que le dio a ese guardia civil con un bate de béisbol. El tipo estuvo ingresado en estado grave varias semanas y en el juicio se determinó que había sido Pantxo el que se había ensañado con él. La pena no había sido larga, pero lo suficiente para saber lo que era estar una buena temporada entre cuatro paredes. Supuesto apoyo a banda armada e intento de homicidio. Ekain siempre le protegía, se habían hecho buenos amigos.

El nuevo observó cómo todos le miraban, expectantes, esperando una respuesta por su parte. No saludó y no dejó de observarles. Pantxo le mostró lo que debía hacer, de una manera rápida, con soberbia y grosería.

Ekain cruzó miradas con el nazi; eran frías, vacías, carentes de emociones. Un escalofrío recorrió su cuerpo.

Ahren Meyer, «El Águila», había pasado sus últimos quince años bambando entre las cárceles más peligrosas de Alemania y España. Un nazi capturado en nuestro país tras huir del suyo por matar a tres policías por pura diversión. Le cogieron cuando él y unos de sus amigos secuestraron a dos menores. Durante una semana, hicieron con ellas lo que quisieron... A veces merece la pena morir y no sobrevivir a ciertas situaciones. Entre sus víctimas, mujeres y niños, y entre sus logros, la falta de pruebas para inculparle de toda la mierda en la que había sido partícipe. Asesinatos a sangre fría bajo pago, altercados en lugares públicos, manifestaciones con agresiones, violaciones, robos, secuestros, palizas...

«El Águila» les seguía observando, a todos y a cada uno de ellos.

El módulo III iba a perder su tranquilidad, y la guerra se iba a formar entre los propios presos.

«El Águila» montó su pequeña panda a la que dirigía sin dificultad, un séquito fiel, muchos de ellos a través del miedo y las amenazas. Quien cambiaba de idea era castigado. Una paliza en los baños, algún corte profundo, quemaduras, huesos rotos. Nadie hablaba, se limitaban a acercarse o a mantenerse al margen, pero no siempre era posible hacerlo. Ekain lo supo bien.

El Estado no intervenía en el conflicto; daba la sensación de que disfrutaban viendo cómo esos etarras se acobardaban frente a un grupo de nazis sin escrúpulos. Era una guerra de poder, pero para muchos tan solo era una guerra para recuperar su bienestar. ¡Irónico! ¿Cómo puedes llegar a encontrar el bienestar cuando te privan de libertad? ¿Cómo podía alguno de esos hombres sentir algún tipo de bienestar?

Llovía. El día estaba oscuro.

—¿Qué es lo primero que harás cuando salgas? —le preguntó Pantxo colocando libros en una estantería. Ekain se quedó pensativo—. Yo me voy a emborrachar.

—¿Eso harás? ¡Vaya mierda, tío! —le contestó.

—¡Ay, la hostia! ¿Y qué harás tú?

—Aún me queda tiempo para pensarlo —respondió cabizbajo—. Pantxo, ¿nunca has dudado?

—¿De qué? —preguntó confuso.

—De pertenecer a la banda. De si realmente ha merecido la pena. —Paró de apilar libros en una vieja mesa y se quedó pensativo.

La biblioteca no era grande y se alimentaba de las donaciones que recibía de varias editoriales y de la gente. A los presos no les gustaba trabajar allí, muchos no habían leído un libro en su vida y otros apenas sabían leer. Olía a papel, a polvo y a desinfectante. Ekain había encontrado allí un lugar tranquilo donde evadirse y pensar. Últimamente pensaba demasiado.

—¿Sabes una cosa, Ekain? Soy un mierda, tío. No conozco otra cosa que no sea la banda o la

cárcel. Nunca he matado a nadie y la verdad, no quiero. ¡Quiero emborracharme!

—¡Mirándolo así, no es un mal plan! —le contestó Ekain con una gran sonrisa—. Yo me iré, me iré lejos, tan lejos como pueda.

—Espero que antes de irte nos tomemos unas buenas cervezas y nos emborrachemos —ambos rieron.

Las risas eran cómplices al igual que sus silencios. No tenían derecho a dudar y lo sabían.

Se escuchó barullo fuera de la biblioteca. Un grupo de presos llamó la atención del funcionario, que se aseguraba de que todo estuviese en orden en aquella habitación llena de libros y revistas. «El Águila» aprovechó y entró con tres tipos más.

—¿Qué cojones hacéis aquí? —preguntó Pantxo soberbio—. ¿Qué queréis? ¿Un cuento para dormir?

«El Águila» aspiró el máximo aire que pudo y, sin avisar, clavó un pincho en el cuello de Pantxo. Este se mantuvo de pie unos segundos, hasta que su agresor sacó el pincho de su carne y cayó de rodillas. Ekain no lo vio venir y cuando intentó ayudar a su amigo, los tres tipos le agarraron y taparon la boca, impidiendo así cualquier movimiento. Pantxo se tapaba la herida que no paraba de sangrar. Con la mirada perdida intentaba buscar una explicación, un porqué o una solución para aferrarse a la vida que rápidamente se escapaba. «El Águila» se acercó y con una patada en el pecho le tumbó en el suelo. Pantxo agonizaba. Su agresor le abrió la boca y con el mismo pincho le cortó la lengua, la metió en una bolsa sucia que sacó de su pantalón y se acercó a Ekain. Este intentaba zafarse de esos locos que disfrutaban de la escena. ¡Matar de esa manera! Ni siquiera Ekain lo entendía.

—¡Soltadle! —ordenó «El Águila» a sus secuaces—. Si gritas te mato como a tu puto amigo.

—¿Qué has hecho, tío? —le preguntó Ekain consternado y empujando a los tipos que, aunque ya le habían soltado, se mantenían pegados a él. Pantxo yacía sin vida—. Era mi amigo...

—Era un puto bocazas, y si no quieres acabar como él, te callarás la puta boca.

—Se te van a echar encima —exclamó Ekain entre dientes—. ¡Van a ir a por ti!

—¿Quién? ¿Tu banda? Tu banda cae cada día y vosotros rellenáis las cárceles de este país como un puto bote de canicas. —«El Águila» limpió el pincho en la camiseta de Ekain y se guardó la bolsa con la lengua de Pantxo—. Ya no sois nadie, vasco. Nadie.

«El Águila» se fue y Ekain recibió la mayor paliza de su vida a manos de quienes, minutos antes, impidieron que pudiese salvar la vida de su amigo.

Se sentía víctima. ¿Tenía ese derecho?

La biblioteca ya no olía solo a papel, ni a polvo, ni a desinfectante...

VIII

Su cara estaba destrozada. Las patadas y los puñetazos le habían roto huesos, abierto llagas y creado una conmoción que los médicos no estaban seguros si iba a superar, o al menos, sin secuelas. Si la idea no había sido matarle, poco les había faltado.

Ekain pasó semanas postrado en una cama. Le comunicaron que Pantxo había muerto, aunque él ya lo sabía. Cuando le preguntaron alegó que no recordaba nada, que no sabía lo que había pasado y que cuando se quiso dar cuenta ya estaba en esa cama de hospital.

Durante esas semanas fueron muchas las personas que entraban en su habitación para preguntarle si había conseguido recordar algo, para ver cómo mejoraba su estado y cómo evolucionaba. Tres policías hacían turnos en la puerta para mantenerle controlado, ¡como si fuese a salir corriendo con tanto hueso roto! De todas esas personas solo una llamó la atención a Ekain: ella. Iba prácticamente todos los días a verle, mañana, tarde o noche, según el turno, y cuando faltaba, el día se hacía más largo. Al principio apenas hablaban; ella se limitaba a preguntar cómo estaba y a leerle los informes médicos para informarle de sus avances. Nunca le faltaba una sonrisa o algún comentario agradable.

—Buenos días, Ekain. ¿Cómo te encuentras hoy? ¡Qué serio! —exclamó.

—Aún duele. Me cuesta respirar. La verdad, que no estoy para muchas fiestas

La doctora se puso unos guantes de látex y comenzó a palpar cada cicatriz y moretón. Ekain se sentía ridículo con esa especie de camisón abierto por detrás y miraba al techo disimulando su incomodidad. En esos momentos los segundos se hacían eternos.

—¿Cuándo voy a salir de aquí? —preguntó.

—¿Ya quieres irte, chiquillo? ¿Tantas ganas tienes de volver a prisión?

—¿Y a dónde voy a ir? No creo que tenga otra opción, ¿no?

—Eso es cierto, chico serio, pero ¿dónde vas a estar mejor que aquí?

—Pues, no sé qué decirte —contestó pensativo—. ¿Sabes?, nunca me has dicho tu nombre, ¿Cómo te llamas? —insistió Ekain.

—¿No estarás ligando conmigo? —preguntó con un gesto pícaro. Ekain se quedaba bloqueado cuando ella actuaba así—. Me llamo Mónica, doctora Mónica Baeza, y como doctora tengo que decirte algo.

Mónica se sentó a su lado en la cama sin perder esa sonrisa que iluminaba su cara.

—Debido a los golpes tu ojo derecho ha sido dañado.

—¿Y eso qué quiere decir? Ahora vienen las malas noticias, ¿no? —preguntó impaciente. Ella hizo un gesto de calma con sus manos y Ekain la escuchó.

—Se llama iritis traumática. Generalmente —prosiguió cautelosa, buscando las palabras adecuadas— es causada por un fuerte golpe o un pinchazo en el ojo. En tu caso, no hace falta que te explique por qué. A partir de ahora tu ojo derecho tendrá una disminución permanente de visión.

—¿No podré ver? Con ese ojo, quiero decir.

—¡No! ¡Claro que no, chico serio! —exclamó al ver la cara de preocupación de su paciente—. Tu ojo derecho tendrá menos visión, en torno al treinta por ciento menos. Podrás ver y hacer vida prácticamente normal, pero necesitarás gafas.

—¿Y mis huesos?, ¿costillas?, ¿hombro?, ¿brazo? —Las preguntas se amontonaban. La doctora puso su mano en el hombro de Ekain para que se calmase de nuevo.

—Tus huesos curan bien y las cicatrices también. ¿Has entendido bien lo que te he explicado? Para evitar dolores de cabeza y mareos tendrás que tomar una pastilla cada día y para siempre. — Ekain asintió. La doctora se mantuvo en silencio unos segundos mirando los cortes de la cara—. ¿Y tú? ¿Cómo te sientes tú?

—¿Yo? Pues dolorido. Cansado de estar tumbado y sin poder moverme.

—Eso está dentro de lo normal; si no te pegaras con la gente no te pasaría —comentó guiñándole un ojo—. Recibiste una buena paliza. Debiste de enfadar mucho a alguien. ¡No entiendo cómo alguien puede hacer algo así!

—¿Y esto no es nada! —respondió Ekain haciendo un gesto de agobio con su cara.

—Espero que al menos le dices tú también a él y que no se fuese de rositas.

Ekain rio de sus ocurrencias y naturalidad.

—No sabes quién soy, ¿verdad? ¿Te has fijado que hay policías en la puerta?

Agachó la mirada. Le costaba mirarla si ella no sabía a qué tipo de persona dedicaba parte de su tiempo cada día. Era la primera vez que se avergonzaba de ser quien era

—No sé... ¿Alguien famoso? —vaciló Mónica.

—Sabes que soy un preso, pero no tienes ni idea de lo que hice.

—Para mí eres un paciente y debo asegurarme de que estás bien. —Mónica se puso de pie y cogió el historial médico. Hizo unas cuantas anotaciones y volvió a sonreír a Ekain, que la miraba esperando alguna otra respuesta por su parte—. No voy a juzgarte por lo que hayas hecho, no es mi cometido, ¿de acuerdo?

—¿Segura? —dijo incrédulo a sus palabras.

—Pues claro. ¡Esto es emocionante! Cada día atiendo a un chico muy guapo, aunque un poco serio y que la policía le vigila. Es como vivir en una película.

Esta vez consiguió que Ekain riera de verdad. Ambos lo hicieron.

—¿Ves? Al menos te he hecho reír un rato. Mañana vendré a verte de nuevo. Será buena idea hacer unas radiografías y ver cómo van esas costillas. Ahora descansa; no tardarán en traer la comida. —Abrió la puerta de la habitación y se dispuso a marcharse.

—¿De verdad no sabes quién soy? —Mónica volvió a cerrar la puerta y se giró hacia él.

—Sé que eres un terrorista y has matado gente, pero eso ya lo hablaremos en otro momento, ¿vale? Descansa y come algo de esa horrible comida de hospital. —Hizo un gesto de asco y volvió a guiñar el ojo a Ekain.

Mónica se fue.

—Mónica... —se repitió Ekain con una sonrisa.

Los días fueron pasando y las visitas de Mónica cada vez eran más largas. Las conversaciones fluían de otra manera, sin miedos; cada uno sabía con quién compartía ese tiempo sin juzgarse. Mónica escuchaba las historias de Ekain en la cárcel, sus comienzos, su rebeldía y cómo los años habían cambiado esa forma de actuar y ver las cosas. Ya no quería seguir apoyando algo en lo que había dejado de creer. Ella le apoyaba, le guiaba para que viese las cosas sin odio, sin esa rabia que le vestía desde hacía tantos años, haciéndole entender que nadie debe morir por las ideas de otros. Le contó cómo mató a tres personas y cómo durante mucho tiempo se maldijo e incluso se sintió un fracasado, no por haberlos matado, porque eso le daba igual, sino por no haber acabado con el objetivo principal. Los primeros años en la cárcel intentó huir varias veces; su mayor deseo

era atentar en un comando grande, fuerte y bien organizado para hacer un trabajo perfecto y hacer el mayor daño posible a un país que, según él, anulaba todo por lo que él luchaba. Pero ya no, ya no quería seguir peleando, y Mónica había sido una pieza clave en apaciguar su ira. Mónica escuchaba y cada día se acercaba más al corazón de ese asesino. Ella le contaba cómo había acabado allí siendo de Jaén, lo mucho que adoraba su trabajo y lo que echaba de menos a su familia y amigos. Ekain se perdía en su mirada, azul, cálida y alegre, que le transmitía todo lo que él nunca había tenido, felicidad.

Mónica había roto ese muro que separaba a Ekain del mundo real.

Dentro de prisión, la unión entre etarras se empezaba a agrietar. Las dudas, el abandono por parte de la cúpula y los motines sin éxito empezaban a crear un ambiente de incertidumbre. Los «nazis» se habían hecho dueños del módulo III. «El Águila» había jugado bien sus cartas y, a través del miedo y la sangre, había conseguido acallar a los que habían sido durante tanto tiempo los machos alfa de la manada. Nadie se metía con él, nadie se enfrentaba a su ejército de adeptos, un ejército que se componía por una minoría de presos con ideas extremistas y una parte más grande de presos con la ignorancia por bandera. Locos e idiotas juntos, liderados por un psicópata, un cóctel perfecto que durante años hizo del módulo III un auténtico infierno.

IX

Ekain fue trasladado de nuevo a prisión. Durante varios días permanecería en el área médica y Mónica ya no estaría allí.

La despedida fue breve, aunque con demasiada gente mirando para ver cómo actuaban. Un sencillo beso en la mejilla y un «te veré pronto», cerraron un capítulo en la vida de ese etarra arrepentido, que se alejaba de su esperanza en una silla de ruedas. Era cuestión de días que empezase a andar y a coger fuerza para que le devolviesen a su celda.

Los días pasaban entre la dolorosa rehabilitación y ninguna noticia de Mónica. Ekain había asumido que ella no intentaría ponerse en contacto y que la estúpida idea de que fuese a visitarle no era más que una quimera.

Llegó el día en que Ekain volvió a su módulo.

Otro tipo ocupaba el camastro de Pantxo. Ni siquiera le saludó y tampoco nadie le dio ninguna explicación de por qué sus cosas habían desaparecido. Todo lo conseguido en los últimos años se lo habían quitado.

Se unió a su grupo, los etarras, y aunque lo único que quería era desvincularse, no pudo evitar sentirse protegido. Se informó de lo ocurrido las últimas semanas y se acobardó al saber que aquello se había convertido en una batalla campal.

La primera noche, al acostarse, encontró bajo su almohada la lengua de Pantxo. «El Águila» la había guardado hasta su vuelta para recordarle lo que les pasa a los bocazas. El mensaje quedó claro. Las peleas en los baños eran diarias, las pastillas de jabón envueltas en toallas marcaban los cuerpos de una turba de hombres que solo intentaban sobrevivir. El comedor era un lugar donde todos se analizaban y barajaban quién iba a empezar la siguiente reyerta.

Dos cuerpos, uno quemado y otro apenas irreconocible por los golpes.

Ninguna noticia en la prensa.

Ninguna mención en los noticieros.

La tensión hacía mella en los miembros de ETA, cansados del exceso de violencia. ¡Quién lo diría!

ETA estaba perdiendo esa unión entre sus miembros y el Estado saldría victorioso al observar cómo la organización se destruía ella misma y desde dentro.

¡En esta vida siempre hay un malo más malo que el primero! O como dijo Albert Einstein:

«El mundo no está amenazado por las malas personas, sino por aquellas que permiten la maldad.»

—Ekain Alzaga, tienes que acudir al centro médico —le avisó uno de los funcionarios—. El doctor te está esperando.

Ni siquiera contestó. Cruzó el largo pasillo y vio cómo varios presos paseaban por el patio. Recordó algo que una vez le dijo Pantxo y que le pareció una solemne tontería:

—Fíjate bien, tío. Con el tiempo que llevo aquí me he dado cuenta de algo muy curioso.

—¿Ah sí? Pues ya te ha costado darte cuenta de algo.

Pantxo ignoró su comentario, le dio una calada a su cigarro y siguió hablando.

—Me he dado cuenta de que los presos preventivos, cuando pasean por el patio, lo hacen en círculos. —Ekain le miró con el semblante serio y Pantxo afirmó con la cabeza—. Y que los penados lo hacen en línea recta, como un ida y vuelta.

—¡Tú eres un flipao!

—¡Qué no, tío! Llevo semanas observándolo.

Ekain dejó de mirarle y no comentó nada más. ¿Tendría razón el cabrón de Pantxo? Recordarle le había sacado una buena sonrisa.

—¿Puedo pasar? —preguntó golpeando la puerta con sus nudillos.

—Pasa, por favor.

—¡Mónica! ¿Qué haces aquí?

La cara de Ekain brilló de emoción al verla sentada junto al doctor de la prisión. El sol entraba por la ventana e iluminaba la belleza de la doctora, que se contenía por no mostrar lo que sentía; no delante del doctor.

—Hola. ¡Vaya! Veo que ya puedes andar bien y tienes buena cara.

—Gracias, pero... ¿Qué haces aquí? ¿Todo bien? —preguntó mirando al doctor y sentándose en la silla junto a Mónica.

—Mónica ha querido venir a traer tu historial médico para poder unirle al mío y que no haya dudas sobre tu tratamiento.

Ekain volvió a mirar a Mónica y sonrió. Tuvo ganas de agarrar sus manos, de besarla, abrazarla y sentir su aroma, observarla durante horas, escucharla. Llevaba tantas semanas esperando una señal, algo que le dijese que la esperanza no se había perdido.

—Me alegro mucho de que estés bien —le dijo hundiendo sus ojos en los suyos y apartando su melena negro azabache—. Se hizo largo, ¿verdad? La recuperación, quiero decir —añadió agachando la mirada tímidamente sin perder la sonrisa.

—Mereció la pena, Mónica. Esta paliza ha cambiado mi vida, mi percepción de ver las cosas. He tomado una decisión y voy a desvincularme de la banda y pedir traslado al módulo de respeto.

—¡Eso es maravilloso! ¡Estoy muy orgullosa de ti!

El doctor los escuchaba. Cada gesto, cada mirada le descubría que los sentimientos eran mucho más de lo que mostraban. Con educación y con la excusa de tomar café, los dejó solos unos minutos.

Ekain consiguió, por fin, agarrar sus manos con fuerza, y sin decir nada, la besó. Era su primer beso y ambos se dejaron llevar por el calor y la sensación de placer que les proporcionaba el roce de sus labios. El corazón de Ekain latía fuerte y el de Mónica se dejaba llevar por el hechizo que ese vasco había causado en ella.

Fue breve, demasiado para poder dar rienda suelta a lo que realmente deseaban. Una vez Mónica se fue, Ekain tuvo claro que lo que importaba ahora era salir del Módulo III.

El chico serio, el etarra arrepentido o el vasco enamorado, sabía que la vida en prisión no iba a ser fácil una vez diese el paso de anunciar su desvinculación. La noticia no tardó en propagarse por todo el módulo. Los etarras no le entendían, aunque algunos le admirasen en secreto. Los nazis le trataban como a un pusilánime, un cagón sin agallas para seguir defendiendo sus ideas. Y él, se sentía una presa en un sistema donde arrepentirse no formaba parte del juego.

Ekain escribió una carta a los hijos del matrimonio que asesinó esa tarde de febrero de mil novecientos noventa y dos. Ya habían pasado doce años desde aquello. También escribió otra al padre de la tercera víctima. Les explicaba cómo se había sentido y cómo se sentía en esos

momentos, donde había decidido cambiar y daba el salto a ser una persona nueva y decente. Contaba cómo habían sido estos últimos años en prisión y cómo se había dado cuenta del daño que había hecho. «La estupidez se paga —les decía—, y yo no era más que un estúpido». Ekain se armó de valor y envió su tristeza y remordimiento en un sobre cerrado.

Nunca recibió respuesta... Nunca la esperó.

Fueron semanas muy duras. Semanas donde la banda había dado la espalda a Ekain y le trataba de traidor y cobarde. La convivencia en prisión se complicó para él. Amenazas de muerte, ataques inesperados, vacíos. Se sintió como una presa. Requirió de protección por parte de los funcionarios. Y entre arrepentimientos, abogados, psicólogos, análisis de sentencia y demostraciones de buena conducta en un ambiente tan hostil, Ekain Alzaga consiguió que lo trasladaran al módulo de respeto de una pequeña prisión a unos 100 kilómetros de donde estaba.

Solo un año antes, en dos mil uno, se había instaurado este tipo de módulo en esa prisión. Los presos no serían tan peligrosos, la vida diaria más tranquila y la convivencia más confortable. La decisión se tomó cuando la vida de Ekain ya no tenía ningún valor en el módulo donde estaba. Si alargaban el traslado, el preso sería un cadáver más a incinerar.

Allí, en ese módulo de respeto, pasaría los últimos años de su condena.

X

Ekain ya estaba instalado en su celda. Esta vez ya no le tocaba compartirla con nadie, pero inevitablemente se acordó de Pantxo y le añoró.

Le explicaron las normas y le hicieron ver que el factor fundamental en el módulo era la participación diaria del interno en la vida, tareas y decisiones a través de grupos de trabajo y comisiones de internos.

«Interno». Allí nadie le llamaba preso.

—Bienvenido.

—Gracias.

—Soy Alberto —le dijo dándole la mano—. Soy el interno que te ayudará los primeros días a que te habitúes a esto.

—No parece difícil, ¿no?

—Bueno, depende de dónde vengas, supongo.

—Del putito infierno —le contestó Ekain sin pensárselo.

—Entonces no te costará, pero no la cagues o te harán volver.

Alberto le enseñó cómo funcionaba el módulo, los trabajos a los que podía optar y cómo solicitar la entrevista para cada puesto. Lavandería, comedor y resto de zonas comunes eran repartidas por los propios internos. Lo importante era cumplir, mantener la calma y tranquilidad dentro del módulo y no cometer errores de peleas, motines o reyertas. Tres faltas y volvías al lugar de donde te habían sacado. Si Ekain volvía era hombre muerto.

Llamó en varias ocasiones a Mónica y le contó que ya estaba asentado y trabajando en una de las imprentas de la prisión. Hablar con ella era como recibir dosis de energía que le permitían seguir evitando tropezar y cagarla.

—Lo estás haciendo fenomenal, chico serio, y lo de la imprenta me parece un trabajo fantástico —le decía Mónica, emocionada.

—Estamos haciendo una tirada de un cuento para niños, ¡es divertido! ¿Cuándo vendrás a verme? Podemos tener nuestro espacio, si te parece.

—¿Es lo que quieres? No sé...

—Es lo que más deseo, Mónica —le explicó—. Sin ti nada de esto hubiese pasado. Deseo besarte de nuevo, acariciarte...

—¿Estaríamos solos?

—¡Claro! —exclamó Ekain deseando ese encuentro—. Tú y yo, un vis a vis. No tenemos que hacer nada que no quieras, pero estaríamos solos para hablar, para estar cerca, para...

—Vale —contestó—. Quiero verte. Todo esto me acojona, pero quiero verte ¡Sííí! —gritó al otro lado del teléfono—. ¡Quiero verte!

Ekain colgó feliz.

Solicitó un vis a vis. Tardaron varios días en dar el visto bueno y en una semana iba a poder estar a solas con Mónica durante tres horas. Ella no había intentado verle en los locutorios y él no quería forzar la situación. Entrar en una prisión no era fácil para alguien de fuera y Mónica tomaba decisiones meditando sobre ellas y a paso lento. Era como si decidiese entre todo o nada; nunca

elegía la opción del medio.

La imprenta iba viento en popa y Ekain había conseguido que le pusiesen como jefe de equipo. Se encargaba de organizar los albaranes y pedidos, y ayudaba a sus compañeros a empaquetar y a tener a punto las máquinas de la imprenta.

—Este libro le gustaría a mi hijo.

—Seguro que si pides uno te lo regalan sin problemas —le dijo Ekain—. Además, los haces tú, ¿no?

—¿Tú crees? —preguntó Bruno, cabizbajo—. Mi niño crece rápido. ¡Cómo pasa el tiempo!

—¿Cuánto llevas aquí?

—Tres años, y aunque ya no me queda mucho, no sé qué cojones haré ahí fuera.

—¡Vamos, tío! —le animó Ekain, que había dejado de empaquetar para escucharle—. Tienes un hijo, ya solo por eso tendrás que buscar un trabajo. ¿Y tu mujer?

—Ella murió cuando yo entré aquí. Meterse en negocios con cierta gente no fue buena idea, hermano.

—¡Qué me vas a contar! Apúntate a los cursos, aprovecha lo que te queda aquí para cuando salgas fuera.

—Lo haré. Gracias —le agradeció satisfecho—. Eres un buen tío.

Ekain se quedó en silencio sin saber qué responder. ¿Era realmente una buena persona? Bruno se marchó y Ekain pidió permiso para poder coger un libro y dárselo para su hijo. Esa noche se lo dejó sobre la cama de su celda.

Había llegado el día y Ekain iba a pasar tiempo a solas con la mujer que le había robado el corazón. Estaba nervioso. Ya no recordaba la última vez que estuvo con una mujer. En el módulo III, la entrada de prostitutas no era ni fácil ni habitual, aunque sí necesaria para calmar la agresividad de los animales que encerraban allí. Alguna amiga de la novia de alguno de ellos que, tras tener varias conversaciones en los locutorios, accedía a echar algún polvo; alguna puta a la que permitían la entrada, al final ya las conocíamos todos. Siempre de tarde en tarde, con frialdad, sin palabras y previo pago. No todo el mundo tiene el estómago de follarse a gente como los presos del módulo III.

Ekain se acercó a la zona de comedores para que uno de los funcionarios de guardia le acercase al área de las habitaciones de encuentro

—¡Vamos, machote! —le gritaban sus compañeros—. ¡Hasta que te duela el manubrio!

—¡Demuéstrala que eres un león, vasco! —exclamaban.

—No seáis desagradables, joder —les decía Ekain con media sonrisa y cruzando el comedor—. ¡Sois la hostia!

El funcionario abrió la puerta y Ekain vio a Mónica de pie junto a una cama que, aunque un poco más grande de las que había en las celdas, no dejaba de ser un camastro.

—Tenéis tres horas —les dijo el funcionario.

Cerró la puerta por fuera.

Ekain se lanzó a los brazos de Mónica y sin parar de sonreír la abrazó con fuerza. Ella respondió a su cariño con el mismo ímpetu.

—Estás preciosa. ¡Mírate! Has cambiado el color de tu pelo.

—Sí, un color un poco más claro, ¿te gusta?

—Mucho —respondió mirándola con dulzura—. Este sitio no es lo más romántico que hayas tenido, pero...

Mónica frenó sus palabras besándole los labios suavemente.

—Hagamos nosotros que lo sea —susurró.

Se puso de pie y se quitó el vestido que llevaba. Ekain la miraba atónito deseando tocarla y saborear su cuerpo. Ella, lentamente y en ropa interior, se tumbó en la cama invitándole con sensualidad a que la acompañase. Ekain se despojó de su ropa y Mónica pudo observar lo abultada que estaba su entrepierna. Se acariciaron lentamente, intentado conocer cada recoveco de su cuerpo, disfrutando de cada roce hasta desprenderse de la poca ropa que les quedaba.

Ekain gimió fuerte y el silencio reinó en la fría habitación.

—¡Joder! —exclamó agitado—. Lo siento, lo siento de verdad, Mónica.

—No pasa nada. Tranquilo.

—Hace demasiado tiempo que no estaba con una mujer y no he podido controlarlo.

—Ekain, tranquilo. —Lo calmó agarrando su cara con sosiego. Ambos se tumbaron.

Mónica lo observaba. Él miraba al techo como si así pudiese desaparecer. Una eyaculación precoz no estaba dentro de sus planes. Ninguno decía nada.

Comenzó a acariciarle de nuevo, pausadamente. Besó su cuello y él se revolvió agarrando sus caderas y acercándolas a su cuerpo. Los suspiros volvieron a imperar y esta vez se volvieron uno, entre movimientos de placer y gemidos de gozo y satisfacción. Ambos llegaron esta vez al clímax.

Hablaron, se besaron y se despidieron con una sensación bonita.

Solo faltaba un mes para poder verse de nuevo. El locutorio seguía sin ser parte de lo que Mónica quería. Alguna llamada de teléfono y una larga espera recordando sensaciones.

XI

Fueron pasando los meses, los años y Ekain, poco a poco, iba llegando al final de su condena.

Se había mantenido trabajando en la imprenta. Durante todo ese tiempo había hecho propuestas para ampliar clientes y posibilidades, y así hacer de la imprenta del módulo de respeto un negocio que daba servicio a varias editoriales y consumidores individuales. Ekain sabía que ese trabajo podía darle alguna oportunidad cuando estuviese fuera.

La relación con sus compañeros era buena y, por primera vez, aparte de Pantxo, del que no se olvidaba, había conseguido tener amigos de verdad sin ningún tipo de interés.

Alberto se mantuvo a su lado y confió en él desde el principio. Los chicos del equipo de la imprenta eran una piña. Las penas que cumplían cada uno eran mucho más cortas que las de Ekain, por lo que cada poco tiempo veía a alguno de ellos marchar para comenzar una vida en libertad. Algunos no tardaban en volver con algún otro delito, no porque fuesen malas personas, simplemente no sabían hacer nada más que robar o drogarse fuera de los muros de la prisión, que volvía a encarcelarles para volver a empezar de nuevo. El bucle parecía no terminar nunca.

Bruno había salido algunos años atrás y seguía visitándole en la cárcel algún domingo. Había conseguido un buen trabajo como carretillero en una empresa de palés y había recuperado a su hijo, del que disfrutaba sin desperdiciar ni un solo día. Un domingo en el locutorio, Bruno le había entregado un teléfono de contacto de un tipo que podía darle trabajo en Irlanda. Ekain quería seguir yéndose lejos y sabía, o pensaba, que no sería complicado encontrar trabajo para Mónica.

Mónica y él seguían viéndose cada mes; alguna vez ella no pudo asistir debido a alguna conferencia de medicina o algún viaje a Jaén para ver a su familia. Él deseaba conocer su entorno y le hablaba constantemente de los miles de planes que tenía cuando fuese libre. Huirían lejos, donde nadie los conociese y pudiesen empezar una nueva vida sin ser juzgados. La abrazaba con fuerza, la besaba con pasión y le decía cuánto la quería. Ella sonreía y se limitaba a dejarse querer y a hacer que esas tres horas fuesen algo especial. Parecía no querer ser parte de esos planes que pertenecían a los sueños de Ekain.

Para Mónica no había sido fácil sacarse la carrera de medicina, conseguir un buen puesto en un hospital y cumplir el sueño de ser doctora. Su familia, humildes trabajadores, habían hecho todo lo posible para ayudar a su hija en todo el proceso, un proceso caro y largo. Mónica había tenido diferentes trabajos mientras estudiaba largas horas y perdía horas de sueño. Camarera, crupier sin experiencia en un casino de la zona, cuidadora de niños y ancianos, dependienta en una tienda de dulces, cerrando sobres y poniendo cuños para campañas de marketing, en un supermercado, ... un sinnúmero de trabajos por los que cobraba una miseria y le impedían tener una vida social. Trabajar y estudiar, no había tiempo para más.

Para sorpresa de los presos etarras, la banda terrorista ETA abandonaba las armas el veinte de octubre de dos mil once.

ETA afirmó en su comunicado un compromiso claro, firme y definitivo de abandonar las armas. Al mismo tiempo, pidió a los gobiernos español y francés, diálogo y soluciones a las consecuencias del conflicto que había durado cerca de medio siglo. ETA nunca pidió perdón a las víctimas.

«La Conferencia de Paz pide a ETA una declaración de cese definitivo de la violencia.»
Diario Vasco, 17 de octubre de 2011

«ETA pone fin a 43 años de terror.»
El País, 20 de octubre de 2011

«Las víctimas y las fuerzas de seguridad, escépticas ante el comunicado de ETA.»
El Mundo, 20 de octubre de 2011.

«El grupo separatista vasco renuncia a la utilización de las armas tras un año en el que se ha observado el alto al fuego unilateral.»
The Guardian, 21 de octubre de 2011.

«Después de medio siglo de violencia por la independencia del pueblo vasco en España y Francia, el grupo separatista ETA anuncia unilateralmente el final de su campaña de bombas.»
New York Times, 21 de octubre de 2011

Aún tendrían que pasar más de seis años para que, el tres de mayo de dos mil dieciocho, ETA anunciase su autodisolución.



“*Hola, Ekain:*

Sé que te sorprenderá haber recibido esta carta, pero era la única manera donde sabía que me podía expresar tal y como yo quería e intentar, aunque sé que no será fácil, que entiendas mis palabras y mis razones.

Ya no queda nada para que puedas cruzar ese umbral que te separa de ser un hombre libre y eso me hace inmensamente feliz.

He podido vivir la transformación de alguien que no tenía alma y que se ha convertido en un hombre con un corazón enorme y lleno de vida.

No te acompañaré en este viaje, chico serio. Este viaje le harás tú solo.

Mentiría si dijese que no te quiero, que no hay sentimientos o que los últimos años han sido una pérdida de tiempo; mentiría si dijese que no deseo estar a tu lado, pero también me mentiría a mí misma si tuviese que dejar mi vida para acompañarte en cada sueño que deseas cumplir. Esos sueños no son míos, Ekain, y yo solo he pasado fugazmente para hacer que nuestra vida tuviese algo bonito que recordar. Ahora toca vivir otra etapa y estoy segura de que la tuya será fascinante.

Yo seguiré con mi trabajo. Me ha surgido una nueva oportunidad de la que estoy muy contenta y que me ayudará y aportará cosas nuevas. No te diré dónde voy, ni intentaré ponerme en contacto contigo. Ahora, cada uno seguirá su camino y reharemos nuestra vida con mucha ilusión.

Cada noche que haya luna llena miraré al cielo sonriendo, porque estés donde estés, allí también la podrás ver. Si tú lo haces también, nunca nos olvidaremos el uno del otro, o sí..., quién sabe. Al fin y al cabo, cada uno hará su vida y el pasado siempre queda atrás por mucho

que digan que no es verdad.

Mira, chico serio, esta vida está llena de oportunidades que no se deben dejar escapar, solo hay que estar atento y ahora tienes la ocasión de demostrar al mundo qué puedes ser y conseguir lo que te propongas.

Sigue tu camino, y por muchos obstáculos que te encuentres no pierdas de vista tu meta.

Cuídate.

Te quiero mucho, chico serio.

Mónica”

Arrugó la carta en sus manos y asumió que, a partir de ahora, caminaba solo.

Febrero de 2012. ¡Qué curioso! Hacía veinte años que Ekain Alzaga pulsaba el botón que acabaría con la vida de tres personas inocentes.

Ahora era un hombre libre.

Querido destino,

Si hubiese sabido lo que me ibas a deparar, seguramente hubiese intentado cambiarte, hacerte desaparecer y, así, hacer que mi vida no hubiese descarrilado como tú designaste.

Ahora no hay marcha atrás, y tras arrancarme la sonrisa inocente que determinó mi futuro, me presento a ti como alguien vacío y sin ningún atisbo de empatía.

La supervivencia es algo natural y solo el animal más fuerte logra sobrevivir. Durante meses tú me entrenaste para ello, tú licuaste mi cerebro y tú eres el único culpable de lo que está a punto de ocurrir.

Ellos no me importan.



PARTE II

Un plan inesperado

Madrugada del 1 de enero de 2013

Inhalé aire hasta llenar mis pulmones. En tanto que cerré los ojos y alcancé un estado de éxtasis nunca antes vivido. Absorbí el olor de la sangre que, espesa, goteaba contra el suelo. Mientras caía, se iban dibujando indefinidas rosas de color carmesí.

Ploc... Ploc...

Las gotas tocaban el viejo suelo de madera.

Ploc... Ploc...

Ella estaba preciosa. Ahora más que nunca. El rostro asustado sabía guardar tanta belleza y dulzura. Los ojos estaban muy abiertos y la mirada todavía mostraba sorpresa por lo que acababa de presenciar.

No pude evitar excitarme. Inhalé aire de nuevo y absorbí su esencia.

Mi ímpetu no supo controlar la cantidad de envistes que le desgarraron el cuerpo. Todo el pecho estaba destrozado a cuchilladas.

Había tenido la paciencia suficiente para organizarlo todo con excesiva meticulosidad, pero la adrenalina del momento, la rabia, la excitación... Fui impaciente, ansioso y estúpido por haber hecho que el momento fuese tan rápido, tan fugaz, tan... efímero.

Apreté mi entrepierna con la mano para no demostrar mi excitación y me giré hacia ella. Mi sexo aún se mostraba erecto detrás del pantalón.

Me observaba con pavor. Sus ojos estaban hinchados de llorar y su nariz se hallaba enrojecida por el llanto y por la dificultad para respirar. La mordaza le cubría la boca e impedía que la tela que la llenaba se saliese.

—Ha sido rápido —le dije tranquilo—. No habrá sufrido tanto.

Dejó escapar un plañido mientras miraba al techo de la habitación. Ella intentaba zafarse de las ataduras que la mantenían cautiva en esa cama, pero era consciente de que no tenía la fuerza suficiente para conseguirlo.

Le acaricié la pierna, desde el tobillo hasta el muslo; le levanté el vestido y dejé a la vista su ropa interior. Separé la braguita de su sexo y, después de acariciarlo, rasgué la tela, dejándolo desnudo y expuesto. Me quité la ropa lentamente, disfrutando del miedo que desprendían sus pupilas: quien había arrebatado la vida de una persona frente a ella iba a penetrarla para saciar su vesania y ardor. No era la primera vez que veía muerte a su alrededor, pero, esta vez, ella estaba involucrada y era una clara candidata a ser la siguiente en morir.

Podía sentir su pavor. Me la iba a follar como el monstruo que realmente era.

La penetré con fuerza, sin dejar de mirarla. Al acabar, me limpié con su vestido.

Organicé todo lo demás según el plan marcado. Solo esperaba no ser tan impaciente y cumplir mi propósito tal y como lo había planeado.

Me dispuse a desinfectar y fregar antes de que la sangre se secase del todo. El olor a metal se mezclaba con el hedor de la suciedad acumulada. Era un lugar horrible, el sitio perfecto para hacer sufrir a quien había creado un mundo de muerte, mentiras y manipulación en donde yo fui participe de una manera salvaje. Sabía que no era mejor que ellos y estaba seguro de que, con el tiempo, pagaría de igual manera mis errores.

En la parte de atrás de esa vieja granja abandonada se acumulaban restos de maderas y las

cenizas frías que sacaba de la chimenea. Dejé allí, cubierto, el cuerpo inerte. La idea era quemarlo y mezclarlo con esas cenizas y maderas, pero tenía que hacerlo bien y borrar toda huella y restos. Aunque quizá, si tenía suerte, algún animal le encontraría y haría desaparecer cualquier rastro.

Mientras limpiaba, la observaba; me excitaba tenerla cautiva. ¡Deseaba hacerle tanto daño! Pobrecita... ¡Estaba tan asustada! ¡Se lo merecía! Sabía que ya no le importaba morir, pero me negaba a cometer el mismo error y me prometí tener más paciencia para que su sufrimiento fuese largo y agonizante.

Me quité la ropa manchada de sangre, lejía y amoníaco.

No era la primera vez que mataba, pero sí la primera por la que sentí algo. Sentí gozo. Sus ojos vidriosos y vacíos de vida me reconfortaron. Matarle había sido lo mejor que me había pasado en mucho tiempo. ¡Puto mentiroso! ¡Cabrón de mierda! Ahora ya no podía hacer más daño.

Me acerqué a ella desnudo y volví a penetrarla hasta gritar de placer.

I

Viernes 15 de julio 2012

Me bajé del autobús y estiré cada músculo de mi cuerpo. Hacía frío, y las cinco horas de viaje no habían ayudado a que no me entumeciese. A mi lado, durante todo el trayecto, una vieja gorda se había pasado comiendo todo el viaje. Al final, se quedó dormida mientras babeaba y desprendía ese olor a maíz mezclado con colorante y queso barato. Tuve que golpearle el brazo al llegar a la parada. Cuando se despertó, me lanzó una mirada de odio que acompañó con insultos en un idioma que no entendía; supuse que era gaélico. Parecía una bruja maldiciéndome mientras recogía sus cosas y bajaba del viejo autobús. “Hija de puta gorda”, pensé.

—Está como una cabra —me dijo el conductor—. La vieja —insistió señalándola al ver que no le contestaba.

Le miré sin gesto alguno y me bajé.

Por la mañana, cogería otro autobús dirección a Belfast.

Tan solo buscaba empezar de cero.

Me colgué la mochila a la espalda y busqué el hostel que había reservado para pasar la noche. Estaba seguro de que no iba a ser lujoso, pero no me había imaginado el cuchitril con el que me encontré. Necesitaba un trago que quemase mi garganta y me ayudase a dormir.

Las clases de inglés en prisión y las clases extras que me había dado Mónica me proveyeron de cierta soltura que mejoraba con mi falta de vergüenza. Nunca pensé que se me diesen tan bien los idiomas. Mónica había puesto todo de su parte para que saliese de mi cautiverio con un nivel que me facilitase una oportunidad laboral. Se le olvidó decirme que ella no estaría conmigo, ¡vaya chasco!

Nadie caminaba por las oscuras calles de esa villa. Tan solo una taberna sobrevivía a unos metros del hostel. Al cruzar la calle, un par de furgonetas negras con cristales tintados se cruzaron y me impidieron continuar; me vi forzado a retroceder si no quería ser atropellado. Pero necesitaba un puto trago, y ese tugurio parecía ser lo único abierto en ese pueblo fantasma.

Después de sortear las furgonetas pegadas a la estrecha acera, conseguí llegar a la puerta de ese antro. Sin pensarlo dos veces, entré. Todos quedaron en silencio cuando atravesé el umbral. Cuanto más desapercibido quería pasar, más crujía la podrida madera del suelo. Me senté en uno de los taburetes de la barra y dejé la mochila apoyada en otro.

Nadie decía nada...

Al camarero no le importaba que estuviese allí sentado, pero sí estaba más pendiente de la reacción de los tipos sentados en las mesas de atrás. Había unos ocho tíos bebiendo pintas de cerveza. En ese momento dejaron de magrear los cuerpos ya cansados de cuatro o cinco putas, solo para estar pendientes de mí.

—Un whisky doble —le pedí al camarero con un inglés torpe pero seguro.

El camarero miró a los individuos y durante unos segundos nadie se movió.

—¿Me lo vas a poner? —insistí.

Apoyó el trapo que tenía en las manos sobre la sucia barra y puso un vaso vacío frente a mí. Se

giró para coger una botella de una de las baldas; sin dejar de mirarme a los ojos, la abrió y me sirvió. No dije nada, tan solo permití que el alcohol se deslizase por mi garganta haciéndome carraspear. Saqué del bolsillo un paquete de tabaco. Se lo mostré al camarero y él asintió con la cabeza; me acercó un cenicero y rellenó de nuevo mi vaso.

Las risas volvieron a escucharse en esa vieja taberna irlandesa de Coldmanbridge.

Estaba absorto en mis pensamientos cuando alguien entró en el bar. Al principio apenas la miré, pero al quitarse el abrigo no pude evitar observarla. Esa falda cubría lo justo para querer destaparla. La desnudé con la mirada, lentamente, hasta intentar perderme en su escote que, soberbio, me invitaba a desaparecer en él. Necesitaba follar y de eso no había duda.

De repente, algo me sacó de mi ensoñación y, sin darme cuenta, estaba en el suelo, mareado, dolorido y sangrando por la nariz.

—¡Me cago en tu puta madre! ¡Voy a matarte cabrón! —me increpaba un hombre mientras me golpeaba.

—¡Ehhh! ¡Para de una puta vez, Liam! —Escuchaba cuando mi cabeza no golpeaba el suelo y me agitaba el cerebro—. ¡Vas a matarle, joder! —Y todo cesó de repente.

Intenté recomponerme, levantarme del suelo y buscar al cabrón que me había atacado. Apenas podía respirar. Dos tipos me agarraron fuerte y me lanzaron bruscamente a uno de los sofás del fondo, intentando mantenerme erguido.

—¿Quién cojones te crees que eres? —me preguntó el mismo tipo que me había reventado la cara—. ¿Cómo te atreves a mirar así a una de mis chicas, capullo?

Tragué saliva y sonreí.

El siguiente puñetazo me hizo perder el sentido. ¡A saber cuánto tiempo estuve allí! Desperté confuso, tirado en el suelo como un perro, mientras ellos actuaban como si no estuviese.

—Parece que ya estás mejor, ¿no? —comentó irónico un tipo. Me agarró de la pechera y me ayudó a sentarme—. Tómame un trago rápido y lárgate de aquí. No te metas en más líos.

—¿Dónde están mis cosas? ¡Joder! ¿Dónde está mi mochila? ¡Joder!

Intenté mantenerme en pie, pero todo comenzó a girar a mi alrededor; el tipo me agarró de nuevo para evitar que me cayese.

—Relájate, vasco, o te harás daño —comentó riendo.

La sangre seca me cubría la nariz, pero no parecía rota. El ojo derecho me ardía y la visión era borrosa. No necesitaba dañar más mis ojos y no estaba dispuesto a perder más visión de la que ya me faltaba, por la paliza que me dieron los hombres de El Águila en prisión. Lamí la sangre del labio; el escozor me hizo lanzar un gruñido que causó gracia al tipo que aún estaba frente a mí, supongo que para asegurarse que no caía de nuevo.

¿Qué había pasado? ¿Por qué sabía ese hombre que yo era vasco?

—Necesito ir al baño —le dije poniéndome de pie lentamente y con torpeza.

—¡Claro! ¿Quieres que también te ayude sacándote la polla?

Se rio y se alejó hacia el resto del grupo, que ignoraba lo ocurrido y mi presencia.

Me apoyé en la pared, en la barra, en la otra pared, hasta poder llegar a los baños. Refresqué mi cara aguantando el dolor al frotar. La ceja estaba abierta y, por la pinta que tenía, iba a necesitar varios puntos. El ojo estaba muy hinchado y prácticamente cerrado; me ardía. El labio superior estaba abierto, reventado, igual que mi orgullo. Volví a mojar me la cara para evitar verme en esa mierda de espejo, y tras inhalar todo el aire que cabía en el pecho y gritar todo lo fuerte que pude, le di un puñetazo haciéndolo estallar en mil pedazos.

La puerta del baño se abrió y dos tipos fueron directos a por mí. Me golpeaban de prisa, cada

uno por un lado. La adrenalina me otorgó esa insensatez que impulsa a enfrentarte a lo que de normal sabes que te va a vencer. Sentía cómo era yo quien les hacía daño con los golpes; notaba cómo sus caras golpeaban contra mi puño malherido y sus cuerpos intentaban zafarse sin remedio de mis patadas y envistes. Uno cayó al suelo, mientras el otro, aturdido, intentaba encontrarse a sí mismo en ese asqueroso baño. Aproveché la oportunidad y pateé la cabeza del que estaba tirado, hasta darme cuenta de que ya no reaccionaba. El otro, cuando se reencontró, huyó despavorido a pedir ayuda.

No esperé; salí altivo, con la cara destrozada y los puños deshechos.

—¿¡Alguien más!? —pregunté arrogante e irrazonable—. ¿¡Alguien más quiere atreverse!? ¡Joder! —grité— ¡Joder!

Un disparo silenció el local. Me agaché y me cubrí la cabeza con los brazos. Tras unos minutos de confusión volví a ponerme de pie, despacio y asustado. El tipo que me había machacado había reventado de un tiro la cabeza del pobre chico que minutos antes peleaba conmigo en los baños, y la sangre, junto con parte de la masa encefálica, adornaba la rancia taberna dándole un toque más colorido. Reculé acojonado y me dejé caer en uno de los taburetes.

—¡Joder, Liam! ¿Y ahora quién limpiará esta mierda? —gritó el camarero desde dentro de la barra, superando incluso los gritos asustados de las putas y haciendo aspavientos como un loco—. ¡¿Y ahora qué explicación vas a dar de todo esto?! ¡¿Qué cojones te pasa? ¿Es qué no puedes controlar tus jodidos impulsos?!

—No era más que un mierda —respondió en un tono tranquilo y mirando la pistola—. ¿De qué te preocupas? Ni siquiera me ha servido para dar una lección a este capullo vasco.

—¡Es mi taberna, Liam! —volvió a gritar el camarero dando un buen golpe a la barra. Su rostro estaba desencajado—. ¡Saca esta mierda de aquí, al vasco incluido! ¡Arregla todo esto y reza para que la policía no se atreva a venir!

Liam sonrió, agachó la mirada, y tras unos segundos, asintió con la cabeza. Señaló a dos hombres y estos recogieron el cadáver de inmediato. Se acercó a mí, aún con la pistola en la mano, suspiró un par de veces y pegó su rostro al mío. No dijo nada. Guardó la pistola entre su espalda y el pantalón y se quedó pensativo antes de volver a dar órdenes.

—Enda, díles a esas putas que limpien. Ya saben cómo funciona esto.

—De acuerdo, Liam —respondió sin rechistar—. ¡Ya habéis oído, chicas!

—Ciara no —le volvió a ordenar. El hombre se limitó a cumplir órdenes—. Ciara tiene otras cosas que hacer —remarcó en el mismo tono.

Los momentos de silencio se hacían eternos. Yo seguía sin entender nada. Solo quería una nueva vida, un nuevo comienzo lejos de mi puto pasado. ¡Quién me lo iba a decir! Atrapado de nuevo en una situación que no era mía, o sí...

—No sé qué cojones hacer contigo, vasco. —Liam se sentó a mi lado y los dos observamos la sangrienta escena—. Vienes aquí, me insultas mirando como un cerdo a una de mis chicas...

—Mira, no sé de qué vas, pero... —intenté decirle.

—¡Cállate! Vamos a beber para ver si el alcohol calma la situación. —Hizo un gesto con su mano y el camarero sirvió un par de tragos—. Te has cargado a dos de mis hombres.

—¡No me jodas, tío! —contesté muy nervioso—. ¡Le has metido un jodido tiro en la cabeza a ese chaval! Mira...

—¡Shhh! Aquí, lo que falla, sobra. —Me golpeó el pecho con su dedo índice para remarcar más su punto de vista—. Ahora tendrás que hacerme un par de favores.

—¿¡Qué?! ¿Qué estás diciendo? Mañana dejo esta villa dirección a Belfast —le contesté

apretando los labios—. ¿Está claro? Mañana cojo el puto autobús y os olvidáis de mí y de mi puta cara.

—No —respondió sin inmutarse—, te vas a quedar en Coldmanbridge una buena temporada. Estoy seguro de que te vendrá bien —añadió con una sonrisa. Rápidamente, su rostro cambió de nuevo—. Vete a tu mierda de hostel y descansa. Mañana mandaré a alguien para recogerte.

—Mira, tío..., por favor... —imploré—. No recuerdo tu nombre. Escúchame, por favor. Acabo de salir de prisión.

—Lo sé. Liam, Liam Walsh —me dijo—. Y estoy encantado de que estés en mi equipo, Ekain Alzaga. —Agachó la cabeza sin dejar de mostrar una sonrisa que le daba un aire infantil, cordial, confuso.

—¿Por qué sabes mi nombre? ¿Por qué sabes quién soy? ¿Qué es todo esto?

En ese instante el miedo me invadió. Ese tipo me conocía y sabía de mi llegada al país; nada había sido una casualidad. ¿Por qué? ¿Qué quería de mí? ¿Quién era Liam Walsh?

—Ciara te acompañará a tu habitación y curará tus heridas. —Llamó la atención de la chica y esta se apresuró a acercarse a nosotros de mala gana. Su mirada era pernicioso, escondía aversión y tuve que apartar la mía. Agaché la cabeza para esquivarla.

—Hace unas mamadas espectaculares, ¿verdad, Ciara? —manifestó Liam guiñándole un ojo.

Primero me reventaba la cara por mirarla y ahora me la ofrecía como un puto premio. Me dio un par de golpes en la espalda, me devolvió la mochila y volvió a su mesa. A su alrededor, un séquito de personas limpiaba su mierda, le servían, le protegían y acataban sus órdenes sin preguntas.

Liam Walsh.

Me largué de allí con la chica del soberbio escote dispuesto a cobrarme mi mamada y con la duda de si iba a ser la última.

II

Ciara cogió un maletín de detrás de la barra y salimos del local. El frío acarició mi rostro y volví a quejarme por el dolor. La cara cada vez estaba más hinchada y prácticamente ya no veía nada por mi ojo derecho.

La recepción del hostel era pequeña y un hombre, sentado tras un pequeño y mugriento mostrador, nos dio las buenas noches. Me miró de arriba abajo y se giró hacia Ciara con semblante serio. Cerró los ojos haciendo un gesto de negación y le dio la llave.

—Necesitaremos hielo.

El hombre se acercó a un arcón congelador, sacó una bolsa de hielo y se la dio. Ciara le dejó un par de libras en el mostrador.

—Primer piso —nos indicó.

La escalera olía a roña y a humedad. ¡En qué mierdas me meto!

La habitación era pequeña y sencilla. Acostumbrado a la prisión me parecía la mejor habitación del mundo. Arrojé la mochila al suelo y me tumbé en la cama, totalmente agotado y dolorido.

—¡Dúchate! Voy a curarte.

Sus frases eran cortas, secas y arrogantes.

—Según me meta en esa ducha te vas a largar. Lo entiendo —le comenté haciendo un esfuerzo para levantarme—. Pero tienes razón, una ducha es lo que necesito ahora. Me vendrá bien.

—Eres idiota. Estoy aquí para que no te vayas. Yo y los dos ogros irlandeses que tienes en la puerta de abajo —declaró mirándome con odio—. Ellos se aseguran de que no sales de aquí y yo te entretengo comiéndote el rabo.

—Joder... Aquí no os andáis con rodeos, ¿eh? Vaya puta panda de locos.

Comencé a desnudarme con torpeza. ¿Cómo podía conocerme Liam? Intentaba encontrar una respuesta coherente a todo este sinsentido, buscar un nexo. Bruno me había dado el contacto de un compañero en Belfast, alguien que me ayudaría a encontrar un trabajo, todo legal. Al menos así me lo había vendido. Coldmanbridge no era más que una parada en el camino.

—Dúchate de una vez. —Y me ayudó a quitarme la ropa.

—¡Vale! Con cuidado. —Elevé los brazos a modo de rendición para que me quitase la camiseta—. Te tomas muy a pecho tus tareas, ¿no crees? Me vendría muy bien perderme en ese escote.

—Si me tocas, Liam te matará.

—Entonces, solo me tocarás tú. Al fin y al cabo, para eso estás aquí, ¿no?

Ciara no contestó.

El agua en mi cuerpo era como agujas clavándose en cada parte dolorida; el plato de ducha se tintaba con los restos de sangre que me recordaban una situación inesperada y peligrosa. Salí tranquilo del baño, torpe, envuelto en una toalla grisácea por el uso y me senté en la cama.

—Creo que mi ceja necesita un par de puntos —le dije a Ciara, que veía algún tipo de telenovela en la tele.

—Te la curaré, te pondré puntos adhesivos.

No era la primera vez que lo hacía. Abrió el maletín que se había traído con ella. Era un botiquín de lo más básico, pero supuse que no era el momento de exigir nada más profesional o higiénico. Se puso de pie frente a mí y me limpió la herida con una gasa y agua oxigenada; volvió a mojar la gasa en un líquido rojo y, al ponerlo en mi ceja, me quejé. Ella lo quitó unos instantes, y sin apartar la mirada de la mía, volvió a cubrir la herida con él. Lo secó con otra gasa, apretó los dos extremos del corte y pegó un par de tiras muy finas para mantener la carne unida. Me untó una crema espesa en el ojo y lo cubrió con varias gasas; luego puso hielo sobre ellas.

Se alejó con media sonrisa hacia el baño, dejándome allí deseoso de su boca. No tardó en volver. Se puso de rodillas frente a mí y abrió la toalla. No lo dudó, agarró mi pene y comenzó a jugar con él.

—¡Espera, espera! ¿Qué haces? ¿Realmente quieres hacer esto?

—¿Me estás preguntando qué quiero hacer yo? —Me miró sorprendida.

—No quiero que hagas nada que no quieras. A ver, Ciara... Ese es tu nombre, ¿verdad? No eres mi puto premio.

—Vaya. —Se sentó a mi lado y se quedó pensativa unos segundos—. Va a resultar que eres un tío legal. No acostumbramos a gente como tú por aquí.

—¿Eso es bueno? Mira cómo he terminado.

Fue la primera vez que la vi sonreír. Volvió a ponerse de rodillas entre mis piernas, me miró a los ojos y me sonrió.

El placer me recorrió todo el cuerpo cuando ella engulló mi sexo; me dejé caer de espaldas para sentir las investidas de su boca. ¡Joder! El roce de su pelo me producía un cosquilleo que aumentaba el placer. No tardé en correrme y me aseguré de que separaba su cabeza mientras lo hacía. Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Llevaba meses sin estar con una mujer. Mónica había dejado una herida abierta que no estaba preparado a cerrar. Al menos, eso creía.

Ciara, sin decir nada, se fue al baño. Escuché la ducha y supuse que quizá no había sido agradable para ella, aunque tuvo la opción de no hacerlo. Aun así, me sentí mal por ello. Cerré los ojos y me dormí.

Desperté con un fuerte dolor de cabeza. Me pareció escuchar la puerta entre sueños, sueños que se desvanecieron cuando un par de tíos comenzaron a zarandearme para ponerme en pie.

—¡Buenos días, vasco! —saludó Liam entrando a la habitación. Yo ya estaba de pie, desnudo y sujeto por sus matones. Me ignoró y se acercó a Ciara, que recogía sus cosas—. Hola, pequeña, ¿Has dormido bien? —le preguntó agarrando su barbilla y besándole los labios—. ¿Mantuviste contento a nuestro invitado?

Ciara apartó la cara sin dejar de clavar la mirada en él. Liam volvió a agachar la vista con una leve sonrisa; era un gesto que le caracterizaba y repetía constantemente.

— Esta noche te espero en la granja.

—Eso no será posible; no puedo dejar a Tara otra noche más —respondió sin parar de recoger y segura de sí misma. Ambos se quedaron unos instantes sin decir nada.

—Enda, avisa a una de las putas para que cuide de la cría esta noche.

—¡No! ¡Es mi hija, Liam! Está en la granja de mis padres—exclamó Ciara agarrándole del pecho—, pero ¡yo, soy quien tiene que cuidar de ella y alejarla de todo esto!

—Estará bien cuidada, siempre lo está —insistió apartándole las manos y empujándola levemente. En ningún momento elevó o cambió el tono de su voz—. ¿Está claro?

—Liam, escúchame... —persistía ella a modo de ruego.

Ciara intentó agarrarse a la pared para mantenerse en pie tras el bofetón que Liam le había

propinado. Intenté zafarme de los dos tipos, pero estos me agarraron más fuerte, sin dejarme opción. Nadie decía nada, y solo el llanto de Ciara rompía ese violento silencio.

—¿Está claro? —Le acarició el rostro enrojecido por el golpe y le sonrió—. La puta cría estará bien, ¿de acuerdo? Tú debes estar en la fiesta de bienvenida del vasco. Ahora, lárgate de una vez, pequeña —le ordenó.

Ciara cogió sus cosas y se fue sin decir palabra.

—¿Qué es toda esta mierda, Liam? —le pregunté agitado y consiguiendo que esos dos tipos me soltasen para cubrirme con la toalla—. ¿De qué va todo esto? ¿De qué vas tú?

—Solo quiero darte la bienvenida, vasco —me dijo cínicamente—. Todos conocemos tu trayectoria, de dónde vienes y, quizá, a dónde vas. —Su sonrisa, su tono de voz escondían algo.

—¡No me jodas, tío! Explícame por qué me retienes aquí.

—Negocios, vasco —contestó—. Alguien está desando verte.

Me duché bajo la atenta mirada de uno de sus gorilas y me vestí con la sensación de tener que enfrentarme a algo que no iba conmigo, pero de lo que no podía escapar. Volvía a estar en la línea de salida de algo que no entendía y que, por lo que había visto en los últimos años de mi vida, no era tan fácil dejarlo atrás.

Durante mi vida nunca supe elegir a la gente adecuada y las decisiones que había tomado me habían hecho perder veinte años. Al principio todo era un juego, algo excitante, pero lo malo nunca se mantiene en un nivel bajo, va creciendo, tú mismo lo haces crecer cuando su fuerza te otorga la necesidad de querer más cada día y el poder de sentirte intocable. Bombas, armas, muertes con las debes convivir el resto de tu vida. Una combinación de mierda perfecta para modelar tu cabeza como si fuese plastilina y convertirte en alguien vacío e insensible, una puta marioneta.

Toda esa mierda y mi ignorancia me lo habían arrebatado todo. Nunca iba a dejar de ser un puto etarra, exetarra. Un asesino.

Nos dispusimos a salir del hostal. Las dos furgonetas negras de cristales tintados esperaban abajo. Me metí en una de ellas con Liam y uno de sus hombres, y nos alejamos de Coldmanbridge.

Irlanda era muy verde, como Euskadi. Cogimos una carretera comarcal rodeada de campos y alguna que otra granja. No había fábricas y los pueblos estaban dispersos entre sí. Estábamos en medio de la nada, rodeados de tierras y vacas.

El trayecto no duró más de quince minutos hasta llegar a una de esas granjas. Al bajarme, observé cómo dos hombres se aseguraban de que la puerta metálica que acabábamos de cruzar se mantuviese bien cerrada. Me sentí de camino al matadero.

—Por aquí —me invitó uno de los hombres de Liam.

Conté el número de hombres que éramos; no llegábamos a la decena. Tragué saliva y empecé a preocuparme, ¡llevaba dos días acojonado! Entonces, entré en esa nave y vi a un hombre atado de pies y manos. Su rostro había sido golpeado y lo cubría una máscara de sangre y miedo.

Nunca me dejarían salir de allí.

—No seas tímido, vasco; pasa a saludar a tu amigo —me dijo Liam señalando al hombre que parecía estar agonizando en el centro de esa nave. Seguramente, estuviese desando morir pronto y acabar con su agonía.

—¡Eres un hijo de puta, Liam! —gritaba.

—¡¿Quién cojones es este tío?! ¿Y tú? Nunca me respondes quién eres.

Liam se acercó al hombre y le levantó la cabeza, arqueó la suya y sonrió maliciosamente. Hizo una señal a uno de sus hombres y este lanzó un cubo de agua a la cara del prisionero, dejando el

rostro visible para todos. Mi cara cambió, se volvió tensa, mis puños se cerraron aguantando el impulso de saltar sobre aquel hombre que, ahora, expuesto, aguantaba acojonado su destino. Pero Liam ya había decidido de quién estaba en manos ese destino. Le soltó la cabeza y se apartó.

Era todo mío.

Lo golpeé con todo el odio de mis entrañas. Los huesos de la cara se le rompían entre mis gritos de aborrecimiento e impotencia. Su sangre reventaba sobre mi cuerpo, dándome más fuerza para acabar con la persona que había hecho de mi vida en prisión un infierno. Lo había matado hacía rato, pero seguí golpeándole hasta borrar el mínimo gesto del rostro, ya desfigurado por completo. Di un paso atrás, grité, lo golpeé de nuevo y volví a gritar. Me miré las manos, machacadas, insensibles al dolor de la piel de los nudillos desgarrada, y salí de esa nave dejando atrás mi obra de arte.

III

—¡Eres un animal! —me dijo Liam agarrándome del hombro—. ¡Vaya hostias le has dado! Muy bien no te caía, ¿eh?

—Eso ya lo sabías tú —contesté sin mirarle—. ¿Cómo sabías que...?

—¡Calla, hombre! Mató a tu amigo y casi te mata a ti, ¿no es así? —me dijo encendiendo un cigarro y ofreciéndome uno.

—¿Vas a decirme de una puta vez quién eres, Liam?

—Soy quien ha salvado tu puta vida —respondió dándome un pequeño golpecito en el pecho—; y ahora me debes un favor.

—No quiero esta mierda; sabes que estoy fuera —le dije pretendiendo convencerle—. ¡Acabo de salir de la cárcel, joder! ¿Qué hacía aquí El Águila?

—Deja las preguntas para luego —contestó—. Mis hombres te llevarán a uno de nuestros pisos. Estarás mejor que en ese antro de pensión. Dúchate, relájate y prepara tu polla para que disfrute esta noche —soltó extendiendo sus brazos a modo de énfasis—. Será tu presentación en sociedad. Todos deben saber quién se esconde tras esa cara, ¿no crees? ¡Muchos estarán dispuestos a comértela ellos mismos! —Rio a carcajadas y yo seguí mostrando mi agobio.

—¿Cuándo podré largarme de aquí? ¡Yo no soy nadie!

—Cuando me devuelvas el favor —respondió arqueando su cabeza. Se me acercó a la cara y clavó su mirada en la mía—. Me importa una mierda quién eres realmente, pero sí los contactos que puedas tener. Yo te protejo y tú haces lo que yo te diga. Es simple, tú te agachas y yo te doy por el culo.

—Ya veo —le dije apretando los labios—. Tú mandas, yo obedezco.

—Bien. —Agachó la mirada y sonrió—. A tu mayor problema ya te le has ventilado.

Los dos nos quedamos mirando cómo sus hombres sacaban el cadáver envuelto en plástico y lo metían en una de las furgonetas.

Liam me ofreció otro cigarro.

Cuando llegué al apartamento todas mis cosas estaban allí, mi mochila y mi cartera. Todo menos mi pasaporte. Todo ello acompañado de ropa y zapatos nuevos, artículos para el aseo, un buen fajo de billetes, tabaco y una botella de Macallan Fine Oak Scotch Whisky de dieciocho años. Todo listo para que el invitado se sintiese a gusto en su cautiverio.

Acababa de matar al hizo de una etapa de mi vida un infierno, al que mató a mi amigo; ¡no podía presumir de exceso de amigos! Lo único que quería era un trago y una buena ducha. Al fin y al cabo, si no le mataba yo, me hubiese matado él a mí. Solo pude ofrecerle el rencor que le sentía y el odio que generó en mí cuando me hizo entender que nadie es perpetuo en su abolengo, y los etarras ya no eran nadie...

Estaba confuso, enfadado. Mi cara desfigurada me recordaba que la noche anterior era yo la cabeza de turco. ¿Qué contactos quería Liam? Hacía tiempo que no tenía ninguna relación con la banda y mucho menos con la cúpula. ¿Para qué quería Liam contactar con algún miembro de ETA? La banda estaba acabada.

No quería volver a convertirme en esa persona fría, desconfiada y distante. Un cuerpo vivo con

un corazón inerte y vacío; solo Mónica consiguió darle vida y ella ya no estaba para recordarme que la vida es mucho más que una lucha constante. Tenía la sensación de que Liam y sus hombres no me iban a dejar marchar así como así.

Al salir de la ducha, Ciara me esperaba sentada en la cama.

—¿Vienes a hacerme otra mamada? —le pregunté arrancándome la toalla—. ¿Qué instrucciones te ha dado Liam esta vez?

—Vengo a curarte —contestó con su típico gesto de odio y decepción—. Hoy te la machacas tú solito.

Ciara no era guapa, salvo por sus grandes ojos azules. Su sonrisa siempre era forzada, falsa, ocultaba algo tras ella. Lo que más llamaba la atención eran sus enormes tetas. Las camisetas que las cubrían siempre estaban a falta de tela. Fantasear con ella era peligroso. Por alguna razón que aún no entendía era la chica de Liam, y estar cerca de ella se convertía en una carrera de alto riesgo.

Me senté a su lado, desnudo. Comenzó a curarme las heridas de las manos con suavidad y en un silencio tenso.

—Vi tu gesto cuando Liam me pegó.

—No deberías permitirle que te trate así. Nadie pertenece a nadie.

—Intentaste defenderme. Al menos parece que te queda algo de corazón. —Seguía curando mis manos y la tensión se había desvanecido—. Sé lo que hiciste. Eres un terrorista.

—Supongo que siempre lo seré, ¿no? —apunté con una mueca de desazón—. El tiempo no lo cura todo.

—La vida es injusta, ¿no crees?

—Imagínate para las personas a las que maté —le respondí.

Se levantó despacio y se puso frente a mí, sin una sonrisa, pero sí con tranquilidad y sosiego. Acarició mi rostro dolorido y amorfo. Se levantó el vestido, apartó la braguita de su sexo y se sentó encima. Entré sin problemas.

Me abraza con sus piernas y se contonea para asegurarse de que llegaba a lo más profundo. Le agarré fuerte las caderas y, entre gemidos silenciosos, nos dejamos llevar. Sus pechos cubrían mi rostro y yo me perdía en ese abismo prohibido, sabiendo que mi vida estaba en juego por unos minutos de placer. Pero no me importaba, deseaba hacerla temblar en un orgasmo que la obligase a querer repetir. La moví bruscamente para tenerla debajo de mí, en el borde de la cama. Me coloqué de rodillas y le quité las braguitas. Lamía y abría su sexo hinchado. Ciara arqueaba la espalda luchando por no gritar y ser descubiertos. Mis dedos entraron en ella, jugueteando y, al mismo tiempo, saboreándola. No podía más, necesitaba entrar de nuevo. El baile de nuestros cuerpos se aceleraba cada vez más. Ciara gimió. Me apresuré a tapparle la boca vaciándome en unos segundos de éxtasis.

Nos apresuramos para recomponernos, sin besos, sin caricias, sin sonrisas... Su mirada ya no era la misma.

Por la tarde, volví a subirme en una de las furgonetas para viajar durante cerca de media hora a las afueras de Coldmanbridge. El paisaje no cambiaba. Una zona repleta de granjas de cerdos y vacas en el norte de Irlanda.

Al bajarme, expectante de a dónde me llevaban, me llamó la atención su sonido, perfectamente cuidada y mimada. Esa Harley me cautivó. Su jinete me miró con cara de pocos amigos y yo decidí no hacer ningún tipo de comentarios. Seguí caminando hacia donde la gente disfrutaba de una buena fiesta.

—¡Bienvenido, vasco! —exclamó Liam al verme llegar. Miró a una de las chicas y, en menos de un parpadeo, ya teníamos una buena botella de whisky escocés frente a nosotros—. ¡Vamos! Relájate y disfruta de tu fiesta.

—Supongo que debo agradecerte todo esto, Liam —contesté bebiendo el primer trago y mirando a mi alrededor—. No te lo montas mal ¿no? —le dije agitando mi cabeza al quemar mi garganta con el sirope dorado—. ¿Quién es toda esta gente?

—Amigos, conocidos, putas, interesados. —Levantó los hombros, los dejó caer y miró alrededor—. Y este mi palacio. Quiero enseñarte algo.

Lo seguí a través de la gente. Liam siguió andando hasta una pequeña nave adyacente a la casa. El motorista se unió a nuestro grupo, unos seis hombres. Dos de los hombres se adelantaron a nosotros y abrieron la puerta corrediza que daba acceso a la nave. Herramientas, bidones, comida de animales, un tractor y montañas de cajas de madera se agolpaban prácticamente llenado el espacio. Un olor rancio y desagradable envolvía todo aquello.

Liam se acercó y me dio un arma.

—Comienza la acción, vasco —me dijo guiñándome un ojo y poniéndose unos guantes de cuero negro.

IV

Todos los músculos de mi cuerpo se tensaron de nuevo.

—¡Richard! —exclamó Liam al ver entrar a un grupo de cuatro hombres—. Me alegra verte.

Se fundieron en un abrazo que acompañaron de varoniles palmadas en la espalda.

—Igualmente, Liam —contestó con gesto amigable—. No tenemos mucho tiempo y queremos dejarlo todo cerrado.

—Perfecto. ¿Quieres ver la mercancía?

El tipo asintió y los dos se acercaron a unas cajas junto a Enda, el segundo de Liam, y otro de sus hombres.

Abrieron un par de ellas y dejaron ver las armas bien colocadas en ellas. Las ak-47 y las glock parecían entusiasmar a Richard, que, satisfecho, cerró un supuesto trato con un buen apretón de manos con Liam. Richard hizo un gesto a unos de sus hombres y este hizo la transacción. Un hombre de Liam corroboró que el dinero ya estaba en cuenta. ¡No eran tan tontos! Cerré los ojos al verme envuelto de nuevo en el negocio y esta vez sin haberlo elegido yo.

Siguieron los apretones de manos, las amplias sonrisas y los gestos de satisfacción. Todo parecía tranquilo y cordial.

Los hombres de Liam cerraban de nuevo las cajas. Liam me llamó.

—Quiero presentarte a alguien, Richard —le dijo al acercarme a ellos—. Él es Ekain Alzaga, miembro de la banda terrorista ETA. Acaba de cumplir su condena —añadió—. Sabes quién es, ¿verdad?

El gesto de Richard cambió por completo; en un santiamén sacó su arma y me apuntó; yo reaccioné de la misma manera. Nos quedamos en silencio, agarrando con tensión nuestras pistolas. Liam intentaba calmar una situación que él había creado y, súbitamente, sacó su arma y apuntó a mi sien con ella.

—Déjalo ya, vasco —me dijo rozándome con el cañón—. No voy a permitir que ataques a mi invitado.

Alargó la otra mano para que le diese mi arma; al verme sin salida, grité de rabia y se la di. Liam le voló la cabeza a Richard con el arma que me acababa de quitar. Su sangre nos salpicó a ambos. Nos pusimos a cubierto. Los disparos nos entrecruzaban y los hombres de Richard iban cayendo en medio de una emboscada que no esperaban. Sin tiempo de reacción, sin tiempo para entenderlo. En unos minutos interminables, la nave se había cubierto con la sangre de cuatro cuerpos. El motorista se aseguró que ninguno respiraba regalando una bala en la cabeza a cada uno de los cadáveres. Liam sonrió ante la escena, le dio mi arma a uno de sus hombres y este la guardó en una bolsa de plástico; me agarró por los hombros y nos dirigimos a la salida. Solo el motorista nos siguió.

—Has hecho bien en matarle —me dijo Liam encendiéndose un cigarro—. Él te hubiese matado sin pensarlo.

—¿Matarle? Has sido tú quien le ha reventado la puta cabeza —contesté agresivamente y casi pegando mi cara a la suya. Él ni se inmutó por mi reacción.

—Las huellas del arma no dicen lo mismo, vasco. —Me sonrió y se quitó los guantes—. ¿Un

trago?

—¡Quién cojones era ese tío! ¡A quién cojones has matado! ¡Joder, Liam! ¡Qué quieres de mí!

—Era mi principal comprador. Un puto nazi, como el que mataste ayer.

—¿Por qué lo has matado?

—Sigues confuso, vasco —recalcó—; fuiste tú.

Me quedé en silencio al ver que se alejaba como si nada hubiese pasado. Todo estaba perfectamente planeado.

A lo lejos, Ciara entraba en la casa. Tras unos minutos, yo también entré y fui directo a por Liam.

—¡Eres un cabrón! —le grité empujándole y haciéndole caer al suelo. El motorista me golpeó en la nuca lanzándome contra el suelo. Enda intentó ayudar a Liam a levantarse, pero este lo hizo solo, apartando a su hombre.

—¡Qué idiota eres, vasco! —Toda la casa quedó en silencio aguardando la reacción de Liam. Yo me sentía mareado—. ¡Salvar tu puta vida, imbécil! ¡Tu triste vida escondiéndote de antiguos fantasmas! —me gritó—. Podía haberte matado yo desde el principio. ¡¿Dónde está el whisky aquí?! —exclamó haciendo aspavientos—. Levántate, bebe un buen trago y déjate de tonterías.

Cogí mi vaso de whisky y salí de aquella casa. Necesitaba aire fresco e intentar buscar la manera de largarme de allí. Me negaba a entender la situación. En tan solo dos días había sido testigo de tres asesinatos, y uno de ellos lo había ejecutado yo.

Respiré hondo mirando al cielo oscuro, y bebí mi whisky de un solo trago.

—Ponte esto en la nuca —me dijo el motorista dándome una bolsa de hielo—. ¿Un cigarro?

—¡Claro! —le respondí tras unos segundos mirándole a los ojos—. ¿Hace unos minutos me golpeas y ahora fumamos juntos?

—Así es este mundo de mierda, Ekain —contestó dando una buena calada e ignorando mi indignación.

—Vaya... Se agradece que alguien me llame por mi nombre. —Me miró, se rio levemente y se dirigió a su moto—. Es preciosa, una Harley preciosa —comenté.

—¿Te gustan las motos?

—La Dyna Super Glide Sport es una de mis favoritas —le dije acercándome a él con la bolsa de hielo en mi nuca—. ¿Del 2002?

—2003 —respondió poniéndose el casco—. Era de mi padre.

—Un buen regalo —comenté admirando esa belleza de dos ruedas.

—No le quedó más remedio, lo mataron en un tiroteo en Belfast. —Se subió a la moto y la encendió—. Soy Darren.

—Yo, el puto vasco —le dije con un apretón de manos.

Se alejó con ese sonido que me hacía enloquecer.

Un coche entró en el recinto, una especie de 4x4 militar remodelado. Una antigualla decorada, pero que no dejaba de ser una vieja lata. Dos chavales bajaron y se dirigieron a la fiesta. Yo decidí entrar de nuevo. El alcohol y las drogas se habían adueñado de la juerga en poco tiempo, y entre tíos alardeando de sus hazañas y chicas semiinconscientes dejando sus cuerpos al antojo de varios capullos, se encontraba el grupo de Liam, que, tranquilos, bebían y conversaban como si fuesen los más normales entre todo ese sin sentido.

Me acerqué sin dejar de mirar a Ciara, que estaba sentada sola en uno de los sillones.

—¿Ya estás mejor? —me preguntó Liam—. Puedes follarte a quien quieras. —Ciara me miró y rápidamente agachó la mirada.

—Me gustaría irme a dormir, Liam.

Liam nos miró y se mantuvo en silencio unos segundos

—¿Alguien puede llevarme? —pregunté.

—Es tu fiesta, ¿vas a marcharte de tu fiesta? Las nuevas generaciones han venido a vernos, ellos nos admiran —me explicó señalándome a los dos chicos del 4x4—. Somos un referente para ellos. Siéntate. ¡Hacedle un hueco en el sofá! —ordenó para que sus hombres se levantaran. No discutí y me senté. —¡Erín! ¡Acércate! ¡Kate, tú también!

—¿Qué vas a hacer? —pregunté confuso.

—Vamos a limar asperezas mientras nos la comen, ¿qué te parece? Sácatela —me dijo bajándose la bragueta. Ciara me miró sorprendida—. ¿A cuál prefieres?

—¡No me jodas, Liam!

Intenté levantarme, pero Liam me apuntó de nuevo con la pistola. Lentamente, me volví a sentar.

—Padraig, no dejes de apuntar a este tío —le dijo dándole su arma a uno de los chicos del 4x4, que, nervioso y con un subidón de adrenalina, accedió—. Solo cuando se corra, apartas el arma de su cabeza. ¡Te ha tocado Kate!

Kate y Erín comenzaron a chupar. No me centraba con toda esa gente mirando a mi alrededor. Erín chupaba sin importarle dónde estaba y lo que hacía. Y Kate agarraba mi miembro disfrutando de la situación con pícaras miradas y sonrisas. Consiguió excitarme. Cerré los ojos para intentar olvidar todo y concentrarme. Liam se corrió primero, y pocos minutos después lo hice yo.

Ciara había abandonado la fiesta.

V

Yo seguía en Coldmanbridge, accediendo de una manera obligada a los caprichos de Liam. Los días se llenaban de reuniones en las que controlaban la llegada y salida de las armas, y revisaban los pagos y ganancias del negocio. El resto del tiempo lo pasábamos entre putas y cabrones que había que mantener, para que todo marchase en la línea adecuada. Liam, se aseguraba de que sus hombres acabasen con lo que sobraba. Un tiro en la cabeza, un bidón de aceite en el que meter bocas que hablaban demasiado, torturas que acababan en muerte cuando confesaban lo que se les pedía, cuerpos enterrados en cal, traiciones y mentiras que les mantenían vivos en este juego macabro de la supervivencia. Me encontraba entre una manada de lobos que no era mía, pero por mucho que aullase pidiendo ayuda, ellos me acallaban con sus gruñidos y me arañaban con sus garras.

Me mimeticé de tal manera que me convertí en uno de ellos. En muy poco tiempo llegué a ser uno de los hombres de confianza de Liam. El mismo tipo que seguía acostándose con Ciara a escondidas. Con ella, volvía a ser ese hombre al que aún le quedaba algo de esperanza.

Ella seguía jugando a ese juego peligroso y yo me dejaba llevar. Me encantaba tenerla entre mis brazos y ver cómo ella, a su manera, se dejaba querer. Apenas teníamos conversaciones, y las sonrisas eran escasas, era puro sexo, puro placer, pero juntos nos sentíamos otras personas, y esas personas nos gustaban mucho más. A veces venía con su hija al apartamento, con alguna excusa para disimular, y mientras le poníamos la televisión, nosotros seguíamos jugando a través del sexo y la excitación de ser cazados como animales.

Tiempo... Tiempo... Y más tiempo.

Las Navidades estaban cerca, y aunque Liam era un verdadero capullo, parecía ser bastante familiar con los suyos. Había preparado una buena fiesta para que todos lo celebrásemos. Al final, no era más que una manera de ternos controlados dentro de cuatro paredes.

Esa tarde, nos había reunido a todos en la granja. Ya era de noche cuando llegamos. Los días eran demasiado cortos en el invierno irlandés y la escasez de luz provocaba más nervios, agresividad, ansiedad y depresión en la gente. Tener un arma al alcance era peligroso para ese tipo de personas, o para ti mismo, si estabas cerca.

Me serví un whisky viendo llegar al resto. Casi todos eran caras conocidas, aunque con muchos me era imposible determinar qué papel ocupaban y lo que les unía a Liam.

En las últimas semanas me había dado cuenta de que Liam y sus hombres no pertenecían a ninguna banda en concreto y de que su meta era poder llegar a ser la organización más alta. ¡Putos locos arrogantes! De momento, eran meros lacayos de otras organizaciones, mediadores que, al mismo tiempo que jugaban a ser chicos malos, sacaban buena tajada de las negociaciones. Ayudaban a todos, pero no se supeditaban a nadie. Un simple nexo que siempre estaba en la línea de fuego. Liam sabía cómo dirigir, controlar y manipular a cada bando. Él cumplía y todos le respetaban. Supe que la muerte de Richard Choff no fue una casualidad. Ese cabrón me habría matado a la primera de cambio y Liam lo sabía. Alguien ordenó esa muerte a cambio de que Liam se quedase con las armas. Aun así, y cumpliendo su misión, aprovechó para guardar mis huellas y culparme por lo sucedido. Yo le mato, tú pagas por ello, y el botín es mío. Algún día lo usaría en

su beneficio. Un verdadero pirata del siglo XX en este contaminado mar de Eire.

Necesitaba otro whisky.

—¿Observando a la manada? —me preguntó Darren encendiéndose un cigarro y chasqueando sus labios—. No les pierdas de vista, Ekain; ellos no dejan de observarte.

—¿Y eso qué quiere decir? —le pregunté a modo defensivo—. No son más que chupa culos de tu jefe.

—No es mi jefe —contestó sin cambiar el gesto y antes de dar una buena calada. Se mantuvo callado unos instantes. Sin dejar de mirar a la gente que seguía entrando prosiguió—: ¿Ves a esos dos?

—¿Los que acaban de entrar? Son los del 4x4; no son más que unos chavales.

—Así es, carne fresca envuelta en drogas, dinero, armas y una falsa autoridad que Liam les hace creer. Putos ganaderos ignorantes que tardarían menos de un segundo en pegarte un tiro en la cabeza, si alguien les ofrece algo mejor. —Me miró y lanzó el cigarro a mis pies—. ¿Aún no tienes claro lo que haces aquí? ¿Qué prefieres ser? ¿Lobo o cordero? ¿Por qué crees que Liam te mantiene aquí?

No supe qué responder.

Cuando todos llegaron, nos sentamos alrededor de Liam, repartidos en mesas, en las que no faltaba bebida. No había ni una mujer en la sala.

—Me alegra que estéis aquí —nos dijo Liam poniéndose en pie; elevó su vaso de whisky con satisfacción. Todos respondieron con el mismo gesto—. Esto significa que hoy nos reunimos para brindar y celebrar. Los negocios van bien y es gracias a todos vosotros. —Agachó la mirada, como solía hacer, antes de proseguir con sus emponzoñadas palabras—. ¡Gracias! —exclamó—. ¡Gracias a todos por seguir aquí! Y sobre todo, por seguir con vida.

Los miembros del rebaño se echaron a reír orgullosos de su jefe. Escuchaban atentos, altivos y con sentimiento perpetuo, como si fuesen invencibles. Liam los observaba, estudiaba cada gesto de sus rostros, y sin ellos saberlo, los marcaba mentalmente. Sabía quién no iba a estar al año siguiente.

Liam los hizo callar elevando la mano.

—Ahora, ya no somos simples paqueteros, ya no somos mensajeros. Ahora, somos nosotros los que movemos el negocio en nuestra zona, apoyados y respaldados por grandes organizaciones —afirmó orgulloso.

Todos se levantaron entre vítores y brindis. Golpeaban las mesas mostrando su entusiasmo. El sonido retumbaba en la sala y se ampliaba al chocar contra las cuatro paredes que nos ocultaban del mundo real. Liam se giró hacia mí y elevó su copa antes de beber. Respondí de igual manera sin entender realmente lo que quería decir. ¿Grandes organizaciones? ¿Armas? ¿Negocios? ¿IRA? ¿ETA?

Coldmanbridge albergaba sin saberlo un pequeño comando terrorista que iba creciendo sin que nadie se diese cuenta y que estaba dirigido por un puto loco. Todos ellos se hacían llamar libertarios, anárquicos redentores, ácratas, pero no eran más que un grupo de ignorantes que peleaban para darle poder a Liam, engañados con palabras de unificación, independencia y libertad.

Esa noche tocaba embriagar su adrenalina, y ahí es donde tomaban parte las putas que Liam contrataba para apaciguar la agresividad generada.

Necesitaba un cigarro y aire fresco.

La humedad en el ambiente provocaba sensación de más frío, pero no me importó. Mientras

ellos seguían emborrachándose, yo buscaba la manera de salir de allí cuanto antes.

—Ekain Alzaga. —Escuché a mi espalda—. No te imaginaba así.

—¿Qué esperabas? ¿A alguien más guapo? —contesté al ver que era uno de los chicos del 4x4.

—No, no me importaba tu físico, la verdad —contestó arrogante. Se sentó en la bancada de piedra, junto a mí—. Me llamo Padraig, Padraig Hayes. —Simplemente asentí. Extendió su mano y yo se la estreché—. Parece que te vas adaptando, ¿no?

—Ahí vamos, no pretendo quedarme mucho más. —Le miré; no era más que un crío—. ¿Y tú? ¿Cuál es tu papel? Eres muy joven.

—Soy ganadero. Ahora soy yo el que llevo la granja de mi padre. Siempre he peleado por la causa y con Liam será fácil llegar a nuestro objetivo.

Me ofreció un cigarro. Acababa de tirar uno, pero no se lo desprecié

—Ya veo. —Respiré profundo—. ¿Y qué objetivo es ese? ¿Liaros a tiros con quien no piense como vosotros?

—Tú sabes de qué te hablo, ¿no? Luchar por nuestra libertad.

—Padraig, puedo llegar a entenderte, de verdad. Yo me he sentido como tú durante muchísimos años de mi vida, con esa rabia y esa arrogancia que me hacía totalmente manipulable. He tardado años en darme cuenta que mi batalla era una gilipollez absurda.

—Vuestra causa es grande —replicó.

—No. Nuestra causa fue grande y bonita mucho antes de que yo naciese. Mi gente luchaba sin violencia. Defendía sus tradiciones, su lengua, su cultura.

—Pero os pisotearon y os anularon.

—O nos hicieron creer que fue así y nos embrutecieron. Créeme, nada se arregla ni nada se consigue matando civiles. ¿Realmente os merece la pena volver a las armas?

—¿Volver? —Me miró extrañado. Estaba cabreado—. Nunca nos fuimos. Quizá hayamos estado aletargados, pero siempre hemos estado ahí, al acecho, esperando una señal, aprendiendo y preparándonos para conseguir nuestro propósito. —Sus palabras me silenciaron; tan solo asentí de nuevo—. Un placer, Ekain; aunque te esperaba más fiero y manteniendo tus ideas.

Le sonreí. No quise seguir una conversación que no llevaba a ninguna parte. Se levantó y, a paso ágil, se acercó a una chica que acababa de llegar junto a otras tres en un coche. La agarró por la cintura y la besó.

El ganadero independentista con afán terrorista mostraba sus sentimientos hacia la chica. Al final, todos tenemos un punto débil.

Esa noche, no hubo rastro de Ciara.

Obstáculos a eliminar

Comencé a asearla suavemente. Quería que estuviese limpia para mí.

Le corté el vestido y el sujetador; la dejé desnuda. El agua templada mezclada con jabón acariciaba su pálida piel. Se despertó. Intentó gritar, pero aún llevaba la mordaza. Quiso desatarse y en uno de sus bruscos movimientos tiró el agua al suelo. Le agarré al cuello y presioné; sentí mi poder sobre ella y las investidas de su cuerpo intentando apartarme. El tono morado de la cara me avisaba de que no iba a durar mucho más si seguía apretando; decidí dejar que el aire entrase de nuevo en sus pulmones. Inhaló largo y tendido. Sus ojos vidriosos entendieron que no había escapatoria y que debía entregarse a mí. Sonreí acariciándole la tripa, bajando al pubis, abriéndola y penetrando mi dedo en ella. Las lágrimas caían. Me excité mucho, pero no era el momento.

—Iré a buscar más agua —le dije sonriendo—. Este jabón huele fenomenal.

Una vez estuvo aseada, la obligué a tomarse un caldo de pollo y verdura de sobre para reconfortarla y mantenerla alimentada. Se lo tomó todo.

La tapé con una manta.

Me fui a la parte de atrás y me di cuenta de que ningún animal había aparecido esa noche. El cuerpo se pudría sobre el montón de cenizas y madera; la temperatura tan baja ralentizaría el proceso. ¡Cuánta sangre! Un montón de insectos se lucraban del jugo purpúreo. Suspiré a modo de queja y comencé a preparar una hoguera, una hoguera grande. Todo cadáver necesita una especie de homenaje, de entierro histórico, algo especial aunque seas un hijo de puta que merezca morir. Me reí. No, esa no era la razón, solo quería que su cuerpo frío desapareciese entre las llamas. Durante nuestra vida convivimos con la muerte a cada instante, no por elección propia en muchas ocasiones, pero sí por la gente que nos rodea. Él debía haber muerto mucho antes para así evitar que hiciese tanto daño a su alrededor.

Me puse unos guantes y apilé mucha madera alrededor del cuerpo. Volví a ver el pecho reventado y me enfadé conmigo mismo por mi impulsividad. Ya no tenía remedio, así que no debía castigarme por ello. El tiempo hace que las técnicas mejoren. Lo rocié todo de gasolina. Una simple cerilla hizo que el escenario se iluminase con la belleza del fuego. Me quedé hipnotizado unos minutos antes de reaccionar por el calor que me producían las llamas.

Me sentí hambriento.

Me asomé y vi que ella se había despertado. Me acerqué despacio para no asustarla, pero se percató de que había sangre en mi camiseta y se removió.

—No te preocupes, solo le he dado un entierro digno. —Su mirada estaba vacía—. ¡Joder! ¡Te has meado! ¡Deberías tener más cuidado! —le grité.

Quitó la sábana como pude, pero el colchón también se había mojado con su orina. Comencé a caminar por la habitación, enfadado, frustrado, resoplando como un toro.

—¡Ahora te quedarás así! —le dije agarrándole la cara con fuerza—. ¡Tumbada en tu puta meada!

Salí de la habitación para intentar calmarme y tomarme una cerveza.

Volví a entrar, la golpeé fuerte en la cara y la solté para levantarla. Se había desmayado. Apoyé su pecho en la vieja mesa de madera dejándole el culo y el coño expuestos para mí. Humedecí mi polla con la cerveza y la penetré por detrás con agresividad. Del dolor recuperó el

sentido. Mientras la tomaba, apretaba su cabeza contra la madera. Estaba a punto de correrme cuando volví a mirar la botella. La vacié y se la metí. Aún con la mordaza pudo gritar, algo que me volvió loco de la excitación. Aguantaba la botella con la mano para que su vagina no la escupiese o hiciese vacío. Mientras tanto, seguía penetrándola, por el culo, bruscamente.

Volví a tumbarla y a atarla.

La botella había hecho vacío y la sangre se mezclaba con la orina del colchón.

VI

Había llegado la Nochebuena y yo seguía en Coldmanbridge. Supongo que todos iban a pasar las fiestas con sus familias.

Mi plan era pasarla con la compañía de algunas cervezas y una buena botella de whisky, viendo algún estúpido programa navideño hasta que Morfeo llegase a invadirme y me secuestrara aprovechando mi dipsómano estado. Liam se habría asegurado de poner a algún ogro a vigilar mi apartamento.

Cuando había conseguido estirarme en el sofá con mi cerveza y mi cigarro, llamaron a la puerta.

—¡Joder, ya voy!... ¿Qué haces aquí?

—Vine a traerte algo de cena. —Ciara sonrió nerviosa y entró—. Tendrás que cenar, ¿no?

—Ciara, ¿y tú familia? ¿Y Tara? Si Liam se entera de que estás aquí... Esto solo te puede traer problemas —le dije cerrando la puerta, sin antes asegurarme de que no había nadie más fuera—. No quiero que te pase nada.

—No es mi dueño, ¿vale? —Lloraba—. Si quieres que me vaya, me iré.

—Sabes que no es eso. —La abracé fuerte. El cariño iba creciendo entre nosotros—. Cualquiera día, uno de nuestros escarceos nos recompensará con una bala en la cabeza.

—¡Eso sería lo más *light* que Liam nos haría! —exclamó entre risas y lágrimas—. Te aseguro que lo haría más largo y doloroso.

—No quiero que te haga más daño, Ciara —le dije agarrándole las manos—. ¿Por qué nunca te has ido de aquí? Deberías marcharte lejos con tu hija.

—Tú no lo entiendes. —Se sentó en el reposabrazos del sofá—. Liam nunca dejará que nos vayamos. Estoy en deuda con él.

—¿En deuda? ¿Qué mierda significa eso?

Resopló, se acomodó en el sofá y me señaló el sitio a su lado para que me sentase. Quitó el sonido de la tele.

—Quiero contarte algo. —Tragó saliva y prosiguió—. Conozco a Liam desde que éramos unos niños. Nuestros padres trabajaron juntos durante años en una antigua fábrica del puerto de Belfast. Ellos eran revolucionarios, malgastaron su vida luchando por la independencia del Norte de Irlanda, entre manifestaciones, peleas y disturbios, ya sabes, enfrentándose a una política que les sometía. ¿Te suena? Mi padre vio cómo las cosas se complicaban y decidió alejarse y volver junto a nosotras. Durante un tiempo, cerca de seis años, nos fuimos de Coldmanbridge y nos asentamos en Dublín. Mi padre consiguió un trabajo de panadero en el centro de la ciudad y vivíamos en un pequeño piso alquilado. Todo iba bien, hasta que mis padres se enteraron de la muerte del padre de Liam en un altercado con la policía.

—¿Lo mataron?

—Le pegaron siete tiros. Dijeron que portaba una pistola y que no hubiese dudado en usarla. Nunca encontraron ni dieron pruebas de esa arma, pero el caso se cerró y su muerte, como muchas otras, no importó una mierda.

—Y Liam se volvió loco, ¿no?

—Todo se cubrió con una nube negra y, a partir de entonces, nada ha sido igual en Coldmanbridge. El padre de Liam se convirtió en un héroe y ahora su hijo lleva años queriendo ser quien lidere esta estúpida lucha que ha perdido todos los valores.

—¿Y qué pintas tú en todo esto? —preguntaba para poder hilar la historia.

—Cuando volvimos a Coldmanbridge ya no éramos unos niños, nos habíamos convertido en jóvenes inquietos, con ganas de cosas nuevas, y aunque mi idea era volver a Dublín, acabar mis estudios en la academia de peluquería y vivir mi vida lejos de aquí, todo cambió. Comencé una relación con el primo de Liam, Paul. —Respiró hondo y prosiguió—. Todo fue muy bonito al principio, nuestras familias estaban de acuerdo y todos nos juntábamos en fiestas y celebraciones. Ya sabes cómo son por aquí —me explicó—, dos grandes familias unidas. El problema seguía siendo yo. No quería quedarme aquí. Hablé con Paul y le dije cómo me sentía y le propuse marcharnos.

—¿Por qué no lo hicisteis?

—Porque él no quiso; me dijo que si le dejaba me mataría.

—Vaya... —susurró apoyando mi espalda en el sofá—. Te juntas con lo mejorcito de la villa.

—Supongo que sí. A pesar de la advertencia, hice mis maletas y compré mi billete de tren. Alguien me debió de ver y se lo contó a Paul. —Ciara agachó la mirada y una lágrima cayó en su pierna—. Esa tarde vino a casa y me forzó entre puñetazos, patadas y un sinfín de humillaciones. Según él, yo no era nadie para abandonarle como un perro y estando con él, ya no era libre. Mi madre me encontró varias horas más tarde tirada en el suelo desnuda y con el billete de tren metido en la boca.

—¡Joder, Ciara! —Volví a cogerle las manos. Suavemente, aparte un mechón de pelo de su cara—. ¿Dónde está ese hijo de puta ahora?

—Muerto —respondió con esa mirada helada que a veces le caracterizaba—. Me tiré varios días en el hospital curando las heridas y el orgullo. Liam se enteró y me prometió que Paul pagaría por hacerme daño. Cuando le encontraron, Ekain, era prácticamente irreconocible.

—Dios mío...

—Liam me vengó, pero había dos cosas que yo no sabía. Estaba embarazada de Paul y Liam estaba enamorado de mí.

—¿Liam lo mató por amor? ¡Esto parece un culebrón y de los buenos! —exclamé alucinado.

—Es cierto. —Sonrió—. Más bien un thriller que ninguno sabemos cómo acabará. Nunca he estado con Liam —quiso aclarar.

—No tienes que darme ningún tipo de explicación, Ciara.

—Lo sé, pero necesito que sepas que jamás he estado con él y esa es la razón por la que me humilla constantemente.

—¿Cómo puedes permitir eso? ¿Por qué no te largaste después de todo?

—¿Dónde iba a ir con un bebé? Sin él, ni Tara ni yo hubiésemos sobrevivido aquí. ¿Lo entiendes?

—¿Y tus padres? ¿Tu familia?

—Me alejé de ellos, Ekain. Me alejé para que ellos no estuviesen en peligro. Ven a Tara de vez en cuando, mañana iremos a comer todos por Navidad, pero no saben nada de lo que me rodea o no quieren verlo. Ellos nunca verán a Liam como realmente es; él sabe cómo hacerlo.

La abracé fuerte, intensamente. Le acaricié la cara y volví a abrazarla para que se sintiese reconfortada.

—Tú no eres como ellos —me dijo acariciando mi mejilla.

—Sí, Ciara, lo soy. Soy un asesino, un terrorista.

—No, tú eres diferente. La gente puede cambiar.

Me besó. Fue un beso largo, suave. Poco a poco, con agradables suspiros, nos fuimos desprendiendo de la ropa. Acaricié cada parte de su cuerpo, cada recoveco, viendo cómo su piel se erizaba al contacto con mis dedos. Le besé el cuello, los pechos, su tripa, las caderas, el sexo. Todo muy delicado, disfrutando de cada respiración, de cada suspiro y cada mirada de complicidad. Se sentó sobre mí. El contoneo de su cadera me volvía loco. La giré y apoyé su pecho en el respaldo del sofá. Mi cuerpo sobre su espalda, tan cerca, agitándonos de placer hasta gemir y dejarnos llevar por el delirio del momento. ¡Joder! ¡Esta vez no había sido un simple polvo! Nos relajamos juntos, olvidándonos de las prisas y los miedos. Durante un buen rato solo el silencio reinó en el apartamento.

—Debo irme —musitó en mi oído—. Debo recoger a Tara y prepararme para mañana.

—Quédate conmigo esta noche —le supliqué besándole el cuello—. Podemos volver a empezar.

—¡Nooo! —Se reía intentando escabullirse de mis brazos—. Te veré mañana.

Asentí sin ni siquiera saber qué iba a ocurrir en mi vida al día siguiente.

Ciara se fue y me sentí vacío.

Bebí durante horas, escuchando música de otras décadas que me transportaron al pasado, cuando todo era «normal», cuando la vida era algo que se disfrutaba y sentía que valía la pena, aunque luego me diese cuenta de que estaba totalmente equivocado. The Pogues sonaban de fondo, *Fairytale of New York* era prácticamente la historia entre Ciara y yo, sin Broadway de escenario, tan solo Coldmanbridge. Una princesa sin corona y un príncipe sin título, que acabarían odiándose porque sabían que juntos nunca llegarían a ningún lugar, al menos con vida. El realismo que nos envolvía ya no nos dejaba soñar y nunca íbamos a dejar de ser una simple infeliz y un exterrorista.

Estaba deseando volver a verla.

Me dormí.

VII

25 de diciembre de 2012

La luz de la mañana me despertó. Tropecé con el vaso que se me había debido de caer al suelo al dormirme. Miré alrededor y sentí la soledad que me acompañaba junto a la voz de fondo de la presentadora de la tele. Supongo que era el día para recordar lo bonito y de ignorar los problemas y penurias, al menos hasta el día siguiente.

No podía seguir así; ya era hora de tomar una decisión y salir de allí. Pero, ¿cómo? ¿Cómo escapar de ese lugar que había condicionado mi vida y que manipulaba cada día de mi jodida existencia? Me eché las manos a la cara agobiado. La resaca no ayudaba y seguro no tardarían en venir a buscarme. Liam tendría a alguno de sus hombres vigilando el apartamento, incluso podía dar fe de que él ya sabía que Ciara me había hecho una visita furtiva. Tras toda la historia que me contó pensé que ella misma buscaba ser descubierta y así regalarle a Liam la oportunidad de hacer una de sus impulsivas locuras.

Me duché y me vestí, para esperar tranquilo a que viniesen a recogerme.

Rellené mi vaso; el color dorado de ese whisky me hipnotizó antes de beberlo de un trago. Siempre escuché que lo mejor para la resaca era seguir bebiendo, me pareció buena idea aun ni siquiera siendo medio día. Repetí, y apretando el vaso vacío entre mis manos, decidí que ya era hora de acabar con toda esa situación.

Tenía que matar a Liam.

Cuando llamaron a la puerta, ya estaba listo para irnos.

—¡Feliz Navidad, vasco! —exclamó Liam abrazándome en cuanto llegué a una casa en la que aún no había estado—. Siéntete cómodo, hoy estamos en familia.

Lo miré sin entender muy bien lo que hacía en esa casa. Varios niños corrían alrededor de un árbol de Navidad, entre ellos estaba Tara, lo que me sorprendió. Busqué a Ciara con la mirada, pero no la encontré. Tres hombres de avanzada edad reían en un ambiente distendido y familiar mientras jugaban a las cartas en uno de los extremos de una vieja mesa de madera que estaba semicubierta con un mantel rojo y dorado. Apenas le quedaba espacio entre los platos de aperitivos fríos y calientes. A un lado de la mesa, otra más pequeña, con botellas de licor, refrescos, hielo y vasos para que cada uno se sirviese. Junto a la chimenea de piedra, tres mujeres, charlaban y observaban a los niños mientras jugaban. Una de ellas, ya mayor, parecía controlar cada movimiento en ese salón. Me sonrió amable; respondí de igual manera. Supuse que la otra era la madre de Ciara. Avancé lento, observando la imagen de un Liam tranquilo y feliz; él charlaba y disfrutaba entre gestos cómplices con varios hombres.

—Tómame algo —me dijo Darren ofreciéndome un vaso de whisky—. Liam no invita a cualquiera a estas cosas —comentó.

—Supongo que no querrá que me escape. Cualquier día te robo la Harley y me largo de aquí —le contesté irónicamente y chocando mi vaso contra el suyo.

—No te equivoques. Si no le gustases ya hubiese acabado contigo. —Asentí y suspiré.

Los dos seguimos observando la navideña escena, sabiendo que Liam mantenía a la bestia

apaciguada pero no dormida. Controlaba todo lo que le rodeaba.

—¿Y tú? —le pregunté para romper la tensión del momento—. ¿Dónde está tu familia? Ya sé que a tu padre lo mataron, pero ¿y el resto? —insistí—. ¿No hay ninguna mujer?

—No la hay —respondió tajantemente y mirando a los pequeños arrancando los adornos del árbol—. Ni familia, ni mujer. Tan solo mi moto y yo.

—Un hombre solitario —le dije intentando sonsacarle algo más—. Menos complicaciones, supongo.

—Supongo —contestó mientras se alejaba.

No era fácil romper su coraza. Darren era un hombre frío y distante. Su rostro era pétreo, daba igual la situación en la que se encontrase, como volarle la cabeza a alguien, rematarlo o conducir su moto. Recibía órdenes, las cumplía y cobraba por ello. Su siguiente trabajo podía ser perfectamente yo.

Vi a Ciara salir de la cocina con un par de platos. Estaba preciosa con un vestido negro que bailaba mientras caminaba. Su mirada de sorpresa me traspasó, rompiendo ese momento de admiración. Tara corrió hacia su madre para enseñarla algo que llevaba en las manos. Liam se percató de cómo la estaba mirando y se dirigió hacia ellas, cogió a Tara en brazos y la hizo reír.

—¡Acercaos a la mesa! —propuso llamando nuestra atención. No dejó de mirarme ni un segundo—. Disfrutemos, por favor. ¡Feliz Navidad a todos! —volvió a exclamar con Tara aún en brazos y elevando una de las copas de vino que Ciara rellenaba en la mesa para todos—. ¡Salud! —Tara lo abrazó con sus pequeños bracitos y él sonrió complacido.

La cena fue copiosa, no faltó de nada. Cuando sacaron el pavo, dos, el aroma inundó toda la estancia. Liam cortó uno de ellos fileteando y sirviendo en cada plato para, después, cada uno acompañarlo con puré de patata, verduras y salsa *gravy*. Bebíamos vino. «Español», pensé. Y, por supuesto, no faltaba el whisky ni la cerveza. Los comensales hablaban tranquilos entre risas y bromas. Era una sensación extraña y, a la vez, placentera y diferente. Intenté ser parte de esa extraña familia. No le había quitado el ojo a Ciara en toda la cena, y ella ni siquiera se había molestado en mirarme. Cogí una copa de vino y la seguí, con la excusa de ir al baño, cuando recogía algunos platos.

—¿Qué haces?

—No te has dirigido a mí en toda la noche —le dije acorralándola junto a la pila.

—Ekain, por favor, no seas estúpido —contestó nerviosa sin dejar de mirar a la puerta de la cocina. Yo cada vez estaba más cerca.

—Larguémonos de aquí —le propuse—, para siempre. Lejos de Irlanda.

—Ekain...

—Tara, tú y yo. —Intenté acariciar su rostro, pero apartó mi mano—. Vámonos —insistí.

—Lárgate de aquí, Ekain —me dijo Darren rompiendo el momento y dejando algunas bandejas ya vacías. Ciara se recompuso y siguió apilando platos—. Liam te ha visto venir hacia aquí.

Salí con la rabia de no poder hacer nada. Liam se cruzó conmigo y me regaló una de sus falsas sonrisas. Desde ese instante, lo principal era salvaguardar la vida de Tara y Ciara.

Fuera, tomé aire; siempre era mi vía de escape. Aire fresco y un cigarro para ahogar mi rabia.

—Te arriesgas demasiado —me dijo Darren. Nos encendimos un cigarro—. No sé qué se trae Liam con esa chica, pero meterte es peligroso.

—Es un hijo de puta, Darren. ¿Qué quiere de mí? Llevo meses aquí siendo su puto siervo sin saber cuál es mi papel y por qué yo —espeté rabioso.

—¿Te acuerdas del tipo al que Liam voló la cabeza?

—Sí, supuestamente lo hice yo, ¿no? —comenté con ironía envenenada.

—Eso es. El Águila mató a su hijo. Él y su hijo llevaban un negocio de armas, y junto con El Águila, movían la compra venta en prácticamente toda Irlanda. —Dio un par de caladas y siguió hablando—. Liam ayudó a El Águila cuando salió de la cárcel en España y le contó las aventuras con tus amigos los etarras. Liam pensó que si ETA había abandonado las armas les interesaría que alguien se las comprara.

—Pero yo no soy nadie en la banda —interrumpí—. ¿Qué pinto yo en todo esto?

—Pero eres etarra y puedes tener contactos. Liam es avaricioso y no se va a conformar con tener algo a medias. El Águila se enteró de tu salida y de tus planes. Era fácil culparte por la muerte del hijo de Richard Choff sin tu tener ni puta idea.

—Hijo de puta... —acerté a decir, estupefacto—. ¿Por qué me dejó matar al El Águila?

—¿Enserio? ¿Qué parte no has entendido de que lo quiere todo? —Agitó la cabeza y se carcajeó.

—¡Joder! Lo mató para no pagarle su parte —le dije entiendo la jugada.

—Le mataste, no lo olvides, Ekain.

Le miré y seguí pensando unos segundos antes de volver a hablar. Tiré mi colilla.

—Si ya tenía las armas, solo le faltaba el dinero que Richard tenía que ingresar, y con él muerto todo se lo quedaba él.

—¡Bingo! —exclamó lanzando su colilla y chasqueando los dedos.

—Y para todos, el asesino soy yo.

Me quedé pensativo, a la vez que sorprendido por ser parte de esa historia. Un plan en donde yo no ganaba nada. Tenía todas las de perder en ese juego letal.

—¿Lo más sorprendente sabes qué es?

—¿Puede haber algo más sorprendente? —pregunté con una risa nerviosa.

—Que sigas con vida —contestó con plena tranquilidad.

A lo lejos, vimos cómo se acercaba el 4x4. Pdraig se bajó con la chica con la que le había visto besarse en alguna ocasión. Parecían enfadados. Ella intentaba alejarse y él la retenía contra el coche. Darren comenzaba a ponerse tenso mientras observábamos la escena. De repente, Pdraig abofeteó a la chica haciéndola tambalearse y ella, confusa, se cubría la mejilla golpeada.

—¡Me cago en tu puta madre! —gritó Darren llamando la atención del joven ganadero.

No pude pararle, no me dio tiempo. ¡Vaya paliza le dio! La gente salió de la casa alarmados por los gritos, y entre todos conseguimos separarlos. Darren estaba entero, pero Pdraig estaba bastante jodido. No dejaba de gritar que le iba a matar, que era un mierda, que eso no iba a acabar así mientras buscaba aturdido su pistola, a lo que Darren respondió con un puñetazo que le dejó sin sentido tirado en el suelo.

—¡Ya le has estropeado la Navidad al chaval! —comentó Liam entre risas y dándole palmadas en la espalda a su amigo—. ¿Qué ha pasado?

—Pdraig me pegó y él me ha defendido —comentó la chica con la mejilla hinchada.

—Pues, la que has liado, nena. ¡Ciara! Ponle algo de hielo y dale un buen trago para que se calme —ordenó Liam—. ¿Cómo te llamas?

—Julia —respondió mirando a su novio en el suelo.

—Muy bien, Julia. Darren te acompañará a casa más tarde y, en cuanto puedas, abandona el país.

—¿Perdona? —preguntó asustada—. ¿Por qué?

—Porque si vuelves a montar una trifulca entre mis hombres y no es Pdraig el que te mate, lo

haré yo.

Ciara agarró a Julia de la muñeca y la metió dentro de casa.

Darren la miraba sabiendo que Liam no hablaba en broma.

VIII

Ciara calmaba a Julia, que seguía sin quitar el ojo a Padraig. Estaba asustada. Él, poco a poco, se iba despertando y no parecía que su enfado mermase. Darren, apretaba los labios esperando a que alguien hiciese un gesto para comenzar de nuevo la pelea. El ambiente estaba crispado; Liam intentaba disimular frente a su familia, que parecía no haberse enterado de lo que había pasado. Aquella situación, junto con la tensión acumulada, era lo más parecido a una bomba a punto de estallar y a la que todos intentaban contener. La onda expansiva nos engulliría a todos.

Me vi perdido, devorado en un mundo al que no quería pertenecer. Era un hombre libre privado de libertad.

Los niños seguían corriendo y jugando alrededor del árbol de Navidad. Las mujeres más mayores seguían charlando y recogiendo los restos de una cena que, con su normalidad, cubría como un manto opaco la realidad que, sin saber por qué, todos ocultábamos. Era como vivir una doble vida. Una situación que me resultaba agotadora y desesperante a la vez. Tan solo quería el derecho a elegir, algo a lo que no sabía si podía o me merecía tener. Los hombres se mantenían en la mesa con sus whiskies recordando viejas glorias. A mi alrededor, un halo de vida y muerte. Había perdido veinte años de mi vida, y por alguna razón, parecía que al destino se le antojaba arrebatarme lo que me quedaba. No podía permitirlo.

«Sigue tu camino, y por muchos obstáculos que te encuentres, no pierdas de vista tu meta», escribió Mónica en su carta de despedida.

Ella hizo de mí un hombre nuevo y no podía fallarle. No debía. Jamás me lo podría perdonar e iba camino a ser un auténtico fracasado. Una línea más en mi lista de cagadas.

Liam nos hizo una señal para que saliésemos. Lo hicimos en fila, sin rechistar. ¿Cómo podía Liam tener ese poder de manipulación? El miedo, la incertidumbre de lo que podía pasar con tu vida, una vida que allí no valía nada.

Tras minutos de silencio, hizo su gesto habitual y comenzó otro de sus sermones.

—Es Navidad, y os he invitado a mi casa —nos dijo remarcando bien las dos últimas palabras—. Mi familia está ahí dentro y no voy a permitir que me jodáis la noche.

—¡Él no debía haberse metido en mis asuntos! —exclamó Padraig.

—Cállate la puta boca —le ordenó entre dientes para no elevar la voz—. Darren se llevará a tu putita de aquí. Que haga su maleta, la llevas al aeropuerto y que se vuelva a su puto país.

—Ella no ha hecho nada —replicó Darren encarándose con él—. Es este capullo el que debería largarse.

—Hoy no, Darren. Hoy no me toques los cojones. —Se acercó a él con la cabeza gacha y apretando los dientes—. Mañana, si queréis, montáis un duelo y os matáis. Podéis incluirla a ella también. —Volvió a mirarnos a todos, moviendo la cabeza, nervioso—. Hoy no.

Sin decir nada más, volvió dentro de la casa.

Hice un gesto a Ciara para que se pusiese de nuevo junto a Julia. No estaba seguro de lo que Padraig podía llegar a hacer. Me acerqué a Darren y le ofrecí un cigarro que cogió sin dejar de mirar al joven e ignorante ganadero.

—Llévatela de aquí —le dije—. Coge tu moto y largaros.

—No voy a huir de esta escoria —espetó con rabia.

Estaba agitado y su rostro mostraba odio e incluso locura. Me inquietó

—Tú no, pero si ella sigue aquí es fácil que le pase algo. Llévatela. Coged algunas cosas y largaos. Al aeropuerto, a Dublín, a Belfast, donde te salga de los cojones, pero sácala de aquí.

Miró a Julia y se dirigió a su moto. Por un instante, pensé que se largaría solo y que realmente nadie le importaba en absoluto, pero no fue así. Recogió a Julia, que, torpemente, se subió a la moto. Miró a Ciara confundida y esta le respondió con un gesto de tranquilidad y una sonrisa. Julia se agarró fuerte al motero que había dado la cara por ella y el rugido de la moto dio el aviso de salida.

—¡Voy a matarte, cabrón! —les gritaba Padraig, frustrado, al verlos alejarse—. ¡Zorra! ¡Volverás!

Ese crío era capaz de cualquier cosa. Un putito loco sin cerebro.

—Vete de aquí, Padraig —le dijo Enda antes de entrar en casa.

Llevaba semanas en Coldmanbridge, meses, y aparte del primer día de mi llegada, jamás había mantenido una conversación con el segundo de Liam. Fue la única persona que me dijo que me largase, quizá él vio el momento en que hubiese podido hacerlo, yo nunca le encontré. Enda siempre se mantenía en una especie de sombra junto a Liam, nunca lo abandonaba y sus palabras primaban en las decisiones del que parecía su jefe y amigo. Un tipo apuesto, serio y al que no le faltaba sentido común. Se podría decir que sabía jugar sus cartas manteniéndose en silencio y acatando órdenes, sabiendo cuándo decirle a Liam lo que debía hacer y cómo.

Padraig se largó. Todos sabíamos que no dejaría en el olvido lo que había pasado.

—Ten lista una maleta en casa. Con lo justo para salir de aquí.

—¿Estás loco, Ekain? —susurró Ciara con cara de asombro.

—Si quieres, te vienes, tú y Tara. Te avisaré, pero debes estar lista. Tú decides.

Me alejé para no crear más tensión y me senté junto a Liam, quien, con sonrisa burlona, me sirvió un trago.

La noche pasó sin más contratiempos hasta que Liam y sus hombres me devolvieron a mi apartamento.

—Descansa, vasco. Espero que Ciara te deje dormir una noche entera.

—Tranquilo, Liam. Hay visitas que no molestan —me atreví a contestar.

No respondió.

Me metí bajo el chorro de la ducha, decidido a dar el paso. Arriesgaría mi vida, sí, pero huir de allí me abría un horizonte de posibilidades; olvidaría quién había sido y quién era en ese momento. Un lugar tranquilo, un trabajo corriente y rodeado de gente que ignorase mi pasado y que su principal rutina fuese vivir en un ambiente normal, sin armas, muerte, odios ni rencores, más que los habituales en una vida ordinaria.

Preparé mi mochila. Algo de ropa, dinero. Cuando Liam me cedió el apartamento se aseguró de quitarme el pasaporte, por lo que salir del país no iba a resultar fácil. Un arma; tenía que conseguir un arma, y tampoco iba a ser sencillo.

El día después de Navidad nadie vino a buscarme. Todo estaba cerrado en Coldmanbridge, y el frío escondía a la gente en sus casas. Las callejuelas no me transmitían nada. Una villa pequeña, prácticamente vacía de vida y rodeada de intranquilidad y mentiras. El centro neurálgico de una panda de locos que no tenían límites. Paseé tranquilo, incluso sentí que nadie me observaba, una falsa sensación de libertad me invadió y agrandó las ganas que tenía de huir. Pensé en hacerlo; era el momento. ¿Qué pensaría Ciara si lo hiciese? ¿Qué tipo de persona era dejándolas allí a su

suerte? No, sin ni siquiera saber si ella había tomado la decisión de dar el paso para venirse conmigo, yo me negaba a no intentarlo.

Volví al apartamento dispuesto a trazar nuestro plan de huida.

Necesitaba una puta arma.

IX

Las calles estaban heladas. La nieve no acababa de cuajar, pero los carámbanos colgaban de las repisas, balcones y bordes de los tejados. El hielo cubría la villa y el azul del cielo solo se rompía con el humo grisáceo de las chimeneas de leña. Ya estaba acostumbrado a que los días soleados no fueran muy habituales en esa tierra verde y llena de resquemor, y menos en los meses de invierno, pero la falta de horas de luz me empezaba a afectar. En el norte de España, ese país que me negué a aceptar como mío, aunque llueva y los días sean grises, la luz nos acompaña por más tiempo y nos da ese chute que nos arrebatara la falta de sol. Quizá volviese algún día. Bilbao no es una mala ciudad para vivir. Quién sabe, quizá mi hermano quisiera saber de mí. Nos sentaríamos y nos pondríamos al día entre cañón y cañón de cerveza, sin rencores ni reproches. Quién sabe...

Esa mañana, cerca de medio día, nos dirigimos a la granja donde se guardaban las armas. Liam estaba alterado y no dijo nada en todo el trayecto. Al llegar, abrió la nave y miró a sus hombres. Ni Darren ni Padraig estaban allí. Tras unos veinte minutos, un coche negro cruzaba las puertas y aparcaba junto a las furgonetas. La granja se cerraba de nuevo, impidiendo la salida de cualquiera de los que estábamos allí. Liam respiró hondo, suspiró y se metió de lleno en su papel.

—¡Gora ETA! —gritó dando la bienvenida a su invitado—. ¡Por fin!

—Liam Walsh —respondió demostrando que tenía claro con quién se citaba en esa granja—. ¡Gora ETA!

¡Joder! Acababa de retroceder más de una década en mi vida, cuando todavía defendía entre cuatro paredes que los vascos éramos dignos de nuestra libertad a costa de la muerte de gente inocente. ¡Gora ETA!, resonaba en mi cabeza... Una sensación de ahogo me bloqueó. Si seguía con vida había una razón, y ese etarra me daría la respuesta. Un etarra con Liam Walsh no podía ser una buena combinación. No era más que un monigote que adquiriría la forma perfecta en el momento adecuado para uso exclusivo de Liam. Me sentía hombre muerto.

Hablaron durante varios minutos, sin dirigirse a nadie más hasta que Liam llamó mi atención para que me acercase; juntos entramos a la nave donde semanas antes Liam le había volado la cabeza a Richard Choff, con mi arma y con mis huellas.

—Ya te hablé de Ekain Alzaga, ¿recuerdas? —Seguidamente, se dirigió a mí—. Ekain, él es Florencio Unzueta, miembro de tu banda.

—*Kaixo* —saludé.

—*Kaixo*, Ekain. Si no recuerdo mal, ¿te desvinculaste de la banda hace años estando en prisión?

—Así es. Cumplí condena por lo que hice y...

—Como muchos de nosotros —interrumpió secamente—, y no por ello abandonamos nuestras ideas. Algunos nos hemos seguido manteniendo firmes.

—¿Ah sí? ¿Y por eso abandonáis las armas? —ironicé—. ¿Os habéis vuelto buenos de repente?

—No, no siempre se puede estar de acuerdo con la cúpula. Y aunque no seamos muchos, avanzamos para llegar a nuestra meta.

—¿Y estáis cerca? ¿Cuál es? —Mi tono empezaba a ser grosero.

Liam nos escuchaba sin entender ni una palabra de lo que decíamos, pero apreciando la tensión entre ambos.

—La independencia de Euskadi, Ekain. Podemos dormirar, pero seguimos estando activos.

—Claro, no lo dudo —le respondí sin dejar de mirarle directamente a los ojos y mostrarle mi rechazo.

No había mucho más que hablar. Florencio Unzueta era de los pocos que no estaba de acuerdo con el abandono de las armas por parte de la banda terrorista. Además, era de los pocos que sabía parte de las localizaciones donde ETA guardaba parte de su arsenal. Él no había sido un don nadie dentro del entramado. Poco dinero para la banda, pero un buen fajo de billetes para un pequeño grupo que necesitaba solvencia y contactos para seguir con su lucha. ETA se desmoronaba y se dividía en grupos que trabajaban individualmente por su propio interés. Una banda desunida es una banda acabada.

—Bueno, después de este saludo tan amistoso volvamos a nuestros negocios —espetó Liam recuperando el control de la situación—. Sentémonos tranquilos.

El plan era bueno.

La mayoría de las armas que ETA tenía escondidas en zulos en España y Francia viajarían en camiones directos a Irlanda, a través del puerto de Caen, norte de Francia. Un falso fondo escondería las armas, lo suficientemente pequeño para no interferir en la carga de los camiones de esa empresa de transportes que había preparado a conciencia todos sus remolques y que llevaba años realizando esa ruta. Los camiones se descargarían en el puerto de Belfast junto con la carga habitual, mercancía metalúrgica utilizada para la fabricación de barcos. El traslado se haría lentamente, tardaría varios meses, sin levantar sospechas. Ni siquiera los chóferes sabrían lo que estaban moviendo, ya que la carga estaría preparada en los remolques desde España o Francia, sin hacer paradas hasta el punto de entrega. Una vez allí, los remolques se quedarían dentro del puerto hasta la descarga tal y como marcaba la normativa. Un equipo de trabajadores del puerto, bien pagados por Liam, descargarían las armas y las meterían en bolsas estanca para arrojarlas en los contenedores donde se tiraban los materiales de desecho, aceite, agua sucia, botes y latas, maderas, flejes..., y que se llevaban cada noche a la planta de reciclaje con la que trabajaba el puerto. Antes de llegar, una furgoneta recogería las armas y el camión seguiría su camino para reciclar el resto. Un trabajo rápido y medianamente seguro, si nadie se iba de la lengua y todo fluía como se había planeado.

Estaba absorto escuchándolos.

—Por cada viaje recibiréis vuestro pago —comentó Liam—. Será un trabajo largo pero seguro.

—¿Y cómo puedo estar yo seguro de que pagarás? Estamos hablando de muchas armas, munición y material explosivo.

—Recibirás un pago por los primeros diez viajes antes de que se realicen.

—Veinte —propuso Florencio. Liam agachó la cabeza y sonrió levemente.

—Quince viajes —le repuso.

Segundos de silencio entre ambos me tensaron aún más.

—Trato hecho, irlandés. Un fallo y todo se va a la mierda, ¿está claro?

—Totalmente claro —afirmó Liam sin borrar esa sonrisa de satisfacción—. Tú ganas pasta

para reorganizarte y nosotros, con vuestra ayuda, abastecemos a ese pequeño grupo que, como vosotros, no ha abandonado a Irlanda del Norte y que sigue en pie para conseguir su independencia.

Pequeños negocios a espaldas de dos grandes bandas terroristas. Jugando a ser Dios en pleno infierno.

—¿Y cuál es tu papel aquí? —me preguntó Florencio—. Algo pintarás en todo esto.

—Ekain hará su parte cuando llegue la primera carga de explosivos —respondió Liam sin darme opción—. Él, es de confianza, Florencio. Yo me encargo.

No dije nada; estaba bloqueado.

Florencio se despidió dejándolo todo atado para comenzar la primera semana de enero con el primer envío. El contacto directo no sería él. Una persona desde Alemania coordinaría las entregas y los pagos con Liam. Diferentes cuentas bancarias en diferentes países.

X

Los siguientes días pasaron sin sorpresas. Apenas había visto a Liam y uno de sus hombres seguía asegurándose de que no me largaba a ningún sitio. Me recogían, me llevaban a alguna de las granjas y me mantenían ocupado y controlado.

Darren llevaba días sin aparecer, al igual que Padraig. Nadie sabía dónde había llevado Darren a Julia, ni siquiera si ya estaba fuera del país. Lo que estaba claro es que ninguno de ellos se encontraba en los alrededores de Coldmanbridge, y Padraig había sido absorbido por su ira. Si los encontraba, los mataría.

Solo quedaba un día para Nochevieja, la última noche del año y un nuevo comienzo en los negocios que Liam dirigía. Y había que celebrarlo como merecía. La granja, su palacio, se llenaba de cajas de cerveza y licores varios. Las putas de Liam ya se habían encargado de pedir comida suficiente para llenar nuestros estómagos y ellas ya estaban preparadas para lo que fuese necesario a petición de los invitados. Triste...

Esa noche era mi oportunidad para escapar.

Desde la comida de Navidad no había vuelto a ver a Ciara. Supuse que quiso ser precavida. Algo dentro de mí se negaba a pensar que no valoraba mi propuesta. ¿Por qué elegiría quedarse teniendo la oportunidad de largarse de allí? Quizá lo que no deseaba era largarse conmigo. Tenía que buscar la manera de que fuese a mi apartamento y se me ocurrió la idea más estúpida pero eficaz.

—¿Dónde está Liam? —pregunté a uno de sus lacayos.

—Ni puta idea —contestó dejando en el suelo una de las tantas cajas de cerveza.

—¿Qué donde está Liam! —insistí dándole un pequeño empujón.

—¿¿Qué cojones haces, vasco de mierda?! —Me devolvió el empujón—. ¡No vuelvas a tocarme!

—¿Y qué harás si lo hago? —le reté—. ¿Irás a contárselo a papi Liam, gilipollas?

El primer puñetazo lo lanzó él. A decir verdad, creo que también los que vinieron después. Desde el suelo y con la cara ensangrentada, seguía retándole sin apenas verle. Así nunca conseguiría cuidar mi ojo y mantenerle con la poca visión que le quedaba. Cuando se agachó para seguir golpeándome, me aferré a él como una garrapata, impidiendo sus movimientos. Ambos caímos de nuevo y rodamos por el suelo entre patadas y más puñetazos. Alguien decidió separarnos después de ver el espectáculo un rato. Nariz reventada, ojo hinchado y una ceja abierta. Ahora tenía que conseguir que Ciara viniese a curarme.

—¡Joder, Ekain! —exclamó cuando vio mi cara reventada—. ¿Qué ha pasado ahora?

—Cierra la puerta y cúrame. Necesito algo para el dolor.

Se quedó mirándome, pensativa, y agitando la cabeza a modo de negación; abrió el viejo maletín.

—Tómame esto. —Me entregó una pastilla—. Te traeré un vaso de agua.

Se sentó a mi lado y comenzó a limpiar mi cara con gasas y agua oxigenada. El proceso ya le conocía; lo importante era hablar con ella antes de que alguien entrase al apartamento.

—Ciara, mañana nos largamos.

—No digas tonterías. Estate quieto o no podré cerrar la ceja. ¡Estás tú guapo para irte a algún lado!

—No vendrás, ¿verdad? —pregunté agarrando sus manos—. Nunca has tenido esa intención, ni siquiera te lo has planteado.

—¿Quieres saber la verdad?

—¿Estás segura de que podrás decir la verdad, Ciara? Ahora mismo ya no sé qué creer.

—Tienes razones para sentirte así. La verdad es que yo nunca pensé que estarías vivo a estas alturas. —Acabó de pegar la ceja y tiró las gasas a la papelera del baño. Se lavó las manos y volvió a sentarse a mi lado—. ¿Qué esperabas de mí, Ekain? ¿Una historia de amor verdadero?

—Bueno, te aseguro que ya he pasado por esto, pero sí, guardaba algo de esperanza en largarnos juntos. En el fondo soy un asesino romántico, supongo. —Ciara me sonrió.

—Eres un buen tío y follar contigo es espectacular, pero no puedo largarme de aquí con alguien a quien no quiero y pasarme la vida huyendo, al menos hasta que Liam muera y yo sea libre de ir donde quiera con mi hija.

—Lo tengo decidido y mañana me largo de aquí.

—Te echaré de menos —expresó sin mirarme a los ojos—. De alguna manera me había encariñado contigo.

—Ciara, no deberías quedarte aquí más tiempo. ¿Por qué? —Intentaba entender—. Vale, no vengas conmigo. Déjame ayudarte a salir de aquí y luego haz tu camino.

—¿Otra vez? ¿Cuántas veces más insistirás? No, Ekain —remarcó con énfasis—, no. ¿Quieres que acabe como Julia?

—¿Perdona?

—Olvidalo —respondió enfadada y levantándose del sofá.

—No, Ciara. —La agarré del brazo y la obligué a sentarse de nuevo—. ¿Qué le ha pasado a Julia? —No respondía—. ¡Qué le ha pasado a esa chica, Ciara!

La puerta del apartamento se abrió cuando el hombre de Liam me escuchó gritar exigiendo una respuesta. No la recibí. Ciara cogió sus cosas y se marchó. Me volví a quedar solo y las preguntas sin respuesta se amontonaban al alrededor, creando un laberinto cada vez más grande de incertidumbre y rabia. Me sentía al borde de un precipicio. De un momento a otro alguien me empujaría y caería al vacío, sin haber tenido ninguna opción. Solo de pensar que Ciara tenía algo que ver con lo que le hubiese ocurrido a Julia me provocaba repulsión, asco, había conseguido enfurecerme de tal manera que, si no me controlaba y respiraba hondo, no tenía claro de lo que podía ser capaz. ¿Eso me convertía en uno de ellos? Siempre fui uno de ellos, agazapado, oculto tras el miedo. ¿Qué me diferenciaba realmente? Nada, absolutamente nada.

Me aseguré de que la mochila estaba lista. Si tenía oportunidad la dejaría oculta tras unos matorrales frente a la puerta de la calle del apartamento. Si la lanzaba por la ventana podría llegar a ocultarla en ellos, pero necesitaba que quedase pegada a esos matorrales para que no fuese visible para nadie. ¡Me agobiaba! Tenía mucho que ganar y muy pocas posibilidades de conseguirlo. ¡Joder!

Los conductores de las furgonetas nunca eran los mismos, se iban turnando entre los hombres de Liam. Siempre dejaban las llaves puestas. Si algo se complicaba, era más fácil tenerlas controladas y salir pitando de donde estuviesen. Eso me facilitaba el poder coger una y salir

echando hostias cuando el alcohol se hubiese adueñado de la fiesta. Las vallas del recinto estarían cerradas con una cadena y candado, y si no era así, alguien estaría controlando la entrada y salida de coches. Tenía dos opciones, arroyar al gorila de la puerta o reventar la cadena al estilo película de acción. En ambos casos llamaría la atención y seguramente estaría muerto antes de que amaneciese.

Seguía sin tener un arma y eso me hacía sentir vulnerable frente a ellos. Mi plan solo me convertía en una presa fácil de cazar. ¡Joder!

No pude dormir en toda noche.

«Sigue tu camino, y por muchos obstáculos que te encuentres no pierdas de vista tu meta.»

«Sigue tu camino, y por muchos obstáculos que te encuentres no pierdas de vista tu meta.»

«Sigue tu camino, y por muchos obstáculos que te encuentres no pierdas de vista tu meta.»

Sentado, en silencio, observando cada movimiento que osaban hacer sin ni siquiera tratar de ocultarse.

Había vuelto a hacerlo, yo solo, sin que nadie me obligase ni ultrajase cada idea o decisión que había decido tomar. No. Yo solo me había metido en la boca del huracán, y por mucho que quisiese culpar a los demás, el único capullo era yo.

Lo habían preparado todo; un escenario perfecto para una tapadera jodidamente imperfecta. Me hicieron creer que era alguien, y ese alguien tan solo era yo.

Debería marcharme... lejos..., apartarme de toda esta mierda.

Nunca permitirán que me vaya...

Sin dudas ni arrepentimientos

Ella tenía asumido que no iba a salir de aquella cabaña con vida, aunque tampoco creo que quisiese seguir viviendo después de todo.

Me había pasado horas intentando averiguar cómo sacar la puta botella de su vagina sin dañarla, al menos más de lo que estaba. Tenía que hacerlo antes de que la absorbiese del todo, perdiendo su rastro y adelantando su muerte. ¡Para qué la quería yo con una botella en el coño!

Me fui al cobertizo y busqué entre las herramientas. Intentaba encontrar una especie de clavo, largo y duro, para ir rallando el cristal y que luego, al golpearlo, rompiese limpiamente. Si la botella reventaba dentro de ella, los daños podían ser irreversibles y tendría que matarla. Encontré unos cuantos de buen tamaño y un martillo.

Me acerqué a la cocina. El hedor a suciedad y adrenalina era insoportable. Cogí la botella de whisky y un vaso. Rellené la mitad con el licor y la otra mitad con agua, eché polvos de escopolamina y removí. La escopolamina no era complicada de encontrar si tenías algún contacto de esos que solo pueden follar si la chica está drogada.

Vi cómo me miraba, cómo observaba cada movimiento. Dejé lo que estaba haciendo y me acerqué a él para golpearle fuerte en esa cara que ya estaba cubierta de sangre seca. Cogí un cuchillo y pegué el filo a su cuello.

—No me mires, hijo de puta —le susurré al oído, apretando mis dientes—. Acabarás como él y esa puta— le dije.

Deslicé el cuchillo lentamente por su cuello y sentí la carne abrirse en una fina línea, dejando escapar el color rojizo de su interior. Pero no, ahora no. Él no.

Cogí el vaso, los clavos y el martillo, y le dejé allí.

Ella estaba despierta, atada y con las piernas abiertas. Su sexo dejaba ver el culo de la botella incrustada en ella. El ano ya no le sangraba, pero había que desinfectar las fisuras.

—Bébetelo. —Le elevé la cabeza y le acerqué el vaso a la boca. No se quejó—. Buena chica.

La escopolamina produce un efecto sedante hipnótico, bloqueando de forma inmediata el sistema nervioso. Durante dos horas, más o menos, se mantendría drogada, adormecida y con la voluntad totalmente anulada. Tiempo suficiente para jugar a cómo sacar la botella sin dañarla. Sus ojos se cerraron dejando escapar un suspiro y una lágrima.

Comencé a raspar el cristal. Rodeé toda la botella circularmente para, luego, poder arrancar ese trozo y que el aire entrase, lo que rompería el efecto ventoso que estaba destrozando su matriz. Suave y despacio, para no hacer cortes ni arañazos, con paciencia, intentando que no se escurriese de mi mano.

Me excitaba tanto ser dueño de su sexo, tener el control.

¿En qué me había convertido? En nada, siempre había sido un monstruo.

El cristal rompió por la línea y la botella salió. El cuello de la botella estaba manchado levemente con un poco de sangre, pero no me pareció nada grave. Calenté agua y la lavé, frotando los restos de sangre de su piel.

Cogí uno de los colchones que había en otra de las habitaciones y, empujando lentamente desde sus pies hacia arriba, se lo cambié. Lo mejor era quemar el otro fuera.

La cubrí con una manta para que no se quedase fría.

Necesitaba relajarme un rato, analizar el siguiente paso para llegar satisfecho al final del propósito, si es que había alguno.

Me senté fuera, observando cómo el fuego volvía a crecer engullendo el colchón y lo que quedaba del cuerpo.

Encendí un cigarro y respiré hondo.

Volví a recordarla, volví a sentir ese escalofrío que me producía pensarla, no porque me importase, sino porque ella, sin saberlo, fue el detonante de todo esto y para mí había sido una liberación. ¡A saber dónde estaba! Realmente nunca me importó que le había pasado. Suspiré de nuevo, gruñí, resoplé y analizando la situación, lo que realmente me había molestado es que las cosas no saliesen como yo las había preparado. Esa chica no me importaba una mierda, nadie me importaba una mierda, nunca nadie lo hizo.

Encendí otro cigarro y miré a la nada, perdido en mis pensamientos, intentando visualizar como iba a hacerle el mayor daño posible a esa zorra que yacía atada en un viejo y roído colchón de esa sucia granja.

Ellos debían morir por lo que habían hecho.

Ya nada importaba.

XI

30 de diciembre de 2012

—¡Vamos, vasco! Alegra esa cara reventada. Ya me han contado cómo te las traes —exclamó Liam al verme llegar con sus hombres a la granja—. ¡Venga, hombre! Un año lleno de satisfacciones se presenta ante nosotros.

Me agarró del hombro y nos sentamos en una de las mesas perfectamente colocadas para la fiesta. Era pronto, nadie había llegado. Solo algunas de las chicas quitaban los envoltorios a las bandejas de canapés, empanadas y frivolidades que parecían venir de algún horno cercano, y las colocaban en las mesas junto a la bebida. Guirnaldas colgaban de pared a pared y un cartel casero cubría la parte superior de una de esas paredes: «Happy New Year 2013», decía. ¿Ironía?

Liam abrió una botella de whisky y sirvió un par de tragos. Me lo bebí de golpe; Liam volvió a rellenarme el vaso con una de esas sonrisas suyas que se le dibujaban constantemente como un garabato indescifrable.

—No voy a ser parte de tu plan. No quiero ser parte de tu plan —espeté aclarando mi punto de vista con rotundidad.

—Hace tiempo que te convertiste en parte de todo esto, vasco. ¡No me jodas!

—¡No fue mi elección, tú me obligaste! —Tragué saliva—. No quiero esta mierda más tiempo, Liam. Llevo meses aquí sin saber por qué.

—¡Mataste a El Águila delante de mí!

—Sí, y a Richard según tú. Ese plan si le conozco —comenté a sabiendas de que sabría cómo me había enterado—. Soy tu puta marioneta. ¡Todos los somos! ¿Por qué me necesitas a mí?

Me miró tenso. Hizo una mueca de resignación y volvió a llenar los vasos.

—Te he estado salvando el culo todo este tiempo, vasco. —Se agitó en el sofá y volvió a dirigirse a mí—. Si no es por mí, estarías muerto, y para mantenerte con vida tuve que hacer un trato con ellos.

—¿Con quién, Liam? —Estaba perplejo. Me sentía agotado—. Resulta que ahora vas a estar de mi parte. ¡Esto es increíble!

—La gente de Richard quiere matarte.

—¡Yo no maté a Richard! —Me encaré agresivamente—. ¡Tú les has hecho creer eso!

Cerré mi puño dispuesto a reventarle la cara. Él hizo un gesto a sus hombres para que permaneciesen tranquilos.

—Sí, pero eso solo lo sabes tú y mis hombres. —Me senté de nuevo agitando la cabeza e intentando controlarme—. Esa gente es peligrosa y para apaciguar los ánimos solo tendrás que hacer una cosa.

Escuchaba sus palabras consternado.

—¿Qué cosa? Tiene que ver con el nuevo negocio con mi banda, ¿verdad? Exbanda —aclaré.

—Ellos traerán el material y tú...

—¿Una bomba?! —exclamé sin dejarle terminar. Me levanté y me eché las manos a la cabeza.

¡Cómo podía haber sido tan estúpido! Me senté de nuevo, acobardado—. ¿Quieres que monte una puta bomba?

—Así es. Hubiese preferido alguien más profesional, pero solo pude conseguirte a ti. —Le clavé la mirada por el tono jocoso y él la apartó, sonriendo—. Ya lo has hecho antes, vasco. No te será complicado.

—Hace veinte años.

—¡Hay cosas que no se olvidan! Te lo digo yo —expuso dándome un par de golpes en la espalda. Se dispuso a marcharse—. Hazlo y si no mueres, te largas.

—¿Para quién es? —indagué a sabiendas que quizá no recibiría respuesta.

—Gentuza, nadie que merezca la pena. —Se alejó varios pasos.

—¿Para quién, Liam? —reclamé apretando los puños y poniéndome de nuevo en pie.

—Deberías relajarte. Solo son un grupo de moteros asesinos, violadores, proxenetas... —Se giró y se acercó de nuevo a mí. Lucía tranquilo, escrutando mi tensión y estudiando cada gesto—. Son basura, vasco, como tú y como yo. Aprieta ese botón y mata esta vez a quien se lo merece de verdad, gente como tú y como yo —repitió clavando su dedo índice en mi pecho.

Se alejó hacia las bandejas de comida. Se giró un par de veces a mirarme. Yo me senté de nuevo en el sofá y me serví otro trago. ¿Y si se trataba de un trabajo rápido y tras hacerlo me podía largar? No dejaban de ser escoria. ¿Ves, Ekain? La gente no cambia tan fácilmente.

—Nos vemos en un rato, vasco —vociferó desde la puerta—. Esta noche es para divertirse, ¿de acuerdo? Fóllate a alguien, por favor. Disfruta. Ciara no tardará en llegar. —Me guiñó un ojo y se largó.

Esa botella de whisky no tenía pinta de que iba a durar demasiado, y con la mezcla de alcohol y falta de sueño, me quedé dormido hasta que me despertaron las voces de quienes iban llegando a la fiesta. La música se adueñó del lugar. La gente bailaba, brindaba, se felicitaba. Todo normal.

—¿Vas a estar ahí toda la noche? —me preguntó Enda. Hizo un gesto pidiendo permiso para sentarse. Asentí—. No parece estar disfrutando.

—Nunca lo he hecho desde que llegué aquí. ¿Por qué iba a hacerlo hoy?

—Eres un tío listo —comentó mirando a la gente pasárselo bien—. Sabrás cómo salir de esta.

Padraig entró al salón junto con los tres amigachos que casi siempre le acompañaban. Me sorprendió verle. Se fue directo a por Ciara. Hablaron un rato intentando disimular, pero la tensión entre ellos era evidente. Padraig le agarró con fuerza el brazo. Me levanté como un resorte y Enda volvió a sentarme a la fuerza tirando de mi cinturón.

—No hagas tonterías.

Ciara acataba con la cabeza gacha las palabras que Padraig escupía con agresividad, adornada en un disfraz de disimulo ante todos. Nadie se había realmente percatado de ello, excepto yo y Enda, que frenaba mis impulsos para no cometer una locura. ¡Odiaba a ese chico! La tentación de matarle se acrecentaba cada vez más.

No había cambiado. Todo el tiempo pensé que me había convertido en mejor persona y no era cierto. Seguía siendo ese chico lleno de odio que apretó el botón de esa bomba veinte años atrás. Las ideas habían cambiado, las motivaciones quizá también, pero se mantenía la rabia, el odio, las ganas de despuntar peleando por lo que dentro de mí se revolvía. Aunque la bestia estaba apaciguada y se escondía en una falsa imagen de arrepentimiento y tranquilidad, ¿realmente era así? No. La bestia despertaba junto a los instintos más salvajes y esa falta de empatía que exigía acabar con quien había perturbado mi sueño, mi descanso, mi mentira. Mónica no tenía razón,

estaba equivocada y no me supo ver. Esa imagen nueva de Ekain no existía. Tal vez por eso se fue, tal vez sabía que tarde o temprano la bestia volvería a despertar y sería difícil coger el sueño de nuevo cuando hay tanto a tu alrededor que te desvela. Solo nosotros gestamos nuestro destino, y ese destino con cada pieza, como un puzzle, determina nuestro final.

Me quedé sentado observando cómo Ciara y Padraig ocultaban algo a través de sus gestos. Ciara seguía con la cabeza gacha, Padraig parecía advertirla. Yo tan solo observaba. Liam se embriagaba de su séquito y ellos caían bajo el hechizo de sus falacias en la última, o primera noche del año. Yo seguía observando con cautela entre trago y trago.

XII

1 de enero de 2013

Las doce de la noche se convirtieron en una maraña de abrazos, besos, risas y buenos deseos en ese mar envenenado de Eire. Algunos salieron a la calle y lanzaron tiros al aire para mostrar su alegría mezclada con ebria hombría. Ellas reían como si hubiesen olvidado cuánta sangre habían limpiado bajo el olor de la lejía y el desinfectante, cuántas muertes habían presenciado convirtiéndolas en testigos a liquidar a la mínima duda de que pudiesen hablar..., o cuántas mamadas les habían obligado a realizar para entretenimiento de algunos. Marionetas ignorantes que celebraban un año nuevo sin ni siquiera pensar que podía ser el último. Alguna de esas balas perdidas podían llevar su nombre.

—No parece que tengas mucha intención de moverte, ¿verdad? —me preguntó Enda para asegurarse de que no me volvía a levantar—. No la cagues. Cuanto más desapercibido pases en las mierdas de los demás mejor saldrás parado.

—Ocultan algo.

—¿Y qué? Deberías haber aprendido que aquí, cuanto menos sepas, más posibilidades tienes de estar vivo. ¿No los ves? —Calló unos segundos y miró a cada persona que allí estaba—. Están borrachos. Se olvidan de quiénes son y se evaden de su mierda de vida.

—¿Acaso tu vida es mejor? —repliqué de mala gana y con cara de desagrado hacia él.

—No, Ekain, no es mejor, pero yo no la elegí, ella me encontró.

—No te equivoques, en nuestro caso, nosotros decidimos —repuse con enojo—. El problema viene cuando esta vida te hace sentir cómodo, fuerte y te crees que harás historia y que te recordarán durante décadas por lo que hiciste—. Enda me miraba con sonrisa mordaz—. Pero no es así, porque mierdas como nosotros hay cientos, miles en cualquier parte del mundo. No somos nadie para nadie. La vida no eligió esto para ti, fuiste tú quien decidió vivir esta mierda de vida. No eres nadie, Enda.

Agarré la botella con el poco whisky que quedaba y salí fuera a tomar el aire. El alcohol me empezaba a hacer mella y mi agresividad se agrandaba a grandes pasos. Sentía que mi cuerpo era un volcán a punto de erupcionar. La cabeza comenzaba a jugarme malas pasadas y las ideas que se agolpaban en ella me convencían de hacer cosas de las que seguramente me arrepentiría. ¡Joder! Necesitaba un arma. Me había prometido salir de allí y esa noche era el momento perfecto para hacerlo. Había conseguido meter la mochila tras lo matorrales y no me pareció que nadie me vigilase en ese momento, o sí. ¡A saber! Qué más daba ya. Lo más importante era salir de allí.

Caminaba hacia la salida, ignorando a cada persona que se cruzaba en mi camino. Bebí otro trago directamente de la botella. Tenía calor. Respiré hondo el gélido aire de la calle y me reconfortó. Las furgonetas estaban aparcadas cerca de la nave adyacente y ningún coche interfería en la salida. La verja estaba cerrada con candado y esa noche nadie vigilaba la puerta. Con el morro de una de esas furgonetas no sería difícil reventarlo. Apenas había gente fuera. Una pareja follaba encima del capó de uno de los coches. Ellos no serían un problema. Me bebí el último trago de la botella y me encendí un cigarro. Apenas se diferenciaba el humo del vaho que salía de

mi boca por el frío. Me daba igual.

Escuché el sonido de la moto. Vi cómo paraba frente a la verja. Supe que me había visto y no pude evitar ponerme nervioso. ¿Con qué intenciones volvía Darren a esa fiesta? Era impredecible... Se bajó de su «burra» y con agilidad abrió el candado. Liam no solía descuidarse de esa manera y esa noche todos sus hombres estaban ebrios y confiados. Darren volvió a subirse a la moto y la aparcó cerca del edificio principal donde todos estaban.

—Ni te muevas —me dijo cuando se disponía a entrar—; quédate donde estás.

—¿Qué vas a hacer, Darren? —indagué acercándome a él a paso rápido—. No entres ahí.

—¡He dicho que no te muevas!

—¡No, Darren! Si entras eres hombre muerto. Lárgate; hazme caso.

Entró sin pensárselo. Lo seguí sin saber su propósito. A medida que avanzaba por el salón la gente dejaba de bailar, beber y hablar y se volteaban a mirarle. Los hombres de Liam se preparaban para sacar sus armas y las mujeres ahogaban un grito de temor y lo escondían en sus rostros asustados. Liam, al fondo, aún no se había percatado de la presencia de Darren en su fiesta, no le esperaba. Y Padraig, en la misma mesa, miraba a Liam con gesto socarrón y de malicia.

Busqué a Ciara con la mirada, nervioso, sin tener claro que Darren podría hacerle daño. Estaba al final del salón, junto a la puerta de la cocina, sola y expectante, intentando pasar desapercibida.

Liam se levantó al darse cuenta de que su invitado sorpresa estaba detrás de él.

—¿Has venido? ¡Feliz año nuevo, amigo! —Liam le abrazó sin que Darren respondiera, ni física, ni verbalmente—. Siéntate con nosotros.

—No he venido a sentarme con vosotros, Liam, y lo sabes.

—Vamos, Darren, hoy no es día de negocios ni venganzas —comentó en un tono cordial para calmar los ánimos—. ¡Vamos! Mañana podéis hablar y arreglar todo este mal entendido.

—¡Levántate! —gritó Darren a Padraig, ignorando las palabras de Liam.

—¡Darren! —exclamó Liam.

—¡Levántate! —volvió a gritar a Padraig.

—Padraig no va a entrar en este juego —le explicó Liam—. Padraig, deja tu arma en la mesa.

Todo el salón estaba en silencio. Padraig se puso de pie, dudó en dejar su arma, pero Liam le instó a hacerlo con un gesto severo. La tensión se podía cortar, los músculos llegaban a su máxima rigidez y la adrenalina se podía oler, palpar, sentir, arañar.

—¿Ves? —le dijo Liam a Darren dándole un par de palmadas en la espalda. Seguidamente, cogió el arma de Padraig y la alejó de su dueño—. Ya está.

Darren sacó su arma y apuntó a la cabeza de Padraig. El disparo resonó ensordeciendo los gritos y lamentos de quienes estaban allí y sigilosamente trataban de huir. Yo, en dirección contraria al resto, quería llegar a Ciara para poder sacarla y seguir con mi plan de huida. El desconcierto me ayudaría a que se olvidaran de nosotros durante un buen rato. Los aspavientos de Liam parecían exagerados junto a la inmóvil y pasiva actitud de Darren.

¡Vamos, vamos, vamos! Sabía que podía conseguirlo y no iba a dejar de intentar sacar a Ciara de allí.

Otro disparo acrecentó la turbación de la gente. Paré en seco. La mirada de Ciara mostraba pavor y, sin pensármelo dos veces, la agarré de la mano y tiré de ella hacia la puerta de salida.

Liam gritaba en el suelo y Darren, agachado junto a él, le apuntaba con su pistola a la sien.

—¡Si os acercáis le mato! ¡Juro que le mato! —Nadie se movía.

Liam había recibido un tiro en el pie y gritaba dando órdenes a sus hombres, tres, para que no hiciesen ninguna estupidez. Su vida dependía de alguien a quien no le importaba morir.

—¡Hijo de puta! Te he dado la oportunidad de dejarlo estar. ¡Joder, Darren!

—¡Cállate! ¿Dónde está esa zorra? Dame a esa puta y me largo de aquí.

Ciara y yo salíamos del salón intentando desaparecer entre los gritos y empujones de la gente que también huía de la fiesta.

Darren no pararía hasta encontrarla.

XIII

—Date prisa. ¡Corre! —Tiraba del brazo de Ciara—. ¡A la furgoneta!

—¿Dónde te crees que vas, Ekain?

Pude sentir en cañón de la pistola con la que Enda me apuntaba. Me giré despacio, mostrando mis manos. Ciara ya estaba sentada en el asiento del copiloto y nos observaba sin determinar cuál iba a ser el final de esa historia.

—Deja que nos vayamos. Sabes que Darren la matará si no la saco de aquí.

Me miró sin gesto alguno y bajó el arma despacio. Parecía estar pensándose qué hacer con nosotros.

—Nunca podrás pagar todos tus pecados —argumentó con media sonrisa—, pero no se puede negar que eres un buen tío. ¿A quién quieres engañar, Ekain?

—Apártate, Enda —contesté—. Tú tampoco quieres que la maten.

—¿Arriesgas tu vida por alguien que te daría la espalda a la primera de cambio?

—No voy a dejar que la maten —le dije convencido—; no mientras pueda evitarlo.

Tres disparos volvieron a hacer temblar la noche. Limpios, medidos, controlados, rotundos. Ya no quedaba nadie fuera a parte de nosotros. Por unos segundos nos agachamos por acto reflejo. Enda corrió para ocultarse en una de las paredes laterales a la puerta; yo aproveché para subirme a la furgoneta. ¡Mierda! Estaba nervioso. Arranqué y pisé el acelerador. Vi cómo Enda se mantenía oculto mientras Darren, que empujaba a un Liam que apenas podía andar, salía de la casa apuntándole con el arma. Miré por el retrovisor y me percaté de que Darren ya se había dado cuenta de que me llevaba a Ciara conmigo.

Ciara permanecía en silencio.

No aminoré la velocidad, la furgoneta saltaba con cada bache en los caminos de tierra, en los tramos de carretera mal asfaltada, en cada curva. Tierras y más tierras, granjas y más granjas... Una nube de humo llamó nuestra atención. A medida que nos acercábamos las llamas tomaban protagonismo y engullían los tres edificios que eran parte de una granja grande.

Ciara se echó las manos a la cara y sollozó con pesar. Paré la furgoneta en el camino para intentar entender algo más de lo que estaba pasando, una explicación, algo que me mostrase que lo que estaba haciendo merecía la pena para arriesgar mi vida.

—¿Qué ocurre, Ciara? ¿De quién es la granja? —Su sollozo se había convertido en llanto—. ¿De quién, Ciara? ¡Contéstame, joder!

—¡De Padraig! —gritó para segundos después continuar con su lamento.

—¿Y qué? ¡No entiendo por qué te afecta tanto! —Estaba confundido—. Padraig ha muerto en la granja de Liam. ¡Qué le den a su granja!

—¡No lo entiendes, Ekain! ¡Su madre estaba dentro! ¡Y su hermana! —me gritó preocupada. Miró hacia la granja y se perdió entre las llamas—. Es solo una niña... —susurró.

Volví a arrancar la furgoneta en un impulso. La nube de humo nos envolvió por completo. La visibilidad era nula y respirar se hacía complicado. Me bajé cubriéndome la nariz y la boca, miré alrededor y no logré ver nada. Sabía que no podíamos estar allí más tiempo y la idea de entrar para encontrar a alguien con vida se disipaba como la falta de aire. Volví a la furgoneta y conduje

marcha atrás intentando no salirme del camino por el que habíamos llegado.

—Tenemos que largarnos de aquí, Ciara —balbuceé intentando recuperar el aire. Ella simplemente asintió—. ¿Dónde está Tara? La recogemos y nos vamos.

—Con mis padres, en una granja al otro lado de Coldmanbridge —respondió desconcertada por mi reacción. Debía haber sabido que no había forma de poder entrar en esa granja.

—¿Y Julia? Tú sabes dónde está, ¿verdad? —Agachó la mirada—. Ciara, necesito saber la verdad. Julia estaba bien cuando se fue contigo. —Era incapaz de mirarme; a cada instante me sentía más intranquilo. Le agarré la mano, pero tampoco me miró—. Ciara, ¿qué has hecho? —le pregunté sin estar seguro de querer saber la respuesta.

—Seguir con vida, Ekain. Era su vida o la mía —farfulló sin levantar la cabeza.

Frené en seco.

Me eché las manos a la cabeza confirmando lo que ya intuía. Insistí en que me contase lo que había pasado. Sacarle las palabras era complicado, se escondía en sí misma y su armadura no me dejaba llegar a ese corazón de piedra, para intentar tallarle lentamente, para romperle la coraza que se había creado alrededor y que no le permitía sentir desde hacía mucho tiempo. Ciara no confiaba en mí. Ciara no confiaba en nadie.

Conseguí atar la historia y darle un poco de sentido. Darren se llevó a Julia en la moto y la dejó en la granja de los padres de Ciara mientras estos seguían en la cena familiar que Liam había organizado. Ciara acudiría allí, para ayudarla y protegerla hasta que él volviese con su petate y poder largarse sin que Padraig la encontrase. El plan no salió como esperaba. Ciara volvió con Padraig y este se llevó a Julia de allí. Un campo, una granja en ruinas, una zona boscosa, ... quién sabe cómo y dónde se encontraba el cuerpo sin vida de una chica inocente. ¿No quiero ni pensar lo que Padraig pudo hacerla antes de morir! ¿Por qué? ¿Por qué no le hizo caso? ¿No se puso la ropa adecuada para él? ¿Sonrió de más? ¿Quizá de menos? ¿Se quejó? Ahora ya estaba muerta y enterrada, ahora ya daba igual el porqué.

—¿Cómo has podido permitir algo así? —Golpeé el volante con rabia, malogrado e impotente—. ¡Julia no había hecho nada!

—¡Entonces qué no hubiese venido aquí!

—¡Cómo puedes decir eso! ¡Nadie merece morir así! —le grité agresivamente y le cogí el brazo con fuerza.

—Es lo que ocurre cuando te metes en la boca del lobo, Ekain — me dijo en tono arrogante y soltándose de mí.

—¡No había hecho nada! Ciara... ¿Por qué?

—¡Tampoco la gente que tú mataste! —exclamó fuera de sí. Respiraba agitada apretando los labios—. ¿Quién te crees que eres? Eres un asesino como todos nosotros, por mucho que reniegues de lo que hiciste. Un terrorista, un asesino, alguien despreciable. La vida no borra tu pasado. ¡Hagas lo que hagas no lo podrás borrar, Ekain!

No le contesté durante varios minutos. Ahora era yo el que no podía mirarla. Sentía asco, furia, rencor, odio...

—Vámonos de aquí —acerté a decirle controlando mis impulsos—. Te dejaré donde quieras, a ti y a Tara. Haz lo que quieras con tu puta vida de mierda. —Apartó su mirada de la mía con un gesto frío y distante—. Yo intentaré enmendar la mía.

—Eso se llama huir. No voy a irme de aquí.

Tampoco le contesté.

Arranqué de nuevo y giré como pude en el camino. Volver hacia Coldmanbridge era un riesgo

que no podía correr.

—Te dejaré en la próxima salida. —Se mostró indiferente a mis palabras—. No me arriesgaré por ti.

Llegamos a uno de los cruces; estaba dispuesto a dejarla en el camino para yo poder seguir el mío. De repente, por sorpresa, unas luces me cegaron, no sabía de dónde provenían, pero estaban muy cerca. El golpe fue brutal. No sé exactamente dónde colisionó, si en la parte lateral o en la parte trasera de la furgoneta, pero nuestros cuerpos fueron muñecos de plastilina impactando contra el *airbag*.

No recuerdo nada más...

Cuando desperté, aún aturdido, me encontraba en el suelo boca abajo, atado de pies y manos. Liam se encontraba junto a mí; no respondía, pero respiraba. No había rastro de Ciara. Miré alrededor para intentar reconocer el lugar. ¿Otra granja, quizá? Era vieja, parecía abandonada y olía a humedad y basura. Estiré el cuello para intentar ver algo. Llamé a Liam varias veces, pero no me respondió. No sé cuánto tiempo estuve sin sentido, me dolía la cabeza y me sentía mareado; mi visión era borrosa y me costaba mantenerme despierto. Frente a mí solo había una montaña de estiércol cubierta por una lona; a su lado, cajas de madera rotas. A mi derecha, la entrada, una vieja puerta medio rota que no parecía muy segura. Y a mi izquierda, vi una de las furgonetas negras con el parachoques y el morro dañados. Estaba claro que no era la que nosotros habíamos cogido, por lo que deduje que esa nos había embestido y que seguramente fuese Darren quién estaba detrás de todo. ¡Puto loco!

Liam se quejó. Intenté que recobrar el conocimiento, pero no me podía mover. Una bota impactó en su cara dejándole inconsciente de nuevo.

Cerré los ojos esperando recibir el mismo golpe al ver esas botas acercándose a mí.

XIV

—Tranquilo, Ekain. Pretendo que seas testigo de todo lo que ocurra aquí.

Darren se llevó a Liam a rastras. Comenzaba a amanecer.

Apenas sentía las manos; la sangre no fluía por la presión de las ataduras y estaban adormecidas. Estaba agotado. El rostro me quemaba, escocía y deduje que era por el roce del *airbag* en mi piel. ¿Cómo estaba Ciara? ¿Dónde? Viva o muerta, pero ¿dónde?

El tiempo pasaba y yo seguía allí, tirado en el suelo. Tenía frío; la adrenalina ya había menguado y se había convertido en cansancio y desazón. Demasiado diferente a como había imaginado mi vida meses atrás, una vida normal, una vida sencilla. No podía más, me sentía derrotado.

Toda mi vida pasó por mi cabeza como en una película; cada escena se exhibía frente a mí como una especie de tortura personal. Imagen tras imagen iba pasando por cada etapa, por cada recuerdo que, para bien o para mal, se habían quedado grabados en mi mente. Recordé mi niñez creciendo en ese pueblo vasco, donde cada día me despertaba rodeado de montes, campos y bosques; los chapuzones en el pequeño riachuelo, donde el agua nunca se templaba, y las casas de piedra gris con sus balconadas de madera. Recordé el frío del invierno, el dorado del otoño, saltando entre hojas caducas, y las risas de la primavera o el verano, montados en nuestras bicicletas, con las rodillas en carne viva por las caídas, o recogiendo moras y manchando nuestras camisetas con su jugo. Me acordé de la satisfacción que tenía mi padre cuando arreglamos la vieja bici. ¡Qué orgulloso estaba mi *aita*! Mi hermano la había reventado en una salida que acabó en el hospital, una buena bronca, seis meses en casa con una escayola en la pierna y la bicicleta echa un acordeón. ¡Para haberse matado!

La adolescencia fue diferente. Los amigos influían y las conversaciones siempre derivaban en si apoyabas o no la independencia de Euskadi. Comenzábamos a tontear, sin darnos cuenta, con la política, a la vez que las hormonas moldeaban nuestra rabia e inseguridad. Muchos se fueron del pueblo con sus familias por miedo, otros obligados para poder pasar desapercibidos y no tener que pagar a una banda que, según ellos, les extorsionaba al igual que a sus empresas, por el bien del pueblo vasco. Algunos simplemente prefirieron renunciar a su vida allí para evitar conflictos y se fueron sin hacer ruido; no querían ser parte de lo que allí ocurría. El resto nos quedamos. Esa etapa fue como un virus que nos contagiaba lentamente hasta controlarnos como insensatos e ilusos. El día que menos te lo esperabas llegaba alguien y te decía que tú podías cambiar la situación de un pueblo, que nadie tenía derecho a acallar la voz de nadie y que luchar es una honra y te convierte en un hombre de verdad. El resto no hace falta ni contarlos... Armas, muertes, lucha, condena, mentiras y más mentiras rodeadas de un aura de violencia sin unas ideas claras ni reales.

Sé que esa tarde de febrero de mil novecientos noventa y dos cambió mi vida para siempre, la mía y la de esas familias que se quedaron sin su hijo, sin unos padres, sin un futuro marido, tíos, primos, porque yo les robé la suya. También sé que durante años pensé que podía cambiar y rehacerme como persona, pero todo lo bueno que me acontecía se disipaba rápidamente y me acorralaba de nuevo en la oscuridad. He visto tanta muerte alrededor que ya no me sorprende, no me afecta. ¡Tanta muerte! He perdido tanto y ganado tan poco por mi estupidez...

El destino... Quizá sí esté escrita nuestra vida y no sea posible cambiarla por mucho que lo intentemos.

Zuri, Olga, ¿qué será de ellos? Pantxo, El Águila, Richard Choff, esos chicos de la taberna que perdieron su vida por no acabar con la mía, Padraig, Julia... ¿Se habrían planteado alguna vez cuál era su destino? ¿Lo hubiesen podido cambiar? ¿Y Liam? su destino ahora solo dependía de Darren. Nunca lo hubiese imaginado. Nuestra vida es como una ruleta rusa, vas jugando, esquivando los ataques hasta que esa bala sentencia tu camino sin poderlo evitar, aunque te resistas. No somos más que balas perdidas. ¿Elegidas al azar? No lo creo.

«Sigue tu camino, y por muchos obstáculos que te encuentres no pierdas de vista tu meta.»

Mónica no tenía razón. A veces no dependía de uno mismo.

Súbitamente, sentí mis piernas libres de ataduras. Estaba aturdido, probablemente a causa de la hipotermia.

—Levántate —me dijo Darren tirando de mí hacia arriba—. Si no pones de tu parte tendré que arrastrarte como a tu amigo.

—¿Dónde está? ¿Y Ciara? —pregunté intentando mantenerme en pie y no caer.

—Tranquilo, están dentro. Ahora los verás —comentó en un tono apacible y tranquilo. Me tenía confuso—. Ya te he dicho que no quería que te perdieses nada, pero mi impaciencia me ha jugado una mala pasada.

—¿Qué? No te entiendo, Darren —farfullé sin fuerzas.

—Entra; debes de estar helado —respondió ajeno a mis palabras.

Cruzamos la puerta. La granja era un desastre; paredes rotas y comidas por la humedad y la suciedad. El techo no parecía muy estable y algún agujero dejaba pasar la tenue luz del sol de la mañana. El hedor era nauseabundo.

Caminaba despacio, y Darren aguantaba prácticamente todo mi peso. Llegamos a lo que parecía el salón. Estaba prácticamente vacío. Una cama, una vieja mesa con un par de sillas y una chimenea de piedra ya encendida eran todo lo que había. Ciara estaba tumbada, atada y amordazada sobre la cama. A sus pies, el cuerpo de Liam cubierto de sangre. Ni siquiera me sobresalté; lo miré sin sentimiento alguno, me sentí liberado.

—No pude esperarte —me dijo Darren elevando los hombros—. Lo siento.

Le miré extrañado. Me era imposible adivinar sus intenciones.

Seguimos andando hasta una habitación adyacente, la cocina. Me ató a una silla y volvió a ponerme la brida en los tobillos. La cocina estaba igual o más sucia que el resto de la casa, la ventana rota y el frío anegaba cada esquina. Vi un par de botellas de whisky, un *pack* de botellines de cerveza, una caja de pastillas, sopas de sobre, algún paquete de patatas fritas y chocolate en uno de los armarios de los que colgaban las puertas sujetadas por unas bisagras oxidadas. El lugar era deprimente, un sitio horrible para morir.

Seguía teniendo mucho frío...

En los siguientes dos días escuché cómo Darren violaba continuamente a Ciara. Escuchaba los gemidos de él y los sollozos de ella. Le gritaba, abofeteaba, abusaba y la alimentaba y lavaba para mantenerla con vida. Él me lo contaba satisfecho y su disfrute se agrandaba a medida que ella sufría más y más.

El primer día, mientras preparaba un par de sopas de sobre en una vieja cazuela y una hoguera improvisada, me contó cómo no pudo evitar matar a Liam. Se volvió a disculpar ante mí, ya que, según él, yo debía estar presente en la muerte de ese hijo de puta sin escrúpulos.

—No pude evitarlo, Ekain —me contaba revolviendo los polvos en el agua hirviendo—. Comenzó a atacarme, me dijo que no era nadie, que era un cobarde. ¡Yo! ¡Un cobarde, me decía! ¿Te lo puedes creer? —Yo le escuchaba atónito y él revolvió con más rapidez la sopa. A cada segundo se cabreaba más y más, contando su historia—. Tenía que morir; lo entiendes, ¿verdad? Se rieron de mí y eso no lo iba a tolerar. No sé cuántas veces le embestí con ese cuchillo. ¡No podía parar!

—Puedo llegar a entenderte, Darren —balbuceé sin apenas fuerzas e intentando empatizar con él—, pero ¿y Ciara? Déjala ¿Para qué te sirve ella?

—¡Esa puta me mintió y no cuidó de la chica! —exclamó—. ¡Que se joda!

—Esa chica es solo tu excusa, y lo sabes. —Me miró sin contestar. Se levantó con la vieja cazuela y la posó en la mesa de madera. Esa sopa no olía nada mal—. Ya has matado a Liam, a Padraig, ¡al resto de sus hombres, Darren!

—Y aún queda ella —espetó cabreado—, y ella sufrirá por lo que ha hecho.

Decidí no seguir hablando y ser prudente para no cabrearle más. Darren me asustaba, seguía sin saber de lo que podía ser capaz. Tampoco sabía cuál era su plan para mí.

Matar, violar, torturar...

—Le daré la sopa y volveré para darte un poco. Te reconfortará, hace frío —comentó tranquilo—. No puedo dejar que mi invitado no coma nada durante su estancia. —Sonrió mordaz.

Cogió un botellín de cerveza y se fue.

Un rato después me sobresaltaron sus gritos. Escuché los sollozos ahogados de Ciara. Un golpe, silencio. Deduje que la violó de nuevo; esta vez Ciara gritó. Cerré los ojos, intenté desatarme, pero me fue imposible. ¡La impotencia de no poder hacer nada me poseía! ¡Joder! ¡Joder! Esto tenía que terminar y rogué a quién sabe qué que todo terminase pronto.

Volvió enfadado. No habló. Mezcló agua con el whisky y vació el polvo de una de las pastillas en la mezcla. El clavo largo y el martillo que dejó en la mesa; me erizaron la piel. Me miró, miró las herramientas y volvió a mirarme sin mediar palabra. Lo cogió todo y se marchó de nuevo.

¿Cuánto tiempo más tenía pensado alargar esta pesadilla?

Nunca me tomé esa sopa que se enfriaba frente a mí.

La decisión final

Pasé otra noche más arropado por el frío, la oscuridad y la soledad.

Darren no había vuelto a hablar conmigo y yo no duraría mucho más en esas condiciones.

Le vi moverse nervioso por la granja, bebiendo sin control. No había vuelto a escuchar a Ciara, pero no me atrevía a preguntar. Apenas podía hablar ni mantener mis ojos abiertos.

—Bebe —me dijo despertándome de mi pesadilla—. Bebe.

El agua se me escapaba de la comisura de los labios. La sentía correr por mis entrañas y pensé que, si seguía bebiendo, solo sería una forma de alargar mi agonía. Me aparté para coger aire y Darren no insistió en darme más.

Cortó mis bridas, las de las manos y las de los tobillos. Mi piel estaba amoratada, mis dedos hinchados por la presión. Abrí y cerré las manos varias veces, pero la falta de fuerza y dolor me hicieron parar. Levanté la cabeza y le miré. Estaba de pie junto a mí, callado, pensativo. Tras unos segundos, se agachó. Puso mi brazo sobre sus hombros y me levantó. Mis piernas temblaban y prácticamente tuvo que arrastrarme; no era capaz de dar dos pasos seguidos sin flaquear.

Me llevó al salón y me sentó en una de las viejas sillas. Sobre la mesa había una pistola y la botella de whisky casi vacía. Se percató de mi observación y cogió la pistola con calma. La puso entre su espalda y el pantalón. Me acercó la botella y asintió dándome permiso para beber. Agarré la botella con ambas manos y no dudé en dar un buen trago. No sabía lo que iba a pasar allí, pero fuese lo que fuese quería estar ebrio para evadirme de ello.

Se acercó a Ciara y la desató. Estaba semidesnuda, se la veía aturdida y extenuada. Al ponerla de pie, se quejó, y al ir a caminar apoyada en Darren, las lágrimas emergieron de sus ojos hinchados y amoratados. La mano temblorosa intentó desestimarlas de su rostro, pero las lágrimas no paraban de brotar. Darren la sentó junto a mí, en la otra silla.

No me atreví a hablarla y ella ni siquiera me miró.

Bebí otro trago de whisky y respiré profundo.

Darren caminaba tranquilo por el salón, concentrado. Parecía meditar todas las opciones de una intención que tan solo él conocía.

—¿Qué vas a hacer con nosotros, Darren? —pregunté con voz débil para acabar con la incertidumbre y ponerle un punto y final a toda esa historia. Ciara me miró asustada—. Debes parar esto de una vez, ya es suficiente.

—¡Calla! ¡Solo uno de vosotros saldrá con vida de aquí! —exclamó apuntándonos con el arma—. ¡De vosotros depende!

—Darren, deja que ella se vaya —le pedí—; quédate conmigo.

—Quiero ver a mi hija, por favor —le suplicó Ciara ahogada en su congoja—. Por favor, Darren, ¡por favor! —se lamentó.

—¡Cállate la puta boca! —le gritó posicionando el arma entre sus tetas.

—Vamos, Darren, déjala —insistí manteniendo la calma.

—Por favor..., mi hija..., por favor.

—¡He dicho que te calles! ¿No te das cuenta, Ekain? —Dio un paso atrás y se puso de cuclillas frente a mí—. Tú intentas salvarla y a ella tú no le importas nada.

—Yo ya no tengo nada que perder —respondí mirándole fijamente a los ojos—. Tara necesita una madre.

—¡Vamos! —espetó poniéndose de nuevo de pie—. Esa niña no necesita a esta puta a su lado. Necesita otra vida, otra familia.

—¡No! —exclamó Ciara. Darren se levantó—. ¡Es mi hija! Déjame volver con ella, yo la cuidaré —imploraba. Se puso de rodillas frente a él y Darren la miró con desprecio—. Te lo prometo..., por favor.

—Escúchame... —le repliqué.

—¡No! Ya no hay tiempo para escuchar, Ekain.

—Darren, te lo suplico. —Lloraba Ciara—. Deja que me vaya y no contaré nada.

—¿Contar? ¿Qué les podrías contar, Ciara? —Darren se acercó a ella y se puso de nuevo a su altura—. ¿Que nadie más que tú eras la que mantenías a Ekain controlado por orden de Liam para que no se fuese? ¿Que fuiste tú quién mató a Julia aunque no la tocases? ¡Sabías perfectamente que, cuando Ekain hiciese esa bomba, Liam le mataría! Solo tenías que mantenerle ocupado y darle pena con tus falacias.

No me podía creer lo que Darren estaba diciendo. Ciara me miró y seguidamente agachó la mirada. No era mentira.

—No diré nada sobre ti —le respondió Ciara fríamente—; de lo que me has hecho. Nadie vendrá a buscarte, ¡lo juro!

—¿Por tu hija me lo juras? —Se rio y le puso la pistola en la cabeza—. Vamos a ver cómo son tus juramentos. Siéntate —le ordenó.

Ciara se sentó de nuevo en la silla. Darren se acercó y le apuntó con la pistola a su sexo.

—¡Darren, basta ya! —le grité.

Se limitó a mirarme y continuó con juego.

—Te lo juro... —seguía repitiendo Ciara aterrada—, no diré nada.

Darren apretó el gatillo.

—¡Nooo! —grité fuera de mí.

Me puse en pie como pude echándome las manos a la cabeza y caí de rodillas junto a Darren que miraba la escena imperturbable.

El cuerpo de Ciara calló de la silla aun con vida. Nos miraba agonizando. Ya no había lágrimas en sus ojos y lentamente se perdían en la nada. No fui capaz de reaccionar. La miramos durante minutos mientras perecía.

Un disparo en la cabeza acalló su último aliento.

No le tembló la mano, no dudó. Arrancó la vida de Ciara sin remordimientos. La condenó a sufrir, a morir por ser como él. Darren llevaba mucho tiempo condenado. Ambos habían jugado en el mismo bando y habían sabido esquivar los golpes de una rancia realidad.

Darren bebió el último trago de Whisky y se sentó en el suelo junto a mí. Ambos veíamos crecer lentamente el charco de sangre que rodeaba a Ciara. No me quedaban palabras que decir, ni suplicas ni reproches, tan solo me invadía un halo de decepción y la sensación de estar siempre en el lugar equivocado.

—Ahora ya ha terminado —me dijo sin dejar de mirar el cadáver—. Ahora sí.

—No, Darren —alegué—. Este mundo está lleno de gente como nosotros. Nada se ha acabado.

—Para mí, sí —respondió.

Colocó la pistola en su boca y con la mirada perdida, se suicidó frente a mí.

“¡Solo uno de vosotros saldrá con vida de aquí!”, nos había dicho.

Y así fue.

Finalmente, heridos y extenuados, se habían matado entre ellos. La situación les superó...

Hipócritas, ignorantes, insensibles, se habían acostumbrado a vivir al límite sin darse cuenta de que el tiempo corría en su contra y esas balas que reventaron sus cabezas, llevaban su nombre escrito hacía mucho tiempo.

Darren siempre tuvo claro lo que iba a suceder en esa sucia y derruida granja.

La luz del sol me cegó al salir allí.

Epílogo

Puerto de Dublín, Febrero de 2013

Habían pasado algo más de dos meses desde que Enda me recogió tirado en uno de los caminos a las afueras de Coldmanbridge. Era el único de los hombres de Liam que quedaba con vida.

Le conté todo lo que había pasado.

—Ya está todo arreglado —me dijo—, ahora solo quedan sus cenizas.

El fuego podía engullir cualquier resquicio de lo que había pasado allí y supuse que de esa vieja granja, solo quedó el recuerdo y el resto, fue devorado por la llamas.

Enda ató todos los cabos sueltos. Juntó a varios de los chicos, que sin hacer preguntas le convirtieron en el nuevo líder.

Padraig, supuestamente murió en el trágico incendio de la granja familiar junto a varios de sus amigos, su madre y su hermana. Mover los cuerpos de los hombres Liam, fue lo más desagradable de todo, me contó Enda. Darren simplemente se fue, nadie le echaría de menos. Su moto, a piezas, yace en un desguace cercano. Liam y Ciara se fueron de Coldmanbridge para no volver. Dejaron una carta a sus familias donde explicaban la necesidad de vivir su historia lejos de allí :

“Hay veces que la necesidad de saltar al vacío te oprime el pecho de tal manera que retrasarlo sería un error fatal. Volveremos pronto. Solo necesitamos ese tiempo que nos permita ser libres alejados de aquí. Aire fresco para respirar. Cuidad de Tara, y decidla, que aunque tarde en volver, lo haré para poder abrazarla de nuevo. Por muy lejos que esté, siempre será lo más importante de mi vida. A veces las decisiones duras, se hacen por necesidad.

Ciara”

Una bonita manera de adornar la vida de ambos mientras, parte de sus cenizas habrían ondeado el cielo de Coldmanbridge y servido como abono a esas tierras verdes e infinitas que durante tanto tiempo ocultaron sus secretos y mentiras.

Yo me fui sin decir nada, no hubo ningún intento de mirar atrás. Un nuevo nombre en un pasaporte sobre la cama del apartamento que, junto una buena cantidad de dinero me daban la oportunidad de comenzar de nuevo. Sin preguntas ni explicaciones. Ese autobús me alejaba de Coldmanbridge enterrando todos esos meses de incertidumbre y borrándome como un garabato dibujado a lápiz en un arrugado papel.

Ekain Alzaga murió en ese pequeño y envenenado lugar.

Hoy hace poco más de veintiún años que tomé una decisión que, no solo cambio mi vida, si no la de muchos a los que, sin ellos quererlo, hice partícipe de mi error. Hoy doy la espalda a ese pasado y borro de mi memoria a todos y cada uno que han sido parte de él.

Lo siento, lo siento de verdad.

No quiero olvidar porque no me arrepienta, quiero olvidar porque, necesito aniquilar a la persona que fue capaz de hacer tanto daño al tomar una decisión tan tremebunda y estúpida.

Aquí nadie sabe quien fui, tan solo quien soy.

Las sirenas de los barcos, las grandes grúas del puerto y el agua salada chocando contra el malecón serán los únicos testigos de mi adiós; los únicos que verán como arrojo mis recuerdos al mar y orgulloso miro al horizonte sin esa mochila que ya no me dejaba caminar.

“Sigue tu camino, y por muchos obstáculos que te encuentres no pierdas de vista tu meta”

Mi nuevo yo.

—¡Hey! ¡Miguel! —escuché a mi espalda— ¡Miguel!

Me giré despacio. No era fácil acostumbrarse a un nuevo nombre, a una nueva vida.

—¡Hey! —respondí elevando mi mano a modo saludo.

—Los chicos y yo nos vamos a tomar unas cervezas al pub ¿Te apuntas?

—Claro —respondí. Miré de nuevo la espuma del mar rompiendo en la roca ennegrecida—
Me vendrán bien unas cervezas.

No lo haríamos muy largo, supuse. Al día siguiente tocaba turno de mañana y varios barcos llegaban al puerto listos para descargarlos.

Esta vez Miguel, tan solo descargaba unos contenedores ignorante de su contenido y destino.

Un trabajo normal.

Una vida normal.

Un tipo, simplemente normal.

NOTAS

y

AGRADECIMIENTOS

Me alegra mucho que tú, lector, hayas llegado hasta aquí, a sabiendas que la historia que acabas de leer no es una historia fácil. Para nosotros los escritores, jugar con la realidad y la ficción es algo que hacemos muy a menudo y que, en ocasiones, nos da esa libertad para poder adornar a nuestro antojo cualquier escena o a cualquier personaje. En esta novela, la realidad supera la ficción y aunque los nombres personales hayan sido modificados o los lugares no hayan sido mencionados con su verdadero nombre, son reales al igual que la gran mayoría de los hechos. El atentado que abre la novela no ha sido modificado en cuanto a cómo fue y tampoco he omitido el lugar donde ocurrió, los datos son los reales, tal y como lo habéis leído.

Ese miércoles 19 de febrero de 1992, yo tenía quince años y estaba en la calle esperando a entrar en clase de inglés. Nunca he podido olvidar el estruendo y el temblor que generó esa explosión tan cercana. Las alarmas de varios locales saltaron, la gente corría confusa, gritaban, se escuchaban muchísimas sirenas de policía, más tarde de ambulancias y una columna de humo marcaba el lugar exacto de la tragedia: mi barrio, La Albericia, un barrio a las afueras de Santander. Tres vecinos murieron esa tarde y hubo numerosos heridos. Ese pequeño barrio quedó consternado.

Solo espero haber podido hacer un pequeño homenaje, con muchísima humildad y muchísimo cariño, a esas y todas las víctimas inocentes que murieron por unas ideas estúpidas a manos de unos desalmados que nos han mantenido durante años sumidos en el miedo.

Dar vida al personaje principal me ha resultado una tarea ardua y a la vez se convirtió en todo un reto, y en ocasiones, frustrante. Dar vida a un terrorista e intentar humanizarle no es tarea fácil...¿Cómo poder darle esa oportunidad a un asesino? ¿Cómo hacer entender a la gente que ese hombre tenía un pasado, una familia, sentimientos e incluso sueños?¿Cómo defenderle? Y sobre todo ¿Cómo hacer que ese personaje pudiese ser participe en cada acontecimiento del libro? Finalmente, lo hice creando un personaje que pudiese ser muchos, es decir, jugar con él y hacerle participe de cada situación que relato, donde la mayoría, como os he comentado, están inspiradas en hechos reales.

En esta novela, aunque las mujeres tengan una gran importancia en la historia, todas ellas aparecen en una especie de segundo plano.

¡Ha sido todo un reto para mí poder escribir este libro!

No he querido dar lecciones de historia, ni política, tan solo crear una historia atractiva y crítica a través de una serie de situaciones reales. Y por supuesto, dejar totalmente claro mi rechazo al radicalismo de cualquier tipo y a la violencia. Nada puede justificar que muera gente inocente a manos de unos ideales.

Ha sido un proceso largo donde, lo principal para mí era estar totalmente satisfecha con la historia y así poder trasmitirla con cariño y plena seguridad.

Me gustaría agradecer el apoyo y la confianza a Sarah Wall, Katy Molina, ambas escritoras y Magda Jiménez Guerra, promotora literaria, por haberme leído y darme su opinión cuando las

dudas se abrían paso. Compañeras, pero sobre todo amigas.

Agradezco a Luisa Ferro, escritora, por ayudarme, apoyarme y guiarme con su profesionalidad. Las críticas bien hechas nos ayudan a aprender y gracias a ella mi aprendizaje crece con cada novela.

Agradezco a mi hermana, María, a mi amiga, Ana Ruiz y a mi marido, Dani por ser mis lectores cero, darme también su opinión sincera y hacerme sentir su emoción al leerme.

A mis hijos, Lucía y Darío, por tener esa paciencia mientras escribía, me documentaba, o me evadía, perdiéndome con ellos esos baños en nuestro embalse o esos paseos por la montaña. Este verano soy toda vuestra.

Agradezco a los lectores que hayan dado una oportunidad a LAS BALAS PERDIDAS y que, aunque alguna escena haya costado digerirla por su rudeza, hayan disfrutado la historia completa con unos personajes y una realidad muy difícil.

Ahora toca descansar e ir madurando algo nuevo, fresco, sin prisa pero, siempre con la misma ilusión.

GRACIAS DE TODO CORAZÓN

Alicia San Miguel

BIOGRAFIA

Alicia San Miguel nació en Santander (Cantabria). Allí vivió sus primeros veinte años junto a su familia y amigos hasta que tomó una decisión que cambió su vida. Hizo las maletas, metió sus bolígrafos y libretas y viajó a Edimburgo (Escocia) donde después de trabajar en restaurantes, oficinas y aprender inglés, decidió pelear por su vocación y su sueño, consiguiendo una plaza en la Biblioteca Nacional de Escocia. Al mismo tiempo realizaba cursos de literatura, poesía y narrativa para seguir aprendiendo. Durante cuatro años tuvo la oportunidad de conocer y colaborar con grandes escritores escoceses que ayudaron a que ella misma se convirtiese en lo que más quería: escritora.

Ahora, vive en Valencia con su marido, sus dos hijos y sus perros, dos galgos adoptados con los que disfrutan de la montaña y deportes al aire libre. Trabaja en un multinacional donde disfruta de su trabajo, un trabajo que le permite tener el tiempo suficiente para poder seguir escribiendo.

ENTROPÍA, es su primera novela, y ha creado una serie de personajes enigmáticos con un paisaje de fondo mágico, como es la ciudad de Edimburgo. Un thriller erótico que no deja de sorprender por sus giros, naturalidad, realismo y descripción.

Participó en la novela coral ESPAÑA, LA NOVELA, escribiendo la historia de ALYPIA, guerrera Cántabra en la España del siglo V. Un proyecto ambicioso dirigido por Javier Cosnava, que ha tenido muy buena aceptación dentro del género histórico.

Su segundo libro, RELATOS DE MUJER, es una antología de catorce relatos donde intenta mostrar la trayectoria literaria de sus primeros tres años como escritora, donde relatos, entre mezclados entre lo personal y lo ficticio, se unen para que el lector sienta ese cambio de oruga a mariposa. El libro incluye SALTO, relato ganador a nivel nacional de la plataforma literaria SABES LEER.

Su tercera novela, CÓMO DEJAR DE SER GILIPOLLAS, es un libro con un trasfondo crítico mezclado con humor que ha sorprendido por su naturalidad dando a conocer mucho más a esta escritora que se atreve con cualquier género literario. Las ilustraciones del libro han sido creadas por Daniel Mezquita, haciendo que cada historia sea aun más especial y única.

Una escritora joven con una imaginación infinita que no dejará de sorprendernos con sus historias.

ENTROPÍA EN LBOBIV



Tercera
Edición

Alicia San Miguel

Novelas de Alicia San Miguel

